This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

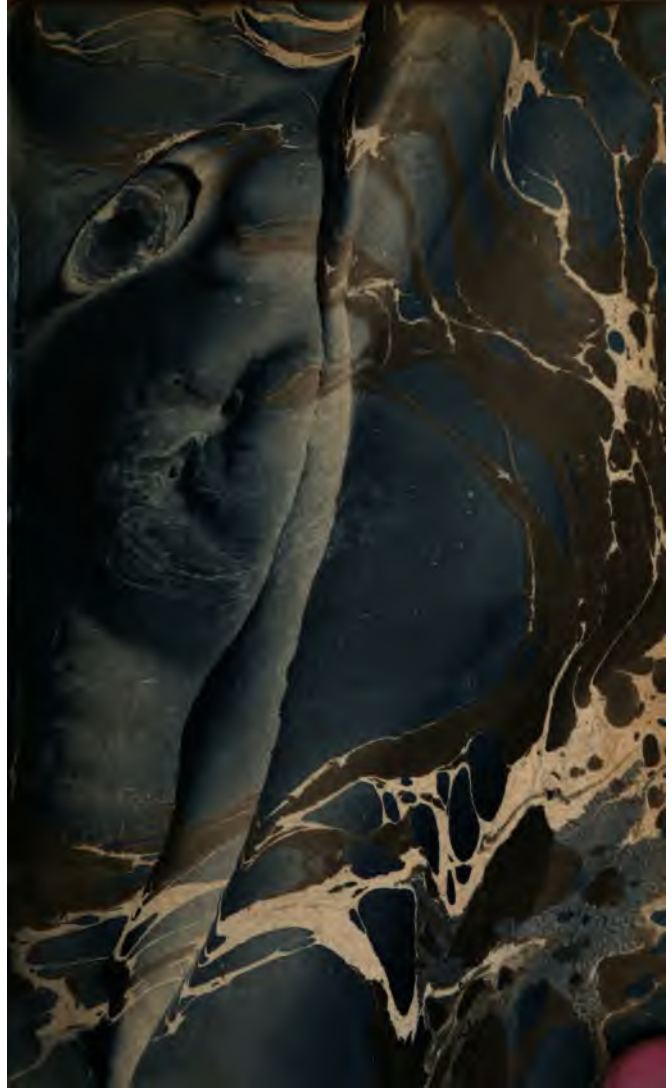
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

UHS. IL3 h.6

Vet. Span. II A.11



TEATRO,

Ó COLECCION

DE LOS SAYNETES,

Y DEMAS OBRAS DRAMATICAS,

DE D. RAMON DE LA CRUZ Y CANO,

ENTRE LOS ARCADES LARISIO.

Ætatis cujusque notandi sunt tibi mores.
Hor. Art. Poet.

TOMO VI.

CON PRIVILEGIO.

MADRID EN LA IMPRENTA REAL.
1788.

TAYLOR INSTITUTION
LIBRARY
17 NOV 1953
UNIVERSITY OF OXFORD

EL LICENCIADO FARFULLA.

ZARZUELA BURLESCA.

ACTO UNICO.

En cosas á que el capricho
de los hombres da el aprecio
no hay arancel, que va todo
á ojo de buen cubero;
y tal vez uno desprecia
por quatro de plata aquello
porque otro sin reflexion
da su caudal y el ageno.

PERSONAS.

LICENCIADO FARFULLA, *Uno de profesion.*
CASILDA, *Mesonera.*
CATANLA, *Criada.*
PERICO, *Mozo de Meson.*
D.ª ISABEL, *Dama Estrangera.*
DON FERNANDO, *Oficial de Tropa.*
DON LESMES, *Comerciante rico.*
ALCALDE.
DOS ALGUACILES.

La escena se finge en un Meson de Lugar grande de la Mancha.

EL LICENCIADO FARFULLA.

El teatro representa un tránsito de una Posada decente en el camino de Andalucia, con quatro puertas á los lastidores, que figuran las habitaciones de los huespedes: delante del primero habrá una alhacena capaz de ocultar una persona.

Sale por la puerta comun Perico, con mandil blanco, y Casilda de Patrona decente.

PERICO.

Patrona, Patrona,
salga usté al instante;

no hay en este oficio
paciencia que baste.

Sale Casilda.

CASILDA.

¿Qué quieres? ¿Qué quieres?
¿Qué negocio grave,
con tan fuertes voces
te obliga á llamarme?

PERICO.

Atienda.

CASILDA.

Despacha.

PERICO.

Escuche usted.

CASILDA.

Dale.

PERICO.

No sea largo el cuento,
porque ya es tarde. } *á duo.*

PERICO.

Yo, Señora, me voy de esta casa
donde tenga menores afanes:

todos llaman á un tiempo Perico,
el carnero, Perico, el vinagre,
la cebada, la cena, la cama,
la ensalada, el guisado, el fiambre.
Todos quieren que Pedro les sirva,
y no hay uno que á Pedro regale.
Venga luego todo mi salario,
y usted busque otro bobo que aguante.

CASILDA.

¡Ay Perico, tan poco te debo,
quando sabes que te quiero, y sabes
que tú solo suples las ausencias
en la casa de marido y padre!
Tú dispones, gobiernas y mandas
en toditas nuestras voluntades.
¿Pues cómo eres tan vil, tan ingrato,
que solita pretendes dexarme?
Yo, Perico, te estimo y te adoro:
no te vayas, que lloraré á mares.

PERICO.

Ya la he dicho quatrocientas veces,
que no espere que nunca la pague.

CASILDA.

¡Ah insolente, quando lo peñsabas!
No me obligues que el pelo te arran-
(que.

PERICO.

Hable bien,

CASILDA.

Atrevido, insolente.

PERICO.

¡Ah tarasca!

CASILDA.

¡Ah pícaro infame!

PERICO.

No me obligue que haga un desatino.

CASILDA.

Limpiate con la mano ese parche. *le dá.*

á duo.

¡Quién ha visto mayor insolencia!
Yo te juro que sabré vengarme.

Sale Catanla de Moza Manchega.

CATANLA.

¿Qué alboroto, qué bulla,
qué ruido es este?
(buena va la danza;
(prosigan ustedes.
Vaya que está perdida
toda esta gente.

PERICO.

El Ama quiso ahogarme.

CASILDA.

Ojalá que pudiese.

CATANLA.

Tu darias la causa;
que yo sé bien quien eres.
Vaya que está perdida
toda esta gente.

PERICO.

El ama está zelosa
porque te quiero.

CATANLA.

¿ Y qué le importa á ella ?
cada pan con su queso.

PERICO.

Mas con amor no pueden
iras ni zelos.

CASILDA.

¡ Y por una fregona
sufro yo tal desprecio!

CATANLA.

Yo soy mejor muchacha,
y tengo mas salero.
Contra el amor no pueden

iras ni zelos.

CASILDA.

Te arrancaré la lengua.

CATANLA.

Yo á usted el pelo.

PERICO.

Yo me reiré de entrambas,
si hubiere vapuléo.

LAS DOS.

Veremos á puñadas
quien gana el pleito.

DENTRO VOZ.

Patrona.

CASILDA.

¿Quién me llama?

OTRA VOZ DENTRO.

Catanlá.

CATANLA.

Voy corriendo.

á tres.

Malaya éste accidente.
Pero yo te protexto:
veremos á puñadas
quien gana el pleyto. *vanse las dos.*

*

PERICO.

Agur, amigas. Entrambas
van rabiando, y yo me quedo
á reir sus disparates.
El Ama me quiere, pero
esto de padre y marido
es muy malo; y yo no quiero,
que sin confesar las culpas,
ande un hombre siempre expuesto
á cumplir la penitencia.
No, no: mas sano consejo
es tomar los regalillos
que dá la Señora, y luego
casarme con la Casilda
que es muchacha de talento,
y que sabe hacer de quatro
quartos, quatrocientos pesos:
con el tal qual caudalillo
de los dos, y nuestro genio,
tomaremos un meson
ú venta, en que viviremos
entrambos como unos Santos,
cuidando con gran esmero
mi muger de la limpieza
de todos los pasageros,
y yo de que no les falten

manjares caros y puercos;
que á los que van de camino
todo les hace provecho.
Otro huespede nos viene
de infanteria; y yo creo
que le conozco.

Sale Farfulla en frac de tuno estrafalario.

FARFULLA.

¡Qué hambre
traigo, y qué poco dinero
para una posada, adonde
una tajada de perro
cocido cuesta mas cara
que una pierna de carnero
en las fondas de Madrid!
Con bravo equipage llego;
pero á bien que sé mentir:
quatro golpes mas ú menos
en las espaldas, á quien
sabe tolerar doscientos,
no deben acobardarle:
y la verguenza que llevo,
aunque toda me la embarguen,
discurro que poco pierdo.

PERICO.

¿Qué aguarda usted, camarada?
¿No responde?

FARFULLA.

¡Lindo empeño!
Para responder, aguardo
que usted pregunte primero.

PERICO.

Pues responda.

FARFULLA.

Pues pregunte.
Pero yo os conozco.

PERICO.

Creo
que yo tambien os he visto,
aunque donde no me acuerdo.

FARFULLA.

Ya caigo: aunque usted perdone,
¿no es usted el Señor Pedro,
que servia de afeitar
al Conde de Bacia-berros
en Medrid?

PERICO.

¿Usted no es
el Pasante del Barbero,
que vivia mas abaxo,

junto á la lonja del puerto?

FARFULLA.

El mismo.

PERICO.

El propio.

FARFULLA.

Por vida
de mi honra y mi dinero. *se abrazan.*

PERICO.

¡Farfulla!

FARFULLA.

¡Valgame Dios
que vuelta que dan los tiempos!

PERICO.

¿Y dónde se vá?

FARFULLA.

A correr
los Paises extrangeros;
porque en España no saben
dar á las virtudes premio.

PERICO.

¿Habeis tenido algun chasco?

FARFULLA.

Tres ó quatro por lo ménos;
y todos por hacer bien.

PERICO.

¿De veras?

FARFULLA.

Vaya un exemplo.
Yo afeitaba y asistia
en casa de un Caballero,
que tenia alguna plata
tan vieja y de tanto peso,
que no podia tenerse
en pie: yo que tengo el pecho
compasivo, la llevé
á mi casa, donde en menos
de dos semanas quedó
tan ligera, y de tan bello
semblante, que sin quizá
no la conociera el mesmo
Platero que la engendró.
Vaya otro caso estupendo.
Una madama y su esposo
andaban siempre con pleitos
en quanto á la adquisicion
dudosa de un aderezo
brillante, y otras alhajas,
que un dia se aparecieron
á madama, sin costarle
al pariente su dinero:

Yo, por evitar los lances
de escandalos en el Pueblo,
y las nupciales discordias;
les quité al punto de enmedio
todo lo que era ocasion
próxima de sus recelos,
aplicandolo á la obra
pia de mis alimentos.
Supose: y por estas y otras
inocencias que yo tengo,
me han hecho sufrir prisiones
y presidios, y me han hecho
yunque de suelas y varas
este miserable cuerpo.
Mira si tengo razon
de buscar otro emisferio,
donde no sean perseguidos
mi habilidad y buen genio.

PERICO.

Yo te embidiára los dos,
como no tubieran luego
esas resultas.

FARFULLA.

¿Y tú
aprendiste en el manejo
de las barbas á trinchar

para ser buen Cocinero?
¿Qué haces por aqui tú?

PERICO.

Yo
tambien tuve un grave cuento,
porque el robo de una moza
doncella me atribuyeron:
Y no habia tal cosa, á fé
de christiano aunque perverso:
Pude escapar; y me vine
á este Lugar, donde luego
me acomodé en la posada:
y como yo soy tan diestro
en todo, sirvo de todo,
y algo con todos grangeo,
sin escrupulo; que en estas
casas no los conocemos.

FARFULLA.

¿Y hay mucha gente?

PERICO.

Bastante:
y siempre por este tiempo
está llena la posada,
por la bulla y los festejos
en el dia del Patrono
del Lugar; aunque no creo

han sido jamás como este,
que hay encamisada, juegos
de caballos, y la plaza
iluminada: tenemos
bravos mayordomos.

FARFULLA.

Lindo.
Y vamos, amigo Pedro,
¿quieres ser rico?

PERICO.

A ninguno
tal pregunta se le ha hecho
jamás; y mas á quien tiene
amores, como yo tengo
á mi compañera, que es
moza de cachipoléo.

FARFULLA.

¿De la tierra?

PERICO.

Una Manchega
es como un vino Manchego.

FARFULLA.

¿La podrémos ver?

PERICO.

Mirad
su retrato, que es lo mesmo.

Recitado.

Es del codo á la mano su estatura:
el cuerpo por delante resalado,
y por detrás un poco atimbalado:
firme como una peña:
la cara redondita aunque trigueña:
pelinegra y gachona:
es mas viva y mas ágil que una mona:
y sus ojos parecen tempestades,
segun destruyen á las voluntades.

Seguidillas.

Es pintar lo que se ama,
dificultoso;
que las pasiones turban
mucho los ojos.
Ni sirve el tiento,
porque se altera el pulso
con los afectos.

*

FARFULLA.

Si guisas como retratas,
serás grande Cocinero.
Mas vamos á lo que importa.
¿Qué gente es la que tenemos
en la posada?

PERICO.

En aquel
quarto está un Mercader necio.

FARFULLA.

No le arriendo las ganancias,
si es tonto.

PERICO.

Y está en extremo
enamorado de una
Dama que vive allí dentro
extrangera, y mas arisca
que una gata de convento.

FARFULLA.

Tampoco el enamorarse
es ganancia en el Comercio.

PERICO.

Un Oficial Español
vive en aquel aposento.

FARFULLA.

Adelante; que con gente
de tropa yo no me meto.

PERICO.

Y arriba y abaxo posan
otras gentes que no cuento.

FARFULLA.

Pues, amigo, yo soy grande

faramalla y embustero.

PERICO.

De esa gente por acá
sobra.

FARFULLA.

Pero yo me puedo
alabar de que ninguno
alcanza donde yo llego;
y como me hagas espaldas...

PERICO.

Bien, como tú en otro tiempo
se las hiciste al verdugo.....

FARFULLA.

¿Ahora quien se acuerda de eso?
Si tú me ayudas, verás
como á todos los enredo,
les estafo lo posible,
despues desaparecémos
las figuras, repartimos,
y quedamos tan contentos.

PERICO.

La idéa no es mala; mas
amigo, yo no me atrevo.

FARFULLA.

¿Y por qué? Tonto, ¿no ves
que esta es ventaja sin riesgo?

Te pones en el estado
de ser amo, lo primero;
lo segundo, proporciones
con la moza tu hymenéo;
y quando el diablo lo enrede,
y seamos descubiertos,
yo diré que ha sido burla
solo por pasar el tiempo;
se rien, lo aplauden, y
nos dan encima dinero.

PERICO.

No persuade sus negocios
el Letrado mas discreto
tan bien como un petardista.
Desde la hora me convenzo;
echa por donde quisieres,
que ayudarte en todo ofrezco.

FARFULLA.

Eres mi amigo. Pues nadie
sepa que nos conocemos;
y al abance.

PERICO.

El Comerciante
sale á esta Sala.

FARFULLA.

¡Qué gesto

tiene de macho de carga!

PERICO.

Abanza y disimulemos.

Ponese Perico á barrer á un lado; al otro Farfulla como que se corta las uñas, cantando la copla de caballo que sigue. Sale D. Lesmes con gorro por la puerta de enmedio; suspira, se dá una palmada en la frente, se vá, y vuelve luego de peluca, y con un papel en la mano.

FARFULLA.

Mi candil y mi volsillo
quedaron ha muchos meses
por andar entre lechuzas
sin una gota de aceite.

Sale Don Lasmes.

D. LESMES.

El diablo de la Extrangera
todo el humor me ha revuelto.

PERICO.

¿Señor, quereis merendar?

D. LESMES.

No, amigo; lo que yo quiero
es bañarme en agua fria
para ver si me refresco.

PERICO.

¡Qué chusca es la Francesilla!
Y en la gracia y el acento
mas parece Madrileña.

D. LESMES.

Parece de los infiernos;
segun chamusca las almas,
y dexa elados los cuerpos.

PERICO.

¡Pero qué linda es!

D. LESMES.

Un dige,
que puedo colgarse al cuello.
¿Quieres darla este papel?

PERICO.

¿Yo? no Señor; porque aun tengo
este carrillo caliente,
del porte que dió al primero.

D. LESMES.

Ahora quizá te dará
un regalo: ¡qué sabemos!
Y por un amigo ::-

PERICO.

Nadie
puede ser para el empeño
mas amigo de usted, que
usted propio: entre allá dentro,
y désele.

D. LESMES.

Estos negocios
siempre los hace un tercero
mejor.

PERICO.

Es malo meterse
en los negocios agenos.

D. LESMES.

¿Pues quién se le entregará?

PERICO.

Pensadlo mientras yo vuelvo. *vase.*

D. Lesmes se pasea pensativo.

PARFULLA *canta.*

Aunque les cortes las uñas,
no te fies de los gatos,
que si te embisten de veras
te arañarán con el rabo.

D. LESMES.

¡Que desgraciado nací!
¿Adonde hallaré consuelo?

FARFULLA.

En mí, que de ver llorar
á un anciano me enternezco.

D. LESMES.

La vida te deberé.

FARFULLA.

Ya hé oido todo el cuento.
Venga el misivo, que yo
á darsele me prefiero.
Solo falta, para que
piense soy criado vuestro,
presentarme con decencia.

D. LESMES.

¿Cómo?

FARFULLA.

Prestadme un momento
ese frac, que lo persuada.

D. LESMES.

Si, que me lo ha visto puesto.

FARFULLA.

Pues retiraos.... Ah, si:
no se vaya usted muy lejos,
por si acaso de su parte

alguna expresion la ofrezco,
entregarla, y agarrar
la ocasion por los cabellos.

D. LESMES.

Piensas muy bien: ella y tú,
como yo logre su afecto,
quedareis agasajados. *se entra.*

FARFULLA.

Pues id, y dadlo por hecho.

Sale Perico.

PERICO.

¿Has adelantado algo?

FARFULLA.

Ya he pillado este frac nuevo
por ahora.

PERICO.

Aqui hay cuchillo,
partamosle por enmedio
en partes iguales.

FARFULLA.

Hombre,
dexa que algo mas juntemos
para hacer la particion.

PERICO.

Entonces ya estará viejo
el frac.

FARFULLA.

¿Pues cómo nos puede
servir á los dos?

PERICO.

Metiendo
cada uno por su manga
un brazo, nos sirve á un tiempo
á los dos, y lo hacemos.

FARFULLA.

Anda, no seas molesto,
y dexame obrar, que ya
verás (como te la pego *ap.*
á ti tambien.)

PERICO.

Allí viene
el Oficial.

FARFULLA.

Yo no quiero
burlas con gente de guerra.
Quedate, á Dios hasta luego. *vase.*

PERICO.

Este me piensa engañar
á mí tambien: y yo pienso

escarmentarle, quando haya
su codicia satisfecho.

Sale Don Fernando.

D. FERNANDO.
¿Sabes si Doña Isabel
está en su quarto?

PERICO.
Yo creo
que si Señor: me parece
que le trae á usted inquieto.

D. FERNANDO.
¿Qué te importa á tí?

PERICO.
Me importa
avisar á quantos veo
enamorados, que huyan
el camino de su riesgo.

D. FERNANDO.
Ola, que pareces hombre
de razon.

PERICO.
Aunque me encuentro
en este estado, algun dia
era hombre de provecho.

D. FERNANDO.

¿Y te ha puesto asi el amor?

PERICO.

Me pone, si no me ha puesto.

D. FERNANDO.

Con que si se ofrece algo
con Isabel:-

PERICO.

Ya os entiendo:
haré quanto yo quisiera
que en semejantes empeños
otros hicieran por mí.

D. FERNANDO.

Pues si yo servirte puedo,
aqui me tienes.

PERICO.

Acoto
la palabra y la agradezco.

D. FERNANDO.

No lo dudes; que no importa
la distancia en los sugetos,
quando se llegan á hallar
en la suerte compañeros.

Canta seguidillas á duo.

¡Ay amor! que bien dixo
quien dixo que eres

del corazon humano
primera muerte.
Diganlo tus estragos,
hablen tus accidentes.

D. FERNANDO.

Tus iras no distinguen
de clases ni de gentes.

PERICO.

Ni perdonas al viejo,
ni el joven se defiende.

D. FERNANDO.

Quien de tu achaque enferma,
poco á poco fallece.

PERICO.

Por tí abandonan todos
patria, padres y bienes.
1.° Por ti
2.° Por tí } tirana
dulce pasion aleve
todos juzgan que viven,
y todos mueren. } á duo

*

Es muerte aguda,
que quien piensa evitarla,
mas la apresura.

Diganlo sus congojas,
diganlo sus angustias.

D. FERNANDO.

Nadie de amor se libra
por mas que lo presuma.

PERICO.

Hiere como la muerte
con improvisa punta.

D. FERNANDO.

Jamás sin los delirios
vienen las calenturas.

PERICO.

Los sentidos se pierden,
las potencias se ofuscan.
1.° Por el } veneno
2.° Por el }
De amor los mas caducan, } á duo.
sin conocer el daño }
mientras le chupan.

Vanse.

Sale Doña Isabel con vestido de viage.

D.ª ISABEL.

Ola, Catanla, Periço:
¿qué descuido y poco aséo

se encuentra en estas posadas
de España? ¿Me sirven presto
ese café que he pedido?

Sale Farfulla.

FARFULLA.

Señora, le están haciendo;
mándeme usted otra cosa.

ISABEL.

¿Y quién sois vos?

FARFULLA.

Un sugeto
que la desea servir.

ISABEL.

Mire usted si se va luego,
ú le abro con una silla
la cabeza por medio.

FARFULLA.

¡Ira de Dios que despacho!
Aquí de todo mi ingenio.
Mi amo el Mercader, que está
en ese quarto adentro
rendido á vuestra belleza:

ISABEL.

¿A que te aplasto los sesos

con la silla?

FARFULLA.

No Señora,
que no me gusta el asiento
tan alto.

D.ª ISABEL.

Vaya el bribon.

FARFULLA.

Si usted no oye á lo que vengo,
ni dexa hablar. Ese hombre
es el mayor majadero
que ha salido de Cantabria
á nutrirse del Comercio:
este papel os queria
embocar: mas yo sabiendo
vuestras prendas, vuestro honor,
honestidad y talentos,
me pongo de vuestra parte,
y he pensado que le demos,
si me ayudais, un buen chasco
que le sirva de escarmiento.

D.ª ISABEL.

Poco amiga soy de burlas;
pero por pasar el tiempo,
disponed lo que quisiéreis.

FARFULLA.

Bien. Ahora que me acuerdo,
me ha dicho que le prestéis
aquel par de candeleros
que teneis sobre la mesa;
porque quiere en concluyendo
las funciones de la plaza,
divertir los pasageros
en su quarto con orquestra
y bayle: no nos cansemos,
toda el ansia es cortejaros;
mas llevará pan de perro;
y si vos disimulais,
podrá ser muy estupendo.

D.ª ISABEL.

Catanla.

Sale Catanla.

CATANLA.

¿Qué me mandais?

D.ª ISABEL.

Dá á este hombre los candeleros
de plata que están allí.

CATANLA.

Voy al instante por ellos.

FARFULLA.

Para que os asegureis,
(voy á trazar otro enredo) *ap.*
le llamaré. Señor.

D. ISABEL.

No:
dexale; porque aborrezco
su pesadéz.

FARFULLA.

Sin embargo,
en prestar cosas de precio
es precisa la cautela.
Señor.

Sale Don Lesmes.

D. LESMES.

¿Qué?

FARFULLA.

¿Dos?

D. LESMES.

Me convengo:
(éste le ha ofrecido algo.) *ap.*
Dos; y si es menester ciento.

FARFULLA.

Retiraos.

D. LESMES.

A Dios Madama. *vase.*

Sale Catanla.

CATANLA.

Aquí están: ¡Qué bravo peso tienen!

FARFULLA.

No es mala la hechura.

D.ª ISABEL.

Lleva el café á mi aposento. *vase.*

CATANLA.

Al punto sereis servida.
¿Quién es usted?

FARFULLA.

¿Yo? Platero,
y famoso: vereis como
le limpio estos candeleros
á Madama.

CATANLA.

Si usted fuera
capaz de guardar secreto:

FARFULLA.

Lo soy de modo, que por
guardarle, no me confieso.

CATANLA.

Pues bien: yo tengo una caxa
de oro, que un Pasagero
me dió, como otros me dan
otras cosas por mi bello
trato y puntual servidumbre;
y de estar entre el estiercol
escondida, se ha tomado.

FARFULLA.

Venga acá, que yo os ofrezco
quedará pronto igualmente
limpia que los candeleros.

CATANLA.

Aqui está; que poco hace
la saqué del monumento.

FARFULLA.

¡Ola, que es bonita! ¿Y cómo
haces para pillar estos
regalos?

CATANLA.

Yo os lo diré,
recopilando el concepto
una breve tonadilla;
mas, cuenta con el silencio.
Una muchacha graciosa
que en una posada está,

puede tener mil arbítrios,
si se sabe manejar:
yo soy hacendosa,
yo soy diapireta,
sagaz y chistosa,
puntual y discreta;
yo tengo buen pico,
me ingenio, me aplico,
y me vá muy bien.

Música sorda y muy séria.

A Pedro mi novio
nada le direis;
que no me conviene
lo llegue á saber.

Quando llega un presumido
de gran Señor y galan,
le miro con un desprecio
como si fuera un peal.
Con esto le paro:
un par de ojeadillas
luego le disparo:
prosigue su empeño,
aumento mi ceño,
hasta que regala:

llega la partida,
me hago dolorida,
paso por su sala,
finjo que lo siento;
y el tonto contento
se vá en horamala,
y suelta otra vez.

A Pedro mi novio, &c.

Quando vienen Pasageros
de genio adusto y marcial,
me hago la gata mansita
hasta ver lo que me dan.
Asi les encanto:
aunque me dén mucho,
les pido otro tanto,
les doy esperanza;
y si alguno abanza,
mudando semblante,
me pongo de jarras,
y firme constante
á la maravilla
esta seguidilla
que es algo picante,
le canto á la ley.

A Pedro mi esposo, &c.

Seguidillas.

No me parió mi madre,
ni yo me peino,
sino para personas
de fundamento.
Siga su camino,
Señor Pasagero,
que esta no es posada
ni de Caballeros,
sino para uno solo
que yo requiero.
Vaya usted hombre,
y distinga las fondas
de los mesones.
Siga su camino, &c.

vase.

CARFULLA.

A Dios. Restreguemosla un poco á ver. Con efecto, por poco trabajo que á ella costase adquirirla, menos me costará á mí limpiarla.

Sale Don Fernando.

D. FERNANDO.

¿Qué buscais, amigo?

FARFULLA.

Vengo
á ver si alguno me compra
esta caxa.

D. FERNANDO.

¿Sois Platero?

FARFULLA.

Si Señor; de oro, de plata,
y de todo quanto encuentro.

D. FERNANDO.

¿Quánto pesará?

FARFULLA.

Quatro onzas;
y por poco mas del peso,
os la daré: con cinco onzas
de oro que me deis, la suelto;
y no se compró por once.

D. FERNANDO.

Tomad, amigo; que quiero
regalarla á una madama
que está aqui, por si la puedo
sorprender con este filis,

en Lugar adonde es cierto
que no se hallan estas cosas
tan ricas.

FARFULLA.

Eso vá en genios:
yo las encuentro al instante.
Y si la teneis afecto,
dádivas quebrantan peñas.

D. FERNANDO.

No sea usted bachillero,
ni atrevido.

FARFULLA.

Ni usted piense
tampoco, que es el primero
que me lo llama.

D. FERNANDO.

Id con Dios.

FARFULLA.

Voy á buscar al momento
á Don Lesmes y á Perico,
para seguir el empeño. *vase.*

D. FERNANDO.

A Dios prest de cinco meses;
pero si no me divierto
en la paz, ¿cómo en la guerra
pudiera tener aliento?

Aqui sale divertida i
emboscome ; y ensayemos
estratagemas de Marte
en las astucias de Venus. I

Sale Doña Isabel divertida cantando minuet.

D.ª ISABEL.

Primera parte.

Amor, poco fuera
tu herida sentida,
si fuese tu herida
único dolor.

*

Segunda.

Mas siguen temores,
los zelos y ausencias,
y de estas dolencias
cada una es mayor.

*

Tercera.

Pasion engañosa
que empieza en alhagos,
y acaba en estragos,
en llanto y furor.

*

Repite primera y segunda.
Amor, poco fuera, &c.

D. FERNANDO.
¡Qué distraida venis!

D.ª ISABEL.
Nunca faltan pensamientos
á los ausentes.

D. FERNANDO.
Dichoso
el que puede merecerlos.

D.ª ISABEL.
Poca ventura sería
para qualquiera.

D. FERNANDO.
Con ellos
y vuestro agrado, sé yo
quien viviera tan contento,
que no trocára su suerte
por la mitad de este reyno.

D.ª ISABEL.
Bizarrias de Oficial
Español.

D. FERNANDO.
Si de mi afecto

quereis hacer qualquier prueba,
Señora ::-

D.ª ISABEL.

Yo lo agradezco;
y en qualesquiera ocasion
de mi amistad os la ofrezco.

D. FERNANDO.

No os admito la palabra
al instante, porque temo
un desaire.

D. ISABEL.

Haceis muy mal
en anticipar el miedo.

D. FERNANDO.

¿Lo quereis ver? pues en prueba
de nuestra amistad, os ruego
admitais esta expresion,
corta, que solo me atrevo
á presentaros por esta
casualidad.

D.ª ISABEL.

No la acepto,
mientras con otra fineza
la vuestra no recompenso:
y para fineza baste
una vez, que reñiremos:

pues no aspira solo á ser
amigo quien entra haciendo
iguales galanterías:
y asi, de paso os advierto,
que á los que estimo corteses,
atrevidos aborrezco.

D. FERNANDO.

Será lo que usted gustáre,
Señora, que eso tenemos
los soldados distinguidos:
y en qualquier alojamiento
entramos con cortedad
hasta conocer el genio
de la patrona: si es séria,
se pone un hombre mas serio
que el Miercoles de Ceniza;
si es aficionada á juego,
pronto se arma la partida,
hasta que se embida el resto;
y si es fandanguera, salen
al punto los instrumentos,
y se arma un jolgin, que todos
nos quebrantamos los huesos.

D.ª ISABEL.

Ya estoy: venid á mi quarto,
donde juntos tomarémos

café.

D. FERNANDO.

Si no me he explicado bien todavia, esto es esto.

Marcha Prusiana fuerte con timbales, clarines y flautillas.

Siempre contentos bizarros y atentos somos la delicia de qualquier lugar.

Mas no enamorados, como escarmentados de que al mejor tiempo se toca á marchar.

Piano.

Hallamos patronas bonitas y monas, amantes constantes de la variedad.

Papillas las damos, las acompañamos

y nos divertimos
con sagacidad.

*

Siempre contentos, &c.

*

Pluma.

Hallamos solteras,
que están prisioneras,
y quieren casarse
por solo tunar.
Pretenden clavarnos
con sus finecitas,
y las pobrecitas
se suelen clavar.

Siempre contentos, &c.

Vanse, llevandola el Oficial del brazo al compás: y se asoma Don Lesmes á la puerta de su quarto.

LESMES.

El Oficialito á fe
no necesita tercero;

esto me faltaba : todas
mis ideas volaverunt.

*

Sale Farfulla.

*

FARFULLA.

¿ Dónde anda usted, Señor, que
en parte alguna le encuentro ?

D. LESMES.

¿ Hombre, si yo no he salido
de mi quarto, cómo es esto ?

FARFULLA.

Quando yo lo digo :

D. LESMES.

Y vaya
hijo mio, qué tenemos ?

FARFULLA.

A mis voces eficaces
se iba ya humanando ; pero
como es muger de verguenza :-

D. LESMES.

Malo.

FARFULLA.

Y tan aspero el genio ::-

D. LESMES.

Con los paisanos. Prosigue.

FARFULLA.

Me hizo estarla persuadiendo
media hora, hasta que al fin
quedó agradecida.

DON LEANDRO.

Bueno.

FARFULLA.

Y en prueba de que desea
trataros sin cumplimiento,
me ha dicho que la prestéis
sobre estos dos candelones
de plata treinta doblones.

DON LEANDRO.

Hombre no los valen ellos.

FARFULLA.

Pero ella los vale

DON LEANDRO.

Ella

„valdrá mas, ú valdrá menos,
„segun la feria á que vaya
„y de adonde venga el viento:
„que en materias que el capricho
„de los hombres pone el precio,
„no hay arancel que valga todo
„á ojo de buen cubero:
„y tal vez uno de precio

„por quatro de plata aquello
„porque otro al primer embite
„dá su caudal y el agono.“

FARFULLA.

Usted tiene razon. Chispás; *ap.*
que no es el hombre tan lerdo
como yo pensaba.

D. LESMES.

¿Con que
está mas blando aquel pecho?

FARFULLA.

Si Señor; y acabará
de ablandarse, á lo que pienso,
si usted le envia al instante
los dichos seis caramelos
de oro, sin hacer prenda
de las alhajas; porque eso
arguye desconfianza.

D. LESMES.

¿Y qué confianzas tengo
hasta ahora yo con ella?

FARFULLA.

Bien está, lo dexaremos:
á bien que usted se lo pierde.

D. LESMES.

Vaya hombre toma el dinero.

¿Quién sería el inventor
de que en qualquier galanteo
han de entrar los hombres dando
y las mugeres pidiendo?
Muchos abusos hay que
reformar en el comercio.
¿Van seis?

FARFULLA.

Cinco.

D. LESMES.

¿Tres y dos
no son seis?

FARFULLA.

Usté está lelo.

D. LESMES.

Dices bien: tres y dos cinco:
ahi vá otro. ¿Y qué era aquello
que preguntabas de dos?

FARFULLA.

¿Dos?
Ahora que me acuerdo;
que le envie usted dos piezas
de rasos y terciopelos,
para hacerse un par de batas,
si le gustaren; que luego
se tratará del ajuste.

D. LESMES.

Llevaselas al momento;
y avise quando esté sola,
me servirá de pretexto
para entrar, esta eleccion.

FARFULLA.

Pues sacadmelas corriendo.

D. LESMES.

Voy :: Y averigua si Orica;
que una vez que estoy soltero,
y ella está inclinada, puede
ser el negocio completo. *vase.*

FARFULLA.

Sigole, no se arrepienta
de repente del proyecto. *vase.*

Sale Perico.

PERICO.

Brava danza me parece
que va armando este embustero.
Es fuerza estar á la vista,
no venga despues el cuento
á parar sobre mí.

Sale Farfulla.

FARFULLA.

Hombre,
¿dónde andas, que no te veo
dos horas ha?

PERICO.

Yo tambien
te aguardaba por momentos,
á ver qué has adelantado.

FARFULLA.

De alhajas y de dineros
cargado estoy como un fardo.
Busca algun sitio secreto
donde hasta que repasemos
lo vamos todo escondiendo.

PERICO.

Mira, aqui en este quartito,
que yo reservado tengo
con llave para otros fines,
que no importa saberlos,
se guardará.

FARFULLA.

Este es el golpe.
Pero convendrá al intento

quedarme yo con la llave,
para no andar yo inquiriendo
donde estás cada minuto.
Con esta idea me puedo *ap.*
escapar sin que él lo sepa,
y partir yo por entero.

PERICO.

El piensa que me la sopla; *ap,*
pero yo se las entiendo.
Dices bien: tome la llave.

PARFULLA.

Dacala.

PERICO.

A bien que otra tengo. *ap.*

PARFULLA.

Oyes: ¿hay en este quarto
puerta alguna ú agugero
por donde puedan entrar?

PERICO.

Ni un gato.

PARFULLA.

Pues allí te dexo
un tesoro pequeñito,
mientras que con otro vuelvo.
Buen golpe tiene la llave.
Yo voy á seguir mi empeño,

de que aun falta lo mejor.
A Dios; que ya nos veremos.
En la otra vida. *ap.*

PERICO.

Este lance,
si no se pone remedio
pronto, vá perdido: y él
estará aqui poco tiempo,
segun se dá prisa. Ahora
aqui traigo con efecto
la otra llave: dicha ha sido:
yo no me aparto del puesto,
aunque me grite y me busque
todo el mundo.

Sale Casilda.

CASILDA.

Vamos, Pedro;
¿estás ya de otro semblante?
¿Sientes ya lo que me has hecho
rabiar?

PERICO.

Mi ama es pesada *ap.*
como un plomo. No por cierto;

CASILDA.

Cien ducados y un vestido,
como te quedes, te ofrezco.

PERICO.

Aunque es pesada, tal vez *ap.*
tiene algunos dichos buenos.

CASILDA.

Y te haré quatro camisas,
te daré capa y sombrero.

PERICO.

Esta muger es hermosa, *ap.*
y se me habia encubierto
hasta ahora.

CASILDA.

¿Qué respondes?

PERICO.

Me sobrecoge el respeto....

CASILDA.

Anda, tonto, que el amor
iguala los casamientos.
Mi padre está ausente: el novio,
aunque rico, es ya muy viejo:
y todo se compondrá.

PERICO.

Yo Señora,

CASILDA.

¡Qué modesto!
Esto me empeña á quererle
mucho mas. Despediremos
á Catanla.

PERICO.

¡Despedirla!

CASILDA.

Si, hijo, que yo la aborrezco.

PERICO.

Pues yo la idolatro: y si ella,
se vá, entrambos nos iremos.

CASILDA.

¿Y este el pago es?

PERICO.

Si Señora,
porque hago lo que debo:
y de su buen corazon
de usted, que agradezca espero
el desengaño, y le premie.

CASILDA.

Con un puñal ó un veneno.
¡Ah hombres, qué haya quien fie
de vuestro trato alhagueño!

PERICO.

Pues usted que es tan blandita

de corazon....

CASILDA.

Ya no quiero
Tú te lo pierdes, bribon,
y yo gano el escarmiento.

Seguidillas graciosas.

Tengo un corazoncito
como una almendra,
bañada con su azucar
y su canela.

Si por entre cristales
yo mostrarle pudiera,
los mocitos golosos
como se relamieran.
Pero no, no, zape,
bien está en su alacena,
que la miel no se hizo
para los ::- etcetera.
Niñas bonitas,
vivid con cuenta,
paladearlos como ellos
nos paladean;
tenedlos esperando
con tanta boca abierta,

y despues encantarles
una saeta.

Tiene Casilda
un corazon tan dulce
como un almivar.
Si por entre cristales, &c. *vase.*

PERICO.

Que diga lo que quisiere,
sobre Catanla no andemos
en fiestas. En todo caso
en la alacena me meto;
Se esconde en la alacena.
que Farfulla me la pega,
como no le corte á tiempo
el rebesino: el balcon
para el caso es estupendo.

Sale Don Lesmes con un pañuelo, llorando, y canta aire patético de folias.

D. LESMES.

Pastores de Guadarrama,

decid que nombre es aquel,
que en el centro está el sabor,
en los extremos la hiel.

Allegro.

Isabel es la dama que adoro,
Zagalejas, no os maravilleis,
que Isabel con su gracia y sus ojos
todo lo hace rejuvenecer.

Sale Farfulla remedándole.

FARFULLA.

Albricias, Señor Don Lesmes.

D. LESMES.

Dime primero de que.

FARFULLA.

De que Isabel será vuestra
como soy hombre de bien.

D. LESMES. *Allegro.*

Las albricias yo te las prometo.

FARFULLA.

Esto ha sido llegar y vencer.

LOS DOS *hablando.*

Viva viva el ingenio famoso
que á este gato puso el cascabel.

FARFULLA.

¿Tendreis valor?

D. LESMES.

¿Para qué?

FARFULLA.

Amigo, á grandes empeños,
á que no alcanzan las fuerzas
naturales:

D. LESMES.

¿Cómo es eso
de que no alcanza? me sobra
la fuerza á mí quando quiero.

FARFULLA.

Aguarde usted, que lo digo
es tan grande, que no hay medio
de consentirlo, pues
la puerta de su aposento,
sino invisible.

D. LESMES.

Pues digo,
¿el Oficial no entra en cuerpo
mortal?

FARFULLA.

Es que los toledos
son espíritus caseros,
y se introducen de modo

que nadie repara en ellos,
ni malician los perjuicios
que en los hombres de dinero.

D. JESMES.

Eso me hace fuerza. ¿Y qué
arbitrio hay?

FARFULLA.

¿Nos está oyendo
alguien?

D. JESMES.

Nadie,

PERICO.

Sino yo,
que lo oigo y que lo veo.

FARFULLA.

Pues es fuerza que á mis artes
y conjuros apelemos
sobrenaturales.

D. JESMES.

¿Cómo?

FARFULLA.

Transformandoos al momento
la figura racional
en algun mueble de aquellos
que necesitan las gentes
para los usos caseros.

D. LESMES.

Transfórmame en un buen mozo,
que es mejor.

FARFULLA.

Estese quieto,
y dexese gobernar.

D. LESMES.

¿Pues qué piensas?

FARFULLA.

Para el genio
primoroso de las damas,
lo mas apreciable creo
será un rico escaparate
con los remates chinescos:
os transformaré aquí al paso;
ella se encantará luego
del escaparate; yo
entonces en nombre vuestro
se le regalo, y en brazos
os emboco en su apósento.

D. LESMES.

Viva la idea. Mañana
te doy un vestido nuevo.

FARFULLA.

Pues ella sale. Quitaos
esa peluca; poneos

en jarras; los pies un poco
ácia fuera, y patiabierto.

D. LESMES.

¿Soy ya escaparate?

FARFULLA.

Falta
el conjuro: voy á hacerlo.
Tunturuntun turuntun. *dando vueltas.*

PERICO.

¿Qué infamia le estará urdiendo?
Parece el hombre al Coloso
de Rodas.

FARFULLA.

Cuenta el silencio;
que si os dais por entendido,
aunque os corten el pescuezo,
os quedais sin Isabel,
y convertido en mochuelo
para siempre.

D. LESMES.

¡Qué demonio
de estudiante tan perverso!
En consiguiendo la moza,
le acuso por hechicero.

Salen Don Fernando y Doña Isabel.

D. FERNANDO.

Allí está ya. ¡Qué figura!

D.ª ISABEL.

Cuenta que disimulemos,
para conseguir el chasco.

FARFULLA.

Le haré creer que se ha vuelto
escapárate. *ap. á los dos.*

LOS DOS.

Está bien.

D.ª ISABEL.

¿A dónde está el Caballero
Mercader?

FARFULLA.

Creo, que ha salido,
Señora.

D.ª LESMES.

No está muy lejos. *ap.*

FARFULLA.

Habrá ido á buscar adonde
vea la funcion un sugeto
que ha venido de la China,
y pasa á Madrid, trayendo

mil cosas extraordinarias.

D.ª ISABEL.

¡Qué escaparate tan bello!

FARFULLA.

Lo mejor son las alhajas
colocadas en sus puestos.

D.ª ISABEL.

Es primoroso: me gusta.

D. LESMES.

¡Qué no diera lo mesmo *ap.*
quando era hombre!

D. FERNANDO.

La cabeza,
á lo poco que yo entiendo,
no tiene buena madera.

D.ª ISABEL.

Eso fuera lo primero
que yo le haria quitar,
á ser mio.

D. LESMES.

Lo agradezco. *ap.*

D.ª ISABEL.

¡Buena sortija!

FARFULLA.

Tomadla.
Mejor es la de este dedo. *se la guarda.*

Pues este relox.

D. FERNANDO.

Mejor
es este. Yo me le llevo.

D. LESMES.

¿Tambien el zangano moja? *ap.*
¿Yo acaso le galanteo
á él? Dexa que á ser hombre
vuelva, que ya nos veremos.

FARFULLA.

Mirad que caxa.

D. LESMES.

Mirad *ap.*
que demonio. ¿Hombre qué es esto?

FARFULLA.

No se puede remediar: *ap. á él.*
y no hagais algun extremo;
ved que sois escaparate.

D. LESMES.

Pues si no fuera por eso,
¿no hubiera ya muertes de hombres?

D. FERNANDO.

Mirad que empezarán presto
las funciones,

D.ª ISABEL.

Decís bien:

Vamos á beber primero.

D. FERNANDO.

El chasco ha sido gracioso.
¿Donde vais?

FARFULLA.

Este es obsequio.
á recoger las alhajas *ap.*
para escaparme corriendo.

Vanse los tres.

Sale Catanla.

CATANLA.

¿A dónde estará Perico?
No parece :- ¡Mas qué es esto!
¿Don Lesmes qué haceis aqui?

D. LESMES.

Esta muger me habla, viendo *ap.*
que soy un escaparate:
Sin duda ha perdido el seso.

CATANLA.

¿No me respondeis, Señor?

D. LESMES.

¡Se dará mayor empeño! *ap.*
Cómo la he de responder,
si no soy lo que parezco.

CATANLA.

Este hombre ha perdido el juicio;
mejor es que le dexemos.

D. LESMES.

Puesto que estoy invisible,
yo voy á abrazarla.

CATANLA.

Quedo,
Señor, que yo correspondo
de esta manera. *dale.*

D. LESMES.

¡Torresnos!
de que madera tan blanda
debo ser; porque lo siento.

CATANLA.

El demonio del pelon.
Pero allí viene el Platero.
Sale Farfulla con un lio.
Oye usted, ¿y la caxa de oro
que le dí á limpiar?

FARFULLA.

La tengo
en remojo; de aquí á un rato
os la traeré.

CATANLA.

¿Sabe Pedro

algo?

FARFULLA.

Nada.

PERICO.

Yo lo sé;
y la cuenta ajustaremos.

D. LESMES.

Hombre, que todos me ven.

FARFULLA.

Voy á sacar un sombrero
que os encubra. A poner *ap.*
las alhajas, para en viendo
á la gente divertida,
tomar las de villadiego.

Mete un lio en el quarto.

CATANLA.

¿Quién le ha dado á usted la llave
de ese quarto?

FARFULLA.

¿Quién? su dueño.

CATANLA.

¿Perico? eso es otra cosa.
Este hombre es faramallero.
¿Y la caxa?

FARFULLA.

Voy por ella.

D. LESMES.

Oyes, oyes.

FARFULLA.

Pronto vuelvo.

Le pone un sombrero ridículo.

Así quedais invisible:
entraos al aposento
de Isabel, que vais seguro.
Y á tí en el patio te espero
con la caxa. Voy á ver
si los separo con esto
de este tránsito, y le doy
fin dichoso á mi proyecto. *vase.*

D. LESMES.

Voy á hacer la ultima prueba
de la fortuna que tengo.

Le hace gestos.

Con efecto no me vé.

CATANLA.

¡Se dará un hombre mas necio!

D. LESMES.

Voy á ver si me sucede
lo propio donde yo quiero. *vase.*

CATANLA.

¿A dónde estará Perico
metido? Pero en oyendo

el reclamo, él vendrá pronto:
Para llamarle cantemos.

Xácara.

Los que presumen de tunos,
los que se tienen por guapos,
los que se alaban que á todas
las mozas echan el gancho,
salgan aqui, si son hombres,
que la guerra les declaro
de sol á sol con mis ojos,
armada de punta en blanco:
prevenganse bien de astucias,
de soflamas y regalos,
verán si me dá la gana
con la sal que los engaño.

Sale Perico de la alacena.

PERICO.

Los que tengan cajas de oro,
y quieran ver aliviados
de su peso los volsillos,
acudan á este reclamo.
Vengan todos los que quieran
ver el hechizo mas falso
que en los caminos de España

puso por tropiezo el diablo;
vengan pues, que yo les cedo
la parte que me ha tocado,
porque supo antes lo que otros
saben despues de casados.

PERICO.

¿Qué tal? ¿Quieres qué prosiga?

CATANLA.

Perico, yo no te entiendo.

PERICO.

Yo te lo diré mas claro
mañana ::- ¿Mas qué es aquello?

Salen Doña Isabel y Don Fernando dando con el baston á D. Lesmes.

D.ª ISABEL.

Dexadle.

D. FERNANDO.

Tomad, que el loco
solo por la pena es cuerdo.

D. LESMES.

Hombre, que estoy invisible,
no me dés.

D. FERNANDO.

Ya lo veremos.

Sale Casilda.

CASILDA.

¿Quién me alborota la casa
de este modo? Usté es perverso,
Señor?

D. LESMES.

Otra que bien baila.

CASILDA.

¿Nadie me dice qué es esto?

PERICO.

Yo lo diré. Un picaron
al Señer, que pierde el seso
por Madama, mil embustes
le hizo creer.

D. LESMES.

¿No he de creerlo,
si ha admitido mis regalos?

D.ª ISABEL.

¿Yo? Vengan los candeleros
que os he prestado.

CATANLA.

¡Ay mi caxa!

D. LESMES.

¿A mí?

PARFULLA.

¿Y el raso y el terciopelo?

D.ª ISABEL.

¿Estais loco?

D. LESMES.

¿Y las alhajas
que me habeis quitado, siendo
escaparate?

D. FERNANDO.

Al criado
se las entregamos luego.

D. LESMES.

¿Qué criado?

PERICO.

El lo fingió
para robaros á un tiempo
á todos.

TODOS.

¿Y á donde está?

CASILDA.

¿Si estará por allá dentro
robandome á mí?

TODOS.

A cogerle.

D. FERNANDO.

Todas las puertas tomemos.

CASILDA.

Y gritar, para que acuda
la Justicia.

CATALA.

Decid recio:
ladrones, ladrones.

D. LESMES.

Yo
pagaré la fiesta.

Sale Farfulla.

FARFULLA.

Pedro,
¿qué alboroto es este?

PERICO.

Amigo,
que hemos sido descubiertos.

FARFULLA.

Voy por las alhajas.

PERICO.

Ya,
para salvar los pescuezos,
las eché todas al pozo.

FARFULLA.

¡Hombre del diablo, qué has hecho!

¿Y el volsillo de las onzas
que habia pillado?

PERICO.

El primero.

VOZES DENTRO.

Ladrones.

FARFULLA.

¡Triste de mí!
¿Por adónde escaparemos?

PERICO.

Yo voy á echarme en el pozo,
porque no hay otro remedio. *vase.*

FARFULLA.

¿Y yo que no sé la casa,
por dónde saldré?

Sale el Alcalde.

ALCALDE.

Teneos
al Alcalde. Con la bulla
toda la capa me han hecho
giras. ¿Quién sois?

FARFULLA.

Yo soy sastre,
que este frac á sacar llevo

ensanches.

ALCALDE.

Hacedme gusto
de prestarmela un momento;
y componedme esta capa.

FARFULLA.

Quedareis servido luego.

ALCALDE.

¿Y el ladron?

FARFULLA.

Es uno gordo
que encontrareis, algo viejo,
con una mala peluca.

ALCALDE.

Voy á ver si ya le han preso. *vase.*

FARFULLA.

Ya escapé.

Salen Ministros.

MINISTROS.

Daos á prision.

FARFULLA.

Parece que vienen ciegos
ustedes, ¿No me conocen,
ni ven que á componer llevo

esta capa de su Alcalde
que á la entrada le rompieron?

MINISTRO 1.°

Perdone usted.

MINISTRO 2.°

Dice bien;
que la capa conocemos.

FARFULLA.

Otra vez sepan ustedes
distinguir á los sugetos. *vase.*

Sale D. Lesmes y el Alcalde siguiendole.

D. LESMES.

¿Qué quereis?

ALCALDE.

Date, ladron:
ese es, Ministros.

MINISTROS.

Daos preso.

D. LESMES.

¡Yo ladron!

Salen todos.

CATANLA.

Aquel del frac

TODOS.

es.

Encima nós echemos
para aseigurarle.

Se echan sobre el Alcalde, tapandole la cara.

ALCALDE.

¿Qué hacen?

D. FERNANDO.

Mañana le he de ver puesto
en la horca.

ALCALDE.

Mirad, Señores,
que soy el Alcalde.

CATANLA.

Es cierto.

ALCALDE.

Y este es el ladron. *por D. Lesm.*

D. LESMES.

¿Si acaso
lo seré yo sin saberlo?

D.ª ISABEL.

¿Y ese frac?

ALCALDE.

Me le dió el sastre,
mientras me está componiendo

mi capa.

PERICO.

Ese era el ladron,
que se os fue de entre los dedos,
y solo á vos ha robado
la capa.

D. LESMES.

¡Pues mi dinero
y mis alhajas!

CATANLA.

¿Mi caxa
de oro?

D.ª ISABEL.

¿Y mis candeleros?

PERICO.

Amiga, menos tu caxa, *á Catanla.*
lo demas aqui lo tengo;
pues sospechando pedia
la llave con mal intento,
estuve siempre á la vista;
y convine en sus enredos
y hurtos, para asegurarle,
y preparar su escarmiento.

D. FERNANDO.

¿A quien quitaria esta caxa
que me vendió?

es. texto

Encima nos e
para aseigurarle,
Se echan sol ma.

LESMES.

M tú zelo.

CATANLA.

Mira, ya tengo algun dote.

PERICO.

Dichosa tú.

CATANLA.

No hagas gestos;
que en sabiendo como vino,
te quedarás tan contento.

Sale un Alguacil.

ALGUACIL.

Señor Alcalde.

ALCALDE.

¿Qué quieres?

...esta noche
...confesion le tomemos,
y á la Capital mañana
se lleve con el proceso.
De la horca ó el presidio
no se ha de escapar.

TODOS.

Bien hecho.

PERICO.

¡Triste ladron! ¡qué bien hice
yo en ponerme á Mesonero!

TODOS.

¿Qué suena?

CASILDA.

Ya hacen señal
de que está todo dispuesto
para empezar la funcion.

CATANLA.

Con pretexto
de limpiarla, á mí.

D. FERNANDO.

Pues toma.

PERICO.

Yo sé que todo el dinero
está aquí; y va sin un quarto.

D. FERNANDO Y LESMES.

Ese es tuyo por tu zelo.

CATANLA.

Mira, ya tengo algun dote.

PERICO.

Dichosa tú.

CATANLA.

No hagas gestos;
que en sabiendo como vino,
te quedarás tan contento.

Sale un Alguacil.

ALGUACIL.

Señor Alcalde.

ALCALDE.

¿Qué quieres?

ALGUACIL.

Albricias, que ya está preso
aquel que os quitó la capa.

D. FERNANDO.

Todos os las ofrecemos.

ALCALDE.

Mientras vamos á la fiesta,
dí que le carguen de hierro,
para que esta noche propia
la confesion le tomemos,
y á la Capital mañana
se lleve con el proceso.
De la horca ó el presidio
no se ha de escapar.

TODOS.

Bien hecho.

PERICO.

¡Triste ladron! ¡qué bien hice
yo en ponerme á Mesonero!

TODOS.

¿Qué suena?

CASILDA.

Ya hacen señal
de que está todo dispuesto
para empezar la funcion.

ALCALDE.

Yo voy al Ayuntamiento,
que hago falta: los que gusten
de venir, tendrán asientos.

D. LESMES.

Pues vamos todos en tropa,
al Auditorio pidiendo

Con TODOS.

que disimule las faltas
de este capricho por nuevo.

Plaza iluminada con faroles ú velas; y sigue la cavalgata y contradanza.

LOS ZAGALES DE GENIL.

ZARZUELA PASTORAL,

CON QUE LA REAL MAESTRANZA DE GRANADA OBSEQUIÓ EL FELICISIMO CUMPLE-AÑOS DE SU HERMANO MAYOR, S. A. R. EL SERENISIMO SEÑOR INFANTE DON GABRIEL, EN EL DE 1769.

Puesta en música por D. Pablo Esteve.

PERSONAS

NARCISA, *enamorada de*
LAUREANO.
PASQUALA, *correspondida de*
ANTERO.
GINES, *despreciado y zeloso de ambas.*

La escena es en un Valle á orillas del rio Genil.

LOS ZAGALES DE GENIL.

ZARZUELA PASTORAL.

ACTO I.

El Teatro representa un delicioso Valle con vista del rio Genil.

ESCENA PRIMERA.

Narcisa sentada en una peña, recostada sobre el brazo y pensativa; mirando al rio, y despues Pasquala.

NARCISA.

Dulces aguas lisongeras
del caudaloso Genil,

si no quereis ser amargas,
de mis lagrimas huid.
Huid de una infeliz,
que al amor y la ausencia
hoy tiene contra sí.

Pasquala muy alegre, haciendo una honda de cañamo.

PASQUALA.

El ave ligera,
la fuente parlera,
el plácido rio,
el monte sombrío
respiran amor.
El bello ganado,
el prado florído,
los valles frondosos
están envidiosos
de ver mi Pastor.

NARCISA.

¡Ay infeliz!

PASQUALA.

¿Qué escuché?
Jurára, que trajo el eco
un suspiro á mis oidos,

y un suspiro, no de aquellos,
que tal vez en este valle
proceden de un amor tierno,
que para no consumirse
procura exhalar su fuego;
sino un suspiro quejoso.
¿Mas cómo puede tan lejos
de la Ciudad conducir
la voz de la queja el viento?
Yo me equivoqué.

NARCISA.

¡Ay de mí!

PASQUALA.

Otra vez lo escucho y creo,
que cerca de aqui. ¿Quién viene
á introducirnos tan nuevo,
y tan paligroso idioma
en el inocente reyno
de nuestra campaña, donde
hasta aqui, desconociendo
sus dichosos moradores
vanidad, lisonjas, zelos,
pretensiones sin justicia,
y esperanza sin fin bueno,
vivimos lo que vivimos,
libres de desasosiegos?

¿De quando acá en las orillas
del claro Genil se oyeron
clausula, sin ser lisonja,
ay, que no fuese requiebro,
quitando á la voz lo amargo
lo dulce del instrumento?
Por aqui sonó: buscarla
determino..... ¡Mas qué veo!
Narcisa, prima, no en valde
te habia yo echado menos.
¿Tú sentida? ¿Tú apartada
del inocente comercio
de amigas y deudas? ¿Tú
abandonas el gobierno
de tu querido rebaño
á mano agena? ¿Qué es esto?

NARCISA.

No lo sé.

PASQUALA.

¿Pues cómo sabes,
si lo ignoras, padecerlo?

NARCISA.

Como es linage de mal
tan ignorado y tan nuevo,
que oprime cruel al alma,
sin causar dolor al cuerpo.

PASQUALA.

¿Será mal de corazon?

NARCISA.

Segun la afliccion que siento
al respirar, y segun
el poco gusto que encuentro,
bien se puede presumir,
que mi mal está en el pecho.

PASQUALA.

Pues yo no creo, que es mal
de corazon; sí me acuerdo,
de que quando suele darle
ese accidente á Fileno,
hace quatro mil visages;
se tira contra los suelos,
dá mil puñadas y coces;
y como no acudan luego
á sujetarle seis hombres,
los mas robustos del pueblo,
se descalabra y se araña
toda la cara y el pecho.

NARCISA.

Pues en mí son tan contrarios,
y tan mudos los extremos,
que solo son la quietud,
y soledad mi remedio.

PASQUALA.

Pues, muger, mira lo que haces,
que, como decir solemos
por allá, el peor enemigo
es el que viene encubierto.
¿Por qué no vas á la Aldea,
y le dices al Barbero
lo que sientes; ó por qué
no aparejas tu jumento,
y te vas á la Ciudad,
que no está de aquí tan lejos,
y comunicas tus males
con algun Doctor experto?

NARCISA.

¡Ay, Pasquala! ¿Cómo quieres,
quando yo misma no entiendo
mi dolor para explicarle,
que nadie pueda entenderlo.

PASQUALA.

Si tal; porque los Doctores,
en aplicando al enfermo
la mano, aunque no lo entiendan,
siempre dan algun remedio.

NARCISA.

Nadie cura las pasiones.

PASQUALA.

¡ Ola ! ya vas descubriendo
algo la espina : prosigue ,
que quizá la sacaremos.

NARCISA.

No sé qué decir.

PASQUALA.

Pues vaya ,
yo te meteré los dedos.
¿ Has tenido alguna riña
con tu madre , ó te se ha muerto
algun pariente ?

NARCISA.

No.

PASQUALA.

¿ No ?
¿ Te han comido algun cordero
los lobos , ó te han hurtado
los pastores algun perro ?

NARCISA.

Tampoco.

PASQUALA.

¿ Pues qué será ?
¡ Ay ! ahora que me acuerdo ,
¿ no ha venido de la Corte ,
acaso , Laureano bueno ?

¿No te ha traido algun dije,
buenas cintas para el pelo,
algun pulido cayado,
ó algun bizarro sombrero,
que quite el Sol, y no agovie
la cabeza con el peso?

NARCISA.

No: que solo me ha traido
sequedades y desprecios.

PASQUALA.

¿De qué lo infieres, si ayer
de mañana entró en el Pueblo,
anoche no vino al Valle,
y hoy, aunque tan cerca estemos
de medio dia, quizá
el pobre estará durmiendo?
que el que anda mucho y á pie,
no llega para requiebros.

NARCISA.

¡Ay, Pasquala! que otras veces
ha ido mucho mas lejos,
y solo hallaba en mis ojos
el descanso y el sosiego.
¡Ah! ¡quántas veces sus padres
su desatencion riñeron,
porque siempre que venia

era mi amor lo primero!
El sin duda me ha olvidado.

PASQUALA.

Narcisa, ¿sabes que pienso?
que como llevó moneda
para componer el pleito
de su tio el Licenciado,
es tan cortés y discreto,
sabe leer y escribir,
y con el vestido nuevo
iba tan galan, quizá
allá en Madrid habrá hecho
lo que dicen que hacer suelen
los mas de los Caballeros.

NARCISA.

¿Pues qué hacen?

PASQUALA.

Enamorarse,
detenerse mucho tiempo,
y volver luego á sus casas
sin salud y sin dinero.

NARCISA.

Si creo á mi corazon,
no son los pesares menos
que me predice.

PASQUALA.

Ginés
viene allí: de él lo sabremos.

ESCENA II.

Ginés y las dichas.

GINES.

A la paz de Dios, Zagalas.

NARCISA.

Ginés, bendigate el Cielo.

PASQUALA.

¿A dónde vas por aquí?

GINES.

¿Desde quándo acá merezco,
que á vosotras os importe
donde voy ni donde vengo?

NARCISA.

Ne sé yo porque lo estrañes.

GINES.

Porque no hay en todos estos
contornos, que de Genil
fecundan los arroyuelos,
Zagal mas desventurado.

PASQUALA.

Tú tienes la culpa de eso.

GINES.

¿ Por qué ?

PASQUALA.

Porque tienes fama
de envidioso y de soberbio :
porque eres muy hablador,
y amigo de meter cuentos :
y asi huyen todas de tí,
como liebre de los perros.

GINES.

Eso es mentira: la causa
de que hagais tan poco aprecio
de mí y de mis agasajos,
es que no soy zalamero,
y á todos digo en su cara
las cosas como las siento ;
y en fin, ¿á tí qué te importa,
que sea malo ó que sea bueno,
viviendo tan satisfecha
de las finezas de Antero?

NARCISA.

Yo sé quando te importaba.

GINES.

Allá, quando era yo necio,

y no habia conocido
las malicias del anzuelo
del amor, ni vuestras mañas;
pero ya soy tan discreto,
que rechazaré, por mas
agudo que sea el acero,
las flechas de una Señora;
con que mira tú qué efecto
me podrán hacer las vuestras,
que apenas tocan al pelo
de la ropa se desmayan.
Yo he de ver lo que grangéo, *ap.*
pues no me quieren rendido,
tratandolas con desprecio.

NARCISA.

Dichoso tú, que has hallado
el modo de vivir quieto,
sin el afan que se sigue
del cariño, mas perfecto.

PASQUALA.

Pero dime, Ginés mio.

GINES.

Miren si lo dixe. Apuesto *ap.*
que ambas me quieren, porque
he dicho que no las quiero.

PASQUALA.

¿Has encontrado á Laureano?

GINES.

¡Ah, picarás! ya os entiendo; *ap.*
pero á fé que ha de pesarlas,
ya que me ocupan el tiempo,
de habermelo preguntado.

NARCISA.

Dí: ¿le has visto?

GINES.

Estoy haciendo
memoria donde le ví.
Allá quedaba, en el cerro
de los Alisos, tratando
sus negocios con Antero.
Para en uno son los dos.
¡Pobre Narcisa! yo temo,
que has de quedar en el Valle
de todas para escarmiento.

NARCISA.

Pues dí; ¿por qué? *sobresaltada.*

PASQUALA.

No le escuches,
que de Laureano no creo
ninguna descortesia,
que es muy fino y muy atento.

GINES.

Pues tú puedes echar plantas,
porque ciertamente Antero
es tan fino como esotro.

PASQUALA.

No me vengas con enredos,
porque ya sabes Ginés,
que yo conozco tu genio.

GINES.

¿Quánto me dierais vosotras
porque os dixera un secreto,
que sé yo de entrambos? mas
si no habeis de agradecerlo,
¿para qué lo he de decir?

PASQUALA.

No me vengas con misterios:
yo sé bien, que mi Zagal
me quiere, y que satisfecho
vive tambien de mi amor;
y dexandote por necio,
hablador y entremetido,
voy á buscarle: y si puedo
ver á Laureano, á traerle
asido de los cabellos,
á que te pida perdon
de haber andado tan lerdo

contigo, ó que se disculpe
de la tardanza, y espero
que todo ha de serenarse;
y tú, rabiando de zelos,
como suele sucederte,
has de quedar, embustero.

Aria.

Dexa, Narcisa, el llanto,
serena tu semblante,
y de tu fiel amante
confia en el amor.
Llora, envidioso, llora,
siente nuestro rigor,
pues ninguna te adora;
y en todo nuestro egido
vives aborrecido
por falso y hablador.

ESCENA III.

Narcisa y Ginés.

GINES.

¡Se verá tal osadia?
Mal haya aquel majadero,
que introduxo la costumbre

de que sea el sufrimiento
en los hombres atencion,
quando nos dicen desprecios
las mugeres: que así están
de suerte que no podemos
averiguarnos con ellas,
y con el menor pretexto
nos hartan de picardias,
y despues se van riendo.
¡Ah! ¡yo me tengo la culpa!
Si yo no fuera tan bueno,
que por evitar que haya
entre los Zagales pleitos,
no fuera diciendo á todos
lo que otros murmuran de ellos,
y los dexára ser malos,
no me sucediera esto;
pero yo me enmendaré.

NARCISA.

Ya vés, Ginés, que no tengo
culpa yo de que Pasquala
te haya dado sentimientos.
Si algo sabes de Laureano,
y tu compasion merezco,
dímelo, porque me sirva
de precaucion ó consuelo.

GINES.

Puede tanto tu buen modo;
Narcisa, que ya resuelvo
hacer quanto me mandares,
aunque rompa el juramento
de no volver á meterme
en ningun asunto vuestro.

NARCISA.

Pues vaya, dí, ¿qué motivo
tienes de decirme aquello,
de que solo he de quedar
en el Valle para exemplo
de desgraciadas?

GINES.

De suerte
muger, que quiere gran tiento
el asegurar las cosas,
en que un hombre no está impuesto;
y una cosa es murmurar
de qualquier cosa que vemos,
aunque se añada un poquito,
y otra asegurar por cierto,
y seriamente, las cosas
con muy poco fundamento.

NARCISA.

¿Con que sacamos en limpio,

que eres un gran embustero,
como dice la Pasquala?

GINES.

Te engañas, que yo no miento;
pues callo lo que no sé,
y digo lo que sospecho.

NARCISA.

Pues dime, ¿por qué sospechas
mal de Lauxano?

GINES.

Por esto.
Porque sé, que no te ha visto
desde ayer, que entró en el Pueblo:
porque hablandole de tí,
sé que dixo á un compañero
otras cosas, que, Narcisa,
traygo yo en mi pensamiento:
porque al instante que vino,
buscó presuroso á Antero,
y los dos toda la noche
ocupados estuvieron,
y encerrados no sé donde:
y al instante que vinieron,
antes de salir el Sol
esta mañana, se han puesto
á buscar flores, cortar

ramas: han traido un cesto
tapado con gran reserva,
y ahora están haciendo versos.

NARCISA.

¿Y sabes á quién? *eficaz.*

GINES.

No sé,
que yo no pude leerlos;
solo escuché, que Laureano
le dixo á el otro muy tierno:
„ Aunque Madrid no tuviera
„ otra cosa que mi dueño,
„ le bastaba para ser
„ lo mejor del Universo."

NARCISA.

¡Ay, infeliz! ¿Que mas claro *llora.*
he de saber mi desprecio?
No me ha de ver. *rabiosa.*

GINES.

Harás bien;
y si tuvieras el genio *alegre.*
vengativo, mas habias
de hacer.

NARCISA.

¿Qué era?

GINES.

Aborrecerlo;
y en mí, ó en otro Zagal,
pues sabes que te queremos
muchos, emplear tus gracias,
para que rabiase al verlo.

NARCISA.

¡Ay, Ginés! mas facil fuera *tierna.*
sacar de un anciano fresno
con la mano las raices,
que arrancar las que en mi pecho
ha echado amor, cultivado
con tantos años de afectos.

GINES.

Ciertamente, muger, que *sério.*
no pareces de estos tiempos.

NARCISA.

¿Por qué?

GINES.

Porque quieres mas
de lo que es razon; pero ello,
¿qué piensas hacer?

NARCISA.

Morir,
si averiguo mi tormento.

GINES.

¿Y cómo has de averiguarle?
porque él es tan lisongero,
que te volverá á engañar,
y negará quanto ha hecho
en tu ausencia.

NARCISA.

Tú podias,
si fueras piadoso, hacerlo
mejor que nadie.

GINES.

Dí como,
verás como te obedezco.

NARCISA.

Yendo á encontrarle, y mañoso
sus pasiones descubriendo.

GINES.

Yo lo haré.

NARCISA.

Pues vé al instante,
que en mi cabaña te espero.

Aria.

Averiguar procura
si cruel me desprecia,
ó si fino me aprecia,
hablandote de mí.

Mira si acaso escucha
mi nombre con agrado;
ó si ahoga turbado
sus quexas entre sí.

ESCENA IV.

GINES *solo.*

¡Que por mas que he discurrido,
por mas métodos diversos,
que tomo para rendir
á quantas Zagalas veo,
no haya topado con una,
que me quiera un mes entero!
Yo soy mas rico que algunos,
mas joven; y con todo eso,
y que las regalo mas,
soy el que merece menos.
Esto debe de querer
mas maña, que fuerza; pero
yo en algo he de divertirme:
y pues finezas no encuentro,
ó lisonjas, que uno y otro
son el mejor embeleso
de qualquier hombre de bien;
yo he de ver si me divierto

con embrollarlos á todos.
Laureano viene y Antero:
voy á darles un mal rato
á los dos con un enredo.

ESCENA V.

Laureano, Antero y el dicho.

LAUREANO.

Ginés, ¿has visto á Narcisa?
¿ó sabes, si á mas ameno
sitio, desde que yo falto,
lleva á pastar sus corderos?

ANTERO.

¿No te he dicho ya que no?
Tan fina ha sido aun en eso,
que siempre cerca del tuyo
su hermoso rebaño ha puesto,
de que tus propios Pastores
son los testigos mas ciertos.

LAUREANO.

¿De qué te burlas, Ginés?

GINES.

Yo siempre me estoy riendo
de ver á todos vosotros,

que no teneis mas empleo,
ni hablais jamás de otra cosa,
que de amores y de zelos:
os llenais unos á otros
de fiera sarna los huesos:
creeis de vuestras Zagalas
finezas los pasatiempos,
y una y otra esperancilla,
que suelen daros al vuelo,
que el que lo vé desde afuera,
sabe que son embeleco.

LAUREANO.

¡Ay, Ginés! si caber pueden
en el inocente pecho
de Narcisa falsedades,
que las declares te ruego.

GINES.

Preguntaselo á Pasquala.

ANTERO.

Esa sí que es un portento
de la constancia: esa si
que dexa atrás los exemplos,
con que amor en este Valle
acredita sus trofeos.
¿No es verdad, Ginés?

GINES.

Ya que lo preguntas, no por cierto.

ANTERO.

Pues dí lo que sabes contra su inocencia, y mi sosiego.

GINES.

Preguntaselo á Narcisa.

LAUREANO.

Si otro que tú, de quien tengo tan dilatada experiencia de lo envidioso, y ligero, me lo dixera, ó á ser posibles tales defectos en mi Zagala, de pena me hubiera quedado muerto.

ANTERO.

No lo creas, que tampoco yo, amigo Laureano, creo lo que dice de Pasquala.

GINES.

¿Pues os he dicho algo, necios?

ANTERO.

Demasiado nos decian tu falsedad y tus gestos, á ser crédulos nosotros.

GINES.

Mala cosa es ser discretos.

ANTERO.

¿Por qué?

GINES.

Porque entienden mas
que se les dice al momento.

LAUREANO.

Pues si hay algo que saber,
háblanos formal y sério,
y dí lo que hay.

GINES.

Eso no.
A Salviano y á Cardenio,
que son hombres respetados
por su edad y su talento
en el Valle, podeis ambos
apelar por el consejo,
y la noticia; que yo
solo á deciros me atrevo
que desperteis, y tengais
presente este documento.

Aria.

No hay experiencia
de fé constante,
que de su amante

llore la ausencia,
por mas que finja
fidelidad.

*

Por divertirse
fingen que aman:
es gusto verlas
cómo nos llaman;
pero es creerlas
gran necedad.

ESCENA VI.

Laureano y Antero.

LAUREANO.

Antero, ¡ay de mí! ¿qué he oido?
Solo de imaginar muero,
que ha sido ingrata Narcisa.
¡Mira tú, que será verlo!

ANTERO.

Sosiegate: que yo, amigo,
sin embargo de los buenos
testigos que dá Ginés,
no me aventuro á creerlo.

LAUREANO.

Yo sí, que es desgracia mia.

Además, que si me acuerdo
de que soy mortal, y estaba
hace poco tan contento,
es preciso que sucedan
las penas á los consuelos.
Voy á buscar á Narcisa....
¿Pero no sabré primero,
quál ha sido el atrevido
Pastor, que merito ha hecho
de mi ausencia ó mi desgracia,
para seducir un tierno
corazon, donde mi imagen
vivió impresa tanto tiempo?
Sabré vengarme....

ANTERO.

Detente.

LAUREANO.

La espuela de amor y zelos
me avivan. Mas facil fuera
contener el curso al viento,
ver retroceder al rio,
dar flores á los almendros
por Diciembre, ó por Agosto
ver nevados esos cerros,
que contener al que quiere
con un amor verdadero,

en el instante que acaba
de escuchar su menosprecio.

Aria.

Del horror de mi destino,
que furioso me maltrata
con los zelos de una ingrata,
ya comienzo á delirar.

*

Mas en suerte tan funesta,
si no calman los rezelos,
en venganza de mis zelos,
todo el Valle he de abrasar.

ESCENA VII.

Antero solo.

ANTERO.

¡Qué lastima me dá verle!
¡pobre Laureano! ¡qué presto
la alegria con que vino,
se le trocó en sentimiento!
¡Qué ufano se apresuraba
por hacer en un festejo
ver el fruto de su viage!
¡Qué fiel á su hermoso dueño
retardó el primer abrazo,

para mas encarecerlo!
¡Qué poco dura un placer!....
Pero, ¿por qué me divierto,
quando acaso mi destino
no es mejor, con el ageno?
¿Puede no ser fiel Pasquala?
¿Puede caber en sus bellos
ojos el vil artificio
de engañar á dos á un tiempo?
No es posible. Mas piadoso
ha de ser contigo Antero,
que Laureano con Narcisa.
Yo no creo, yo no creo,
que haber pueda una muger
de tan despeciable genio,
que sabiendo que la quieren
con amor fino y honesto,
y habiendo dicho que ama,
y advertido los obsequios
de vn hombre; permita, que otro
la diga el menor requiebro.

Aria.

Por mas que tema amante,
callaré mi sentimiento,
hasta ver si mi tormento
es mentira ó es verdad:

Aunque al susto de la pena
desfallece, y se enagena
toda mi tranquilidad.

ESCENA VIII.

Levantandose el teloncillo, se verá una Cabaña, á cuya puerta rústica habrá cantidad de ramos y flores arrojadas por el suelo, y colgadas de los árboles algunas targetillas en blanco: y dos con los motes que se dirán luego.

Pasquala y despues Narcisa, cada una por su lado.

PASQUALA.

¿En qué podrá consistir,
que ni Laureano ni Antero
parecen por todo el Valle:
sus hatos están dispersos,
apartados de la umbría,
y sus criados durmiendo?
Toda mi seguridad
en temor voy convirtiendo.
La Cabaña de Laureano

es esta: veré si encuentro
acaso á los dos jugando,
ó divertidos. *Se va acercando.*

Sale Narcisa.

NARCISA.

No puedo
sosegar: mi corazon
está demasiado inquieto
para aguardar las noticias
de Ginés... ¿Pero qué es esto?
¿qué buscas, Pasquala mia?
¿tan grandes son los extremos
de tu cariño, que vienes
á procurar mis consuelos?

PASQUALA.

Con ese fin me aparté
de tí; ¡mas ay! que ya vengo
con otro cuidado mio.

NARCISA.

¿Cómo?

PASQUALA.

¿Has encontrado á Antero?

NARCISA.

No; y he preguntado á muchos,

si la verdad te confieso.

PASQUALA.

Ni yo tampoco. Sin duda
lo que el otro ha dicho es cierto.

NARCISA.

Huyamos de ellos: huyamos
donde nunca puedan vernos.

PASQUALA.

Ya que aqui estamos, amiga,
mejor será que lleguemos
á ver si están en la choza.

NARCISA.

Si; pero ha de ser con tiento,
por si percebimos algo
de lo que hablan entre ellos,
antes que nos sientan: ¿sí?

PASQUALA.

Pues calla.

Van llegando, y al ver los despojos dichos se suspenden.

NARCISA.

Pisa tú quedo.

PASQUALA.

Parece que no se siente
voz alguna..... ¡Mas qué veo!
¡Mira qué alfombra de flores

hay á la puerta! ¡qué bellos ramos! Sin duda, que están preparando algun festejo.

NARCISA.

¡Ay, Pasquala mia! mira lo que dice este letrero.

Pasquala lee.

„ Mis ojos darán caudales
„ duplicdos á Genil
„ cada vez que me acordáre
de lo que dexo en Madrid."

Mal testigo es este.

NARCISA.

Aqui hay otro peor, y mas cierto.

Pasquala lee.

„ Diez y siete años
„ hoy cumple mi amor:
„ Ninfas de este rio
„ levantad la voz:
„ que aunque no la escuche
„ la Deidad, sé yo, (tes
„ que jamás se perdieron por distan-
„ el eco y la lealtad de un corazon."

NARCISA.

¿Quieres oirlo mas claro?

PASQUALA.

Ya lo oygo y ya lo veo.
Sin duda, que enamorado
ha venido hasta los huesos.
Pero aguarda, que aqui hay otro,
y son las letras de Antero.

NARCISA.

¿Y dice?

PASQUALA.

Lee lo que dice:
leelo tú, que yo no acierto.

Narcisa lee.

„ Embeleso amable,
„ que obligas asi
„ solo por noticias
„ mal explicadas
„ de una voz cerril
„ Solo á venerarte
„ yo te ofrezco ir
„ romero á la Corte,
„ aunque abandone
„ el hato y el redil. "

PASQUALA.

¿No te basta ser traydor,
bastardo Zagal perverso,
que quieres comunicar

la peste á tus compañeros?

NARCISA.

¡Ay, Pasquala! yo me fino.

PASQUALA.

¡Ay, Narcisa! yo fallezco.

NARCISA.

Alli vienen los dos.

PASQUALA.

Vamos
á morir.

NARCISA.

Sí; mas te ruego,
que nos vamos á morir
donde no lo sepan ellos.

ESCENA IX.

Narcisa, Pasquala, Laureano y Antero.

LAUREANO.

Alli están las dos.

ANTERO.

La espalda
vuelven apenas nos vieron.
Narcisa ingrata.....

LAUREANO.

Pasquala.....

PASQUALA.

Vamos, vamos.

NARCISA.

Yo no puedo
dexar de justificar
con mi quexa mi desprecio.
¡Posible es, falso, cobarde,
que con semblante sereno
te presentes á mis ojos!....

LAUREANO.

Suspende el discurso, puesto
que no soy quien te ha llamado;
el que te nombró fue Antero.

PASQUALA.

¿Y á mí quién me nombró?

LAUREANO.

Yo,
que trocados los afectos
del amor en ira, entrambos
nos llevamos del extremo
de la amistad; y sentido
del mal de su compañero
olvidó cada uno el propio,
por atender al ageno.

ANTERO.

Ingrata Pasquala, ¿ quién
ha introducido en tu pecho
inocente las astucias
de la falsedad ?

LAUREANO.

¿ Qué es esto,
tyrana Narcisa? ¿Es este
aquel suspirado premio,
que mantuvo mi esperanza
en mi ausencia ?

PASQUALA.

Pues es bueno,
ser los propios delinquentes
los que aprieten el tormento.

NARCISA.

Bien se conoce, Laureano,
que has aprovechado el tiempo
en Madrid, pues tan bien sabes
aquel idioma perverso,
que dicen que allá se estila,
de disculparse mintiendo.

PASQUALA.

Pero quedáraste allá,
y no vinieras (¡ mal fuego
de Dios !) á dar en el Valle

á conocer el Infierno.

LAUREANO.

Pasquala, ¿qué es lo que dices?
Mira, que no te entendemos.

ANTERO.

Si no lo entiendes, yo sí.
La libertad, y el despego
dan bien á entender, que es otra,
que fue hasta aqui. Yo te ruego,
Laureano, si ellas no quieren
dexarnos, que las dexemos.

LAUREANO.

Bien dices, vámos.

NARCISA.

No os vais;
que para nunca mas vernos
os dexaremos nosotras,
ingratos: y plegue al Cielo,
que la primera noticia
que te traygan los correos
de Madrid, sea á tus ojos
motivo de luto eterno.

LAUREANO.

Yo....

ANTERO.

Dexa los desengaños,

amigo, y no las quitemos
las horas, porque suspiran
sus enamorados nuevos.

PASQUALA.

¡Ah, infame Pastor! ¿No sabes
otro mas digno concepto
de pretextar tu malicia,
que ajar el crédito nuestro?

LAUREANO.

Vosotras teneis la culpa,
que haceis público el defecto.

NARCISA.

Jamás ha habido en nosotras
mas delito, que quereros.

LOS DOS.

Esa es mentira.

LAS DOS.

Vosotros
solo sois los falsos.

LOS QUATRO.

¡Cielos!
volved por nuestra justicia,
ó acelerad el consuelo.

QUARTETO.

LAUREANO.

Conozco, tyrana,
tu pecho inhumano.

NARCISA.

Conozco, tyrano,
tu mal proceder.

ANTERO.

Conozco tu olvido.

PASQUALA.

Yo sé tu mudanza.

LOS QUATRO.

Murió mi esperanza
antes de nacer.

LAS DOS.

La fé que te adora,
premiaste con zelos.

LOS DOS.

Tú cansas, traydora,
mis tristes desvelos.

NARCISA.

¡Qué pena!

PASQUALA.

¡Qué agravio!

LAUREANO.

Yo muero.

ANTERO.

Yo rabio.

LOS DOS.

Cruel.

LAS DOS.

Fementido.

LOS QUATRO.

De tí me despido
á nunca mas ver.

LOS ZAGALES DE GENIL.

ACTO II.

ESCENA PRIMERA.

LAUREANO *solo.*

Orilla del Genil, cuya
alfombra de hermosas hierbas
fue tantas veces florído
tálamo de mi fineza:
copados verdes frondosos
álamos de sus riberas,
en que mi locura el viento

murmuró veces diversas:
florecillas, envidiosas
tal vez de que no os cogiera
para adornar de Narcisa
la espaciosa frente bella,
en tantas guinarldas como
sacrifiqué á su cabeza:
aves, que tantas mañanas
os halló el Alba despiertas,
para acompañar mis versos
piadosas y lisongeras:
si os acordais de que hubo
un Laureano en estas selvas,
por sus dichas envidiado,
respetado por sus fuerzas,
amante por su ventura;
y al fin, por su buena estrella
amado de la mas linda
Zagala, que las veredas
del monte, y prado florece
cada vez que las pasea;
compadecedle, que ya
no es el mismo que antes era;
y sabed que él es quien llora,
quando oygais tristes endechas;
compadecedle, y sabed,

que el motivo de sus quexas
son las fatales resultas
de una pasion y una ausencia:
compadecedle, y huid
de la graciosa presencia
de Narcisa, cuyo alhago
imita el de las Sirenas.
No creais sus risas falsas,
ni sus palabras discretas:
que unas y otras son mentiras,
con que á los rendidos premia.
En fin, prado, valle, rio,
árboles, aves y hierbas,
Narcisa olvidó á Laureano.
Corazon, ¡quién lo dixera! *se suspende.*

ESCENA II.

Pasquala y Laureano.

PASQUALA.

¡Oh, Laureano! yo me doy
mil veces la enhorabuena
de que despues de tu viaje
á honrar nuestro Valle vuelvas.

LAUREANO.

Dexame, Pasquala.

PASQUALA.

¿Tanto
mi venida te molesta,
que das á mis atenciones
un despego por respuesta?
¿Qué es esto? Pero discurro,
que ya he caido en la cuenta.
Toda mi desgracia es ser
de Narcisa compañera,
prima y amiga: bastante
causa es de que me aborrezcas.

LAUREANO.

¡Ay, Pasquala!

PASQUALA.

Si he mentido,
desengañame: ¿á qué esperas?
y no repares, que yo
perdono que me desmientas.

LAUREANO.

Dexame por Dios.

PASQUALA.

Te sobra
la razon: yo soy muy necia
en no advertir que quizá

será hora de que venga
Antero, para que hableis
allá de las cosas vuestras,
y nuestro desprecio. ¡Ah falso!
Plegue al Cielo, que os suceda
todo como al codicioso
Labrador, que el grano encierra
en los malos años para
dar aumento á sus riquezas,
y despues se le agorgoja,
se le avinagra, ó no encuentra
salida, porque dá Dios
abundantes las cosechas.

LAUREANO.

Plegue á Dios tambien, ya que
abusas de mi paciencia,
que esos, villana, Pastores,
ó ya Pescadores sean
de este rio, que aguardaron
al indulto de mi ausencia,
y á que el infeliz Antero
de satisfecho se duerma,
para disponer cobardes
seducirte á tí y á ella
á que olvideis tantos años
de suspiros y finezas:

plegue á Dios, digo otra vez,
que el fruto de sus ovejas
sea pasto de los lobos,
sin que los perros lo sientan;
ó á sus cañas y sus redes
dé tan esteril la pesca
el rio, que sus caudales
aniquile la miseria.

PASQUALA.

¿Qué es lo que dices? Laureano,
mira que es especie nueva
de villania imponer
delitos á la inocencia,
y para ocultar las propias,
inventar culpas agenas:
y sobre todo, por mí
no me empeño en que me creas,
porque todo la verdad,
y el tiempo lo manifiestan;
lo que te suplico es,
porque me muero de pena
de ver llorar á Narcisa,
y maltratar su belleza,
que ya que la olvides, no
seas tan cruel con ella:
no la digas pesadumbres,

ni por evitar la afrenta
de tus falsedades, pongas
su opinion en contingencia
de que su virtud se dude,
ó su liviandad se crea.

LAUREANO.

¡Qué tarde tus artificios
para deslumbrarme llegan,
Pasquala, quando sé que eres
tú tan falsa como ella!

PASQUALA.

¿Quién lo dice?

LAUREANO.

Mil testigos.

PASQUALA.

Pues dime alguno siquiera.

LAUREANO.

Si de Salviano y Cardenio
lo acredita la prudencia
y el retiro, ya en el Valle,
¿quién habrá que no lo sepa?

PASQUALA.

¿Ellos te lo han dicho?

LAUREANO.

No.

PASQUALA.

Pues miente la infame lengua,
que tal ha dicho.

LAUREANO.

No miente.

PASQUALA.

Pues hagamos una apuesta:
á que si vienes conmigo,
por un embustero quedas
porque lo dices; y al fin,
corrido porque lo piensas.

LAUREANO.

Déxame, que imaginarlo
es harto para que muera
del dolor, sin que la rabia
me acabe con la evidencia.

PASQUALA.

El huir los desengaños
el que dice que ama, es prueba
de que es cierta la mudanza,
ó que es fingida la ofensa.

ESCENA III.

Narcisa y los dichos.

NARCISA.

Pasquala mia, sabiendo
que ya nada me consuela
sino tú.... pero ya miro
la causa porque me dexas:
jamas conocí la envidia
hasta esta tarde.... *Llora.*

LAUREANO.

¡Qué diestras
en el arte de engañar
estais, y qué bien impuestas!

NARCISA.

¿Le has hablado?

PASQUALA.

Si.

NARCISA.

¿Y le has dicho?....

PASQUALA.

Le he dicho mas, que pudieras
tú decirle.

NARCISA.

¿Y por fin, halla
de su disculpa la senda?
¿Es acaso testimonio
de alguna intencion perversa
su mudanza?

PASQUALA.

¿Su mudanza?
No habiamos llegado á esta
conversacion: harto hice
por disuadirle la nuestra;
pero él bribon, que no debe
de encontrar otra defensa
de su maldad, está terco
en culparnos de ligeras
y falsas: háblale tú,
puede ser que le convenzas.

NARCISA.

No me atrevo: está irritado;
y una vez que tiene quexas
de la verdad de mi amor,
ó falsas ó verdaderas;
ó una vez (que es lo mas cierto)
que otros afectos ya suenan
mejor á su oido, aunque
estén los mios mas cerca,

no me quiero aventurar
á que el respeto me pierda,
ni á ofrecerle con mi llanto
mas triunfos á su soberbia.

PASQUALA.

¿Y qué quieres que le diga?

NARCISA.

No sé: mi corazon tiembla
á su vista ::- yo no puedo
acercarme.

LAUREANO.

¡Quién dixera, *entre sí.*
que solo para dexarla
habia de volver á verla!

PASQUALA.

O vámonos, ó háblale.

NARCISA.

Dexame verle.

PASQUALA.

Pues llega,
y enviale enhoramala,
ó hazle ser bueno por fuerza.

NARCISA.

Yo llego: ¡que ni á mirarme, *dudosa.*
acaso, la vista vuelva!

LAUREANO.

Fria estatua me ha dexado
el pesar sobre la arena.

NARCISA.

¡Ay, Pasquala! yo me muero
solo de ver su tibieza.
Mira como será facil
que yo viva, si me dexa.

Aria.

Falso.... Pasquala, ¡oh, pena!
prima.... tirano.... ¡oh, Cielos!
esto es morir de zelos,
y sin poder hablar.
Dime qual es mi culpa,
mira mi sentimiento,
y alivia mi tormento,
ú enseñame á olvidar.

PASQUALA.

Ni ha vuelto siquiera el rostro.
Es imposible, que sea
tu Laureano, o en la Corte
se transforman las ideas,
y las gentes; porque él iba
tan docil como la cera,
sencillo y bien inclinado,
y le vemos á la vuelta

con mas malicia que un necio,
y mas duro que una piedra.

LAUREANO.

Es mentira: no hay malicia
en mí, ni mas diferencia,
que haber dexado venturas,
y haber encontrado penas.

NARCISA.

Yo...

LAUREANO.

Calla, y no precipites
mi dolor á una violencia;
porque no hay cosa que tanto
me irrite, que tanto sienta,
como que llores y finjas
sentimientos, con que puedas
decir, que conmigo lloras,
y que con otro te alegras.
Callar pude, enagenado
de tus voces lisonjeras,
sin pensar en tu malicia;
pero ya que me la acuerdas,
vuelve el furor á inflamar
de ardientes iras mis venas;
y asi me iré: porque si
todas las pasiones ciegan

al que siente, la de zelos
¿qué peligro habrá que vea?

NARCISA.

Yo, que veo el de enojarte,
aunque los zelos padezca,
callo.

LAUREANO.

Porque son fingidos.

NARCISA.

¡Fingidos, quando las fiestas
que preparas en obsequio
del afecto que allí dexas,
los expresivos conceptos
que leo, y otras mil pruebas,
lo están diciendo!

LAUREANO.

¡Qué facil
desmentir á todos fuera,
si quedára otra venganza
que tu engaño á mi fineza!

PASQUALA.

Dílo, asi te haga Dios bien;
que puede ser que dependa
de tu desengaño toda
la paz de nuestras conciencias,
y Antero y yo nos libremos

de semejantes quimeras.

LAUREANO.

¿Yo abatirme de este modo?
bueno fuera, bueno fuera
que siendo yo el ofendido,
solicitase las treguas.
Bastante hago con librar
al viento solo mis quexas;
que ya que no pueda serlo
mi olvido, serán eternas.

NARCISA.

¡Cómo!.... *asustada.*

PASQUALA.

No, las irás templa; *á Laureano.*
y en un á Dios para siempre
repara lo que se arriesga.

LAUREANO.

Ya lo he visto, y lo he resuelto; *resuelto.*
para siempre á Dios te queda;
y hagate amor tan dichosa,
como á mí, ingrata, me dexas
infeliz; y pues no tengo
otro alivio en mis tristezas,
que ignorar de tus trayciones
el motivo, será fuerza,
para que no las malogre,

irme donde no las vea.

Aria.

En busca de la muerte
iré precipitado:
la mas contraria suerte
sufriré consolado
por no volverte á ver.
El pecho desfallece,
y en pena tan notoria
el corazon fallece;
mas no tendrás la gloria
de verme fallecer.

ESCENA IV.

Narcisa, Pasquala y luego Ginés.

NARCISA.

Pasquala, por caridad
ves á avisar á la aldea,
que vengan por mí; pues yo
es imposible que pueda
llegar por mi pie á mi casa,
donde con descanso muera.

PASQUALA.

¿Pues qué te has de morir en
el campo como las bestias?

NARCISA.

No: mas moriré quizá
como aquel que en las tinieblas
de una noche tempestuosa
camina por la desierta
campaña, y primero que
llegar á poblado pueda,
queda en el valle difunto
al furor de una centella.

RASQUALA.

Verdad es que es el nublado
terrible; mas quando truena
con agua, traer no suele
mas malicia la tormenta
que las nubes de verano,
que descargan, y nos dexan
mas resplandeciente el Cielo,
y mas alegre la tierra.
Laureano, aunque grita, llora;
y ésta es una señal cierta
de que procede el nublado
de una causa muy ligera:
con que dexa descargar
el aguacero, y no temas,
que quizá podrá salir
el arco antes que anochezca.

NARCISA.

¡Cómo se conoce que eres
mi amiga en lo que me alientas,
y que tú mas venturosa,
tienes ya las paces hechas
con Antero!

PASQUALA.

Mal infieres:
no es sino que mis ideas
son contrarias á las tuyas;
y pasada la primera
cólera de oirle quexar,
quando iba yo á darle quexas;
me dixe yo á mí: „¿Pasquala,
„no es una grande simpleza,
„ya que sientas su desprecio,
„sentirlo donde él lo vea?
„Además, que ya no debes
„llorar por él, si te dexa;
„y si es que no te ha dexado,
„él volverá á la querencia,
„supuesto que tú no diste
„motivos á su sospecha,
„ni en tí reconoces cosa,
„que te escarbe la conciencia.“
Y asi, con este discurso

me he puesto algo mas serena,
y cada vez que le enquentre
me he de estar tiesa que tiesa.

NARCISA.

Feliz tú que eres capaz
de mandar á tus potencias
y sentidos.

PASQUALA.

Ya verás
como no hay en la materia
al cabo mas que un embrollo;
y que de la suerte mesma
que estamos nosotras libres
de la presumida ofensa,
están ellos inocentes:
y despues de tanta gresca
y sentimientos, las cosas
como se estaban se quedan.

NARCISA.

¿En que lo fundas?

PASQUALA.

En que
hay muchas gentes perversas,
que gustan de meter cuentos,
sin que les vaya ni venga,
por envidia ó por capricho;

y quizás alguna de ellas
tiene la culpa de todo:
Ginés, verbi gracia....

NARCISA.

Espera,
que por allí vâ.

PASQUALA.

Ginés.

NARCISA.

Dexale ir por su vereda.

PASQUALA.

Calla, que quizá podremos
apurar mas la materia.

Sale Ginés.

GINES.

¿Qué quereis? ¿Cómo á estas horas
os estais aqui tan quietas,
y tan ociosas? ¿Acaso
es hoy Domingo, ó es Fiesta?

PASQUALA.

No: no es Fiesta ni Domingo;
pero es dia de que sepas,
que es notorio que tú eres
el que á todos nos enredas:

que de Laureano y Antero
estamos ya satisfechas,
y ellos tambien de nosotras:
y que ambos por esa selva
te buscan apercibidos
á sacudirte una felpa,
porque otra vez mientas menos,
y con otros no te metas.

GINES.

A no saber yo de cierto,
que sois las mas embusteras
vosotras; á no tener
de lo que he dicho evidencia;
y á no haberlos encontrado
yo ahora como unas fieras,
porque saben de vosotras
no sé qué picardiguelas,
puede ser que el testimonio
en algo me sorprendiera;
pero dais el golpe en vago,
y á no tener yo tan buenas
entrañas, que no me gusta
dar á nadie malas nuevas,
os habia de decir cosas
que ahora he visto tan horrendas
en Antero y en Laureano,

que os quedareis patitiesas,
y yo vengado quedára
de la mala intencion vuestra;
pero mejor es callar,
y llevarlo con paciencia.

NARCISA.

¿Pues qué has visto?

PASQUALA.

Ginés, dilo.

NARCISA.

¿Hay mas indicios que prueban
su engaño?

PASQUALA.

¿Hay algun testigo?

LAS DOS.

Dí la verdad.

GINES.

Neció fuera
en decirselo yo á quien
tendrá reparo en creerla.
Buscad otro que os lo diga;
aunque segun veo dispuestas
las cosas, poco discurro
que tardareis en saberlas.

LAS DOS.

¿Pero qué hay?

GINES.

Hay un retrato,
cuyas facciones apenas
pude distinguir de lejos;
pues el ponerme mas cerca
para verle, estando yo
escondido en las colmenas
con deseo de acecharlos,
fue causa que me sintieran,
y que le ocultasen; pero
por mas que se dieron priesa,
no dexé de distinguir
pocos años y belleza.

NARCISA.

¡Ay!....

GINES.

Aguardate, que hay otro
testigo que mas aprieta.
Despues ya sabeis que vinò
el Zagal de la Bermeja
desde Granada con él:
pues ese ha dicho en la Aldea
que ha traido de la Corte
algunas cosas muy buenas,
y que en la Ciudad compró
unas enagúas de seda,

unas arracadas de oro,
de que penden muchas perlas,
una joya de esmeraldas,
y un jubon de rica tela;
y habiendole preguntado,
que aquello para quien era,
dixo, que para su novia,
tan fina como perfecta,
á cuyos ojos no habia
de tardar en dar la vuelta.

NARCISA.

¿No lo dixe yo? ¡Ay, Pasquala!
el corazon nunca yerra
sus presagios.

PASQUALA.

¿Y de Antero, *viva.*
qué sabes?

GINES.

Que se embelesa
siempre que habla con Laureano
de las cosas que le cuenta;
y que le ha dado palabra
al otro, que quando vuelva
á Madrid por el Otoño
á seguir sus dependiencias,
le ha de llevar, porque logre

tambien la fortuna mesma.

PASQUALA.

¡Ay! que á este golpe se acaba,
Narcisa, mi resistencia.

GINES.

Vosotras teneis la culpa;
pues teniendo quien os quiera
mas rendido y mas constante,
jamás premiais sus finezas.

NARCISA.

Dexanos llorar, Ginés.

GINES.

Llorad muy enhorabuena:
y hace bien el que os maltrata,
si sabe por experiencia
que no hay medio mas seguro
para teneros sujetas.

Aria.

Llora, desventurada:
llora tú, engaño fiero,
que yo burlarme quiero
de vuestra necedad.

*

El mar de vuestros ojos
á compasion me obliga;
pero asi Dios castiga
la mucha vanidad.

ESCENA V.

Pasquala, Narcisa, y luego Antero.

NARCISA.

Pasquala, esto se acabó
para siempre: hagamos cuenta
de que hemos quedado viudas,
ó de que nacimos feas:
llevemos desde mañana
nuestro ganado á otra selva
mas distante, de las muchas
que el próvido Genil riega,
y donde desconocidas,
sean menos los que sepan
nuestro desaire. Jamás
quando estemos en la Aldea
vamos por agua á la fuente,
nos sentemos á la puerta,
hablemos con las amigas,
concurramos á las fiestas,
ni salgamos, sino á oir
la primer Misa á la Iglesia;
y si acaso nuestros padres
preguntan la causa de esta

mudanza, digamosles
que tenemos experiencias
de que las publicidades
están mal á las doncellas;
ó decir, que escarmentadas
en muchas amigas nuestras
que han perdido por casarse
el sosiego de solteras,
no queremos exponernos
á que los nuestros se pierdan,
ni asistir donde concurran
los hombres, que nos inquietan,
nos engañan, nos consiguen,
y despues nos apedrean.

LAUREANO.

Ahora pienso yo tambien
al contrario que tu piensas.
Si es público nuestro amor
ya, ¿quién quieres que nos crea?
Mejor es vivir alegres,
y publicar sin vergüenza
que los quisimos, creyendo
que ambos hombres de bien eran;
pero que salieron falsos,
y hemos seguido la regla
de lo que se hace con las

mulas falsas ó las yeguas,
que es venderlas al instante,
ó tratarlas á baqueta.

NARCISA.

Antero viene....

PASQUALA.

Pues calla,
y verás con qué paciencia,
sin hablar en mis pesares,
ni atender á sus harengas,
le envio muy noramala,
y despues me voy tan fresca.

NARCISA.

¿Y podrás?

PASQUALA.

Todo está en que
una muger se resuelva.

Sale Antero.

ANTERO.

Aunque pudieran, aleve, *á Pasq.*
huyendo de tu presencia,
evitar á su tormento
mis pasiones otra vuelta;
con todo, como mis ansias

han sido siempre tan ciertas
por verte, se va el deseo,
sin saber donde le llevan,
tras de tí...

PASQUALA.

Pues dile que
no hace falta, que se vuelva;
ó sino, no se lo digas,
pues basta para que sepa
lo poco que le echan menos,
el ver cómo le desprecian.

ANTERO.

¿Me has conocido, Pasquala?
En que soy Antero piensa.

PASQUALA.

Pues porque te he conocido,
te hablo de aquesta manera;
y por mas señas escucha
tu retrato y tu sentencia.

Aria.

Sé que eres un ingrato,
pérfido, Pastor fiero;
mas de tu infame trato
yo me sabré vengar.

*

Porque sé tus trayciones,

porque sé tu mudanza,
como tú mi esperanza,
la tuya sé burlar.

ESCENA VI.

Narcisa y Antero suspensos.

NARCISA.

¿Qué es eso? ¿Te ha deslumbrado
la vista alguna centella,
ó te han echado algun zaque
de agua sobre las orejas?
Adonde las dan las toman:
amigo Antero, paciencia.

ANTERO.

Narcisa, ¿ha sido Pasquala
la que me habló?

NARCISA.

Sí.

ANTERO.

¿De veras?

NARCISA.

Yo no sé por qué lo dudas:
á no ser que tantas sean
las engañadas, que escuches

de muchas las propias quejas.

ANTERO.

Aunque las quejas estraño,
por no haber dado para ellas
motivo alguno, lo que
me causa mas estrañeza
es, que con tanto descaro
á hablar conmigo se atreva.
¿A dónde está de este Valle
el candor y la pureza
de acciones y de palabras?
¿A dónde está la inocencia
de los pensamientos, que hace
la vida tan larga, quieta,
envidiable y apacible
de sus moradores? Deja
que pregunte mas: ¿A dónde
la humildad en las ofensas,
el silencio en los cuidados,
la dulzura y la firmeza
en los cariños? Y en fin,
¿á dónde está la perfecta
conformidad, que hizo tan
amable la vida nuestra?
Máxîma que les dexaron
razon y naturaleza

establecida á los hombres,
para que felices fueran;
y ha hecho á tantos infelices
por no saber sostenerla.

NARCISA.

Justamente yo iba á hacerte
ahora la pregunta mesma,
pues creo que sois vosotros
los que de aqui la destierran.

ANTERO.

¿ Cómo ?

NARCISA.

¿ Quisiste á Pasquala ?

ANTERO.

No quiso tanto la oveja
al recentalillo, el campo
no estimó las Primaveras,
el rio las avenidas,
el tiempo de sementera
las aves, ni el Labrador
la llubia para sus tierras,
el Sol para sus espigas,
y el ayre para sus heras,
como yo quise á Pasquala.

NARCISA.

Y dí, ¿por qué la desprecias

ahora ?

ANTERO.

Porque es injusta.

NARCISA.

El injusto es el que piensa
mal de alguno sin motivo;
y si tú, Antero, tuvieras
todas aquellas virtudes
que echas menos en la selva,
no fueras causa de tantos
disgustos con tu imprudencia.

ANTERO.

¿Pues qué, puede ser mentira
todo quanto de tí y de ella
nos ha contado Ginés?

NARCISA.

¡Ojalá que asi lo fuera
lo que de tí y de Laureano
nos dixo veces diversas?

ANTERO.

¿Pues qué dixo de nosotros?

NARCISA.

Que Laureano en esta ausencia
me habia olvidado por otra
que le pareció mas bella
en la Corte, y que al oirle

tú contar sus opulencias,
te alborotaste, y con él
para el Otoño te ausentas.

ANTERO.

Es falso.

NARCISA.

¿Y es tambien falso
unas joyas, unas telas,
y un retrato, á quien estais
disponiendo grandes fiestas?

ANTERO.

Eso no.

NARCISA.

Luego bien dixo.

ANTERO.

¡Si yo tuviese licencia
de decirtelo, qué presto
que quedaras satisfecha!

NARCISA.

¿Y de nosotras qué dixo?

ANTERO.

Que haciais de nuestra fineza
burla, y con quantos Zagales
llegaban erais las mesmas.

NARCISA.

A buscarle voy. *muy furiosa.*

ANTERO.

Aguarda,
que si está de parte vuestra
la razon, y él ha mentido,
en breve estarán disueltas
nuestras confusiones.

NARCISA.

¿Cómo?

ANTERO.

Como apeló para prueba
de su verdad á Cardenio
y á Salviano, cuya entera
maduréz logra el primer
lugar en la atencion nuestra,
entre quantos Mayorales
nuestras cabañas gobiernan;
y Laureano, que impaciente
estaba ya por saberla,
ha ido corriendo á apurarla,
y breve estará de vuelta.

NARCISA.

¡Gracias á Dios! *muy alegre.*

ANTERO.

¡Qué señal
es tan feliz y tan cierta
tu alegria de que en tí

no hay malicia!

NARCISA.

Pues la mesma
hay en Pasquala.

ANTERO.

¡Ojalá!

NARCISA.

La verdad: ¿quándo la veas
inocente, volverás
á la estimacion primera?

ANTERO.

Con mas empeño.

NARCISA.

¿Y si entonces
ella se hace de pencas,
que hará muy bien, y mas quando
contra vosotros contestan
otros testigos mas ciertos
que Ginés, qué harás?

ANTERO.

Quererla,
y hacerla ver que en nosotros
no hay afecto que no sea
solicitud y motivo
para vuestras complacencias.

Aria.

Solo á Pasquala
tuve aficion:
de ella es constante
mi corazon,
y de ella amante
solo será.

Si nuestros zelos
han sido errores
por feliz suerte,
nuestros ardores
solo la muerte
consumirá.

ESCENA VII.

Pasquala corriendo, los dichos, y despues Laureano.

PASQUALA.

Albricias, Narcisa mia.

NARCISA.

Te las daré enhorabuena;
pero dámelas tú á mí
quizá de mejores nuevas.

PASQUALA.

¿De qué?

NARCISA.

De que dice Antero
que te quiere, y que desea
solo hallar su desengaño
para mostrar su fineza.

PASQUALA.

¿Y de eso pides albricias?
Yo pedirtelas pudiera
tambien de que anda Laureano
echando un palmo de lengua
en tu busca, porque sabe
ya su engaño y tu firmeza;
de lo que yo te las pido
es de que estemos esentas
de la calumnia, y Ginés
á palos molido queda
por la mano de Laureano;
y no le cortó la lengua,
porque dixo que era hoy dia
de gracias, segun su idea.

NARCISA.

¿Y sabes tambien á quien
debemos nuestra defensa?

PASQUALA.

A Salviano y á Cardenio,
y á todos quantos frequentan
el Valle, que de saberlo
escándalizados quedan.

ANTERO.

Pasquala mia.

PASQUALA.

desdeñosa.

A buena hora:
vés á llamar á las puertas
de Madrid, que allí hay algunas
que dicen, que no se cierran;
que éstas desde hoy para tí
se tabicaron con piedra.

Sale Laureano.

LAUREANO.

como la otra.

Narcisa....

NARCISA.

No está la imagen
aquí de la Madrileña.
Tú vienes equivocado:
vé á buscarla, y nunca vuelvas.

LOS DOS.

¿Pues qué es esto?

PASQUALA.

¿Qué ha de ser?
que hasta estar tan satisfechas
como lo estais ya vosotros,
no habeis de vernos contentas.

LAUREANO.

Si no falta mas, venid,
no á mi cabaña, á la esfera,
si no del Astro mayor;
de la mas brillante Estrella
que participa sus luces.

NARCISA.

¿Has visto tal desverguenza?
¿Es esto satisfacer,
ó irritar?

PASQUALA.

Vamos á verla,
que quando tanto la alaban,
debe de ser cosa buena.

NARCISA.

Vamos.

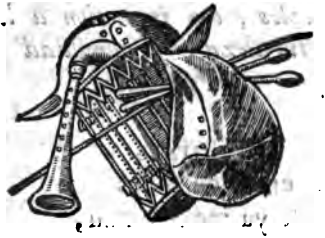
LAUREANO.

Sí; pero seguros
de que acabaron las penas,
y que todo ha de ser gozos,
aplausos, júbilo y fiestas

para la celebridad
de la paz que nos espera.
Ensayense nuestras voces
repitiendo placenteras.....

A quatro.

Asi como es el Iris
mas hermoso despues de la tormenta,
son de amor las caricias
despues de los enfados mas estrechos.



ESCENA VIII.

Ginés solo y despues todos.

El Teatro, levantado el teloncillo, que descubrió la Cabaña de Laureano en el Acto primero, representará en el foro un Cenador de laureles; y debaxo un pedestal rustico, sobre el que estará el Retrato de S. A. y todos los árboles inmediatos adornados de flores, targetas con motes, é iluminados de graciosos faroles, con imitacion á la naturaleza, y humildad Pastoril.

GINES.

No tiene remedio; todos
en el Valle ya me afrentan,
y sin reparo me llaman
embustero á boca llena.
Pues yo he de volver por mí,
y he de hacer que todos sepan
que no mentí en quanto á ellos,
ya que mentí en quanto á ellas.

Yo he de hurtarles el Retrato;
y he de procurar que vean
que á lo menos la mudanza
de Laureano ha sido cierta;
y entonces diré que quise,
porque burlada no fuera,
impedir su matrimonio,
y eché por aquella senda.
Allí está.... pero esta copia
es de un joven: ¡qué presencia
tan linda! ¡qué ojos tan bellos,
y adornados de viveza!
Su rostro inspira el amor
á un tiempo y la reverencia.
¿Quién será este hermoso joven?
¡Mas ay! que los quatro llegan
pacíficos y contentos.
Yo me muero de verguenza,
aunque saben mi malicia,
de que noten que me atreva
á parecer entre gentes
antes de que me arrepienta.
¡Mas hay, una opinion mala,
que tarde se recupera!
Mejor es huir del Valle
donde nunca mas parezca,

y donde en mis escarmientos
estudie á solas la enmienda.
Se esconde detras del Cenador.

ESCENA ULTIMA.

Los quatro Zagales.

LAUREANO.

Este es el Retrato hermoso
que mis conceptos celebran,
y éste es el que ha merecido
mis afectos en mi ausencia.

PASQUALA.

Este es de algun Caballero.

NARCISA.

¿De quién es? Dí.

LAUREANO.

De Su Alteza
el Serenísimo Infante
DON GABRIEL: de cuyas prendas
me enamoró la noticia
aun antes de que tuviera
la ventura de lograr
casualmente su presencia.

PASQUALA.

Si es hijo de nuestro Rey,
preciso es que queno sea;
pues segun conformes quantos
vienen de Madrid nos cuentan,
desde que vino ha hecho mas
de un millon de cosas buenas.

LAUREANO.

Y hará quanto haya que hacer,
si el Señor nos le conserva
los años que le pedimos;
pues quanto la lisongera
fama, y el discurso ameno
de los mejores Poetas
dixeron de otros Monarcas,
no puede alcanzar, no llega
á ponderar su piedad:
supongo que por las pruebas,
que cada dia está dando
de sus virtudes excelsas,
la última que exercita
parece la mas perfecta.

NARCISA.

Y dí, Laureano, ¿no viste
al Principe y la Princesa?

LAUREANO.

Tambien. ¿Pues no habiá de verlos?
Si á ponderar me pusiera
lo amados que están entrambos,
lo liberal que franquea
el Príncipe sus mercedes:
de la Parmesana bella
las muchas gracias, con que
toda su Corte embelesa;
y el mérito de cada uno
de la Real familia, fuera
aventurar sus elogios
en lo rudo de mi lengua.
Bástanos saber, amigos,
para felicidad nuestra,
que el Real Padre los dirige,
y que todos aprovechan.

ANTERO.

Es asi; y pues nos hallamos
del Rey y de sus Altezas,
los Príncipes nuestros dueños,
ya referidas ya impresas,
con noticias suficientes
para formas las ideas
mas altas, á ser nosotros
capaces para extenderlas;

dí, Laureano, ¿qué motivo
te obligó á que te traxeras
el Retrato de este Infante,
y para que tú te atrevas
á exponer su heroico nombre
en nuestras bocas groseras?

LAUREANO.

Yo lo diré; mas de paso,
Antero, quiero que adviertas,
que no hay cosa que les guste
(al fin como que lo heredan)
al Príncipe y los Infantes,
como andar entre las selvas,
y distantes de los faustos,
buscar la naturaleza.
Y dando á vuestra precisa
curiosidad la respuesta,
digo que mi inclinacion
particular á Su Alteza,
fue por haber encontrado
todo Madrid hecho lenguas
de su aplicacion, habiendo
sujetadose á dar muestra
en publicas conclusiones
de sus talentos; y de ellas
decian unos: Lo mas

de admirar es la advertencia
con que distingue las frases
de los obscuros Poetas
Griegos y Latinos : otros
decian que la viveza
y la propiedad al tiempo
de traducir, eran prueba
de su alta penetracion
de asuntos y de sentencias.
¡ Pues sobre el conocimiento
que tiene de las monedas !
Mejor es que conocia,
y sin darles muchas vueltas,
las de los primeros siglos,
que nosotros las pesetas.
Otros dixeron que sabe
tambien de la suerte mesma
la Matemática, siendo
alivio de sus tareas
literarias el honrar
varias Artes que maneja:
porque hasta las diversiones
son estudios en Su Alteza.
Prendado de unas virtudes
tan prodigiosas y ciertas,
llegué á Granada, y alli,

para divertidas fiestas
ví disponer aparatos
con grande magnificencia.
Pregunté, y me respondieron
que aquellas funciones eran
con las que todos los años
la Real Maestranza celebra
del Serenísimo Infante
Don Gabriel el que se aumenta
á su edad, manifestando
los muchos que le desea.
Yo, que por venir á verte
no pude quedarme á verlas,
válgate por Gabriel,
que á todos nos embelesa,
dixe, y quedé divertido
con mi discurso hora y media:
y en fin, para no cansaros,
busqué un Pintor que me hiciera
ese Retrato, y pensé
celebrar aquí sus fiestas,
nada impropias de un vasallo,
sino dignas de Su Alteza.
Y asi perdona, Narcisa,
si porque no daba treguas
el asunto, preferí

este obsequio á tu belleza;
y perdona tú, Pasquala,
si de Antero la asistencia
ha sido hoy menos, por ser
con mi amistad mas atenta.

NARCISA.

Lo digno del pensamiento
y el desengaño, que llega
tan oportuno, merecen
mis brazos por recompensa.

PASQUALA.

Eso, antes de estar casados,
es demasiada llaneza.

LAUREANO.

Todo lo dexo dispuesto,
para que esta Pasqua sea
nuestra boda.

ANTERO.

¡Y qué regalo
que te trae de joyas, perlas,
guardapiés, jubon, collares!

PASQUALA.

Ya sabemos lo que resta;
que hasta de eso hizo Ginés
chisme.

ANTERO.

Tú, Pasquala bella,
no tengas envidia, que
pues fue la correspondencia
igúal en todos, irémos
todos juntos á la Iglesia.

PASQUALA.

Una vez que no hay reparo
en entrambas parentelas,
yo no tengo prisa; pero
estoy pronta quando quieras.

LAUREANO.

Dexemos para otro dia
esta plática suspensa,
y pensemos selamente
en convidar á la fiesta
de esta noche todo el Valle.

ANTERO.

Ya hay mil Zagalas dispuestas;
y de rabeles, adufes,
liras y flautas la orquesta
no será la mas acorde,
pero será bien completa;
y solo aguardará que haga
nuestra música la seña,
para venir á cantar,

á jugar juegos de prendas,
y baylar hasta que el alba
riña porque la despiertan.

LAUREANO.

Pues ea, Antero, Zagalas,
si por eso solo esperan,
cantemos.

LAS DOS.

¿Y qué cantamos?

LAUREANO.

Lo que dice aquella letra,
Señala una targeta.
porque aqui no ha de haber voz,
ni festejo, que no ceda
en obsequio de quien es
mas digno de que guarnezcan
su sien los laureles de oro,
que los verdes de esta selva.

CORO.

Para premiar de Carlos
la prole Regia,
y de Gabriel las gracias,
baxe Minerva:
y adorne sus cabezas y sus manos
de laurel inmortal y palmas nuevas.

FIN.

EL CARÉO
DE LOS MAJOS.

SAYNETE.

Qualquiera que el tejado
tenga de vidrio,
no debe tirar piedras
al del vecino.
Ni acuse á nadie,
sin hacer de sus faltas
primero exámen.

PERSONAS

D.ª BLASA, *Petimetra.*
DON GERONIMO, *su Cortejo.*
UN SEÑOR ALCALDE.
DON PANCRACIO, *Escribano.*
DON IGNACIO, *Alguacil* 1.º
UNA VECINA GAZMOÑA.

Majas.

LA RUMBONA, LA SANTURRIA.
LA OLAYA, *viuda, Tendera del Avapies.*
UNA CRIADA DE ESTA.

Majos.

DIONISIO, BLAS, MANOLO, ESTEBAN.
DOS CIEGOS.
UN PORTERO DEL SEÑOR ALCALDE.
OTROS ALGUACILES.

La escena se representa en Madrid, y barrio de Avapies.

EL CAREO
DE LOS MAJOS.

Salon corto: visita de Majas que se compondrá de la Rumbona, Santurria, y Olaya, y de Majos que serán Dionisio, Blas, Esteban y Manolo con la guitarra: unos se sientan en sillas, y los otros baylan seguidillas despues de los primeros versos.

OLAYA.

Mientras se junta la gente,
pues hay á mano guitarra,
y no falta quien la toque,
no perder tiempo, muchachas.

RUMBONA.

Yo á casos de honra jamás
me he negado: fuera capas,
Caballeros, y baylemos.

OLAYA.

Oyes, Rumbona.

RUMBONA.

Di, Laya.

OLAYA.

¿Sabes lo que hay?

RUMBONA.

Sé que hay mucho,
mas de nuevo no sé nada.

OLAYA.

¿No te acuerdas de ayer tarde,
que la Usia remilgada
del quarto principal vino
á ver si la convidaban
al bayle, y porque yo me hice
desentendida, de rabia
envió catorce recados
para que no alborotáran
la vecindad?

RUMBONA.

Sí.

DIONISIO.

Por señas
que yo con mi acostumbrada
atencion, respondí á uno
que no nos daba la gana.

OLAYA.

Pues ha ido á quexarse al Juez
del Barrio.

SANTURRIA.

¿Nos amenaza?
que si quieres: por lo mismo
se ha de alborotar la casa
á la ley, y ha de durar
el fandango hasta mañana.

DIONISIO.

Dice muy bien la Santurria:
aunque sea prima ó cuñada
del Juez, ¿qué pueden hacernos?
nayde en el mundo de nada
debe temer, siempre y quando
esté la conciencia salva.

OLAYA.

Pues vaya.... ¿pues no se sabe
muy bien quien es la tia Olaya
la Tendera en Labapies,
y las calles comarcanas?

DIONISIO.

Dice bien: vaya de bayle,
y dexallos venir.

MANOLO.

Vaya,
yo cantaré mientras vienen
los Ciegos, que la garganta
está aun del vino y la bulla
de anoche algo acatarrada.

Canta, y baylan seguidillas.

El oro de las Indias
fuera moreno,
si al oro se juntára
de tus cabellos.
Por eso noto,
cuestan mas tus cabellos
que vale el oro.

Sale la Criada como de tienda de aceite y vinagre, llorando muy angustiada, y se abraza de la Olaya.

CAIADA.

Ay Señora de mi vida.

TODOS.

¿Qué es esto?

OLAYA.

¿Qué traes, muchacha?

CRIADA.

Que..... que..... no puedo decirlo,
¡ay Señora de mi alma!

OLAYA.

¿Quánto va que te hago yo
hablar de dos manotadas?

CRIADA.

¡Pobre de mí! ¡ay ama mia!

DIONISIO.

Quizá vendrian por pasas,
se encontró entre ellas algun
raton, y viene asustada.

BLAS.

¿Es eso?

CRIADA.

No, no Señor.

OLAYA.

A que.... *amenazala.*

DIONISIO.

Mejor es llevarla
por bien: vaya, dueño mio,
límpiate los mocos y habla.

CRIADA.

Que estando yo ahora en la tienda
sola, he visto que se entraban
unos ::-

BLAS.

¿Tigres?

CRIADA.

No Señor....
Unos....

DIONISIO.

¿Toros de Jarama?

CRIADA.

No Señor.

BLAS.

¿Un Leon?

CRIADA.

Tampoco.

OLAYA.

¿Es el dueño de la casa?

CRIADA.

Unos.... unos Alguaciles,
¡ay Señora de mi alma! *abrazanse.*

OLAYA.

¿Y qué quieren los menistros
conmigo? dexad que salga

ajuera; vereis que presto
que los despacho.

Salen Don Ignacio y otros de Alguaciles.

TODOS.

Deo gracias.

D. IGNACIO.

Dios guarde á todos ustedes,
Señores.

DIONISIO.

A Dios sean dadas.

D. IGNACIO.

¿Quál de ustedes aqui es la
Señora Tendera Olaya
de aceyte y vinagre?

OLAYA.

Yo, yo, soy.

D. IGNACIO.

Por muchos años.
¿Y quién son estas madamas?

OLAYA.

Mis amigas, mis vecinas;
y mugeres muy honradas.

D. IGNACIO.

Muy bien. ¿Y estos Caballeros
quién son?

OLAYA.

Yo no sé palabra;
pero con saber que son
hombres conocidos basta.

DIONISIO.

Menos yo, que no conozco
á nenguno de mi casta,
ni á mi padre.

D. IGNECIO.

¿Ni á su padre?
cosa rara.

DIONISIO.

¿Cosa rara?
¿Juraria usted quien fue el suyo?

D. IGNACIO.

Ya se vé que lo jurára.

DIONISIO.

Eso va en conciencias: yo
la tengo mas delicada.

OTRO ALGUACIL.

¿Y á vuestra madre?

DIONISIO.

A esa si;

y aun está tan buena y sana,
que despues de haber criado
algunos millares de almas,
está capaz de criar
y mantener otras tantas.

OTRO ALGUACIL.

Decid quien es tan fecunda
muger.

DIONISIO.

La enclusa.

RUMBONA.

¿Qué gana
de conversacion que tienen
ustedes! presto, y en plata
digan á que vienen, y
ahorremonos de palabras.

D. IGNACIO.

¿Hubo aqui fandango anoche?

MANOLO.

Si Señor.

OTRO ALGUACIL.

¿Y quién estaba?

BLAS.

Nosotros, y mucha mas
gente á quien le dió la gana.

D. IGNACIO.

Pues es preciso que ustedes
dentro de media hora vayan
á casa del Señor Juez
del barrio, que asi lo manda.

SANTURRIA.

¿Y hemos de ir á pie ú en coche?

DIONISIO.

Quando la Justicia llama
cada uno va como puede;
y es preciso dar las gracias
de que no venga á llevarle.
Diga usted que iremos.

D. IGNACIO.

No hagan
resistencia.

BLAS.

Usted no sabe
todavia con quien trata;
á media vez que se diga,
la palabra es la palabra.

DIONISIO.

Y entre la gente de forma
no ha de haber desconfianza,
cada uno es cada uno, y el
decirlo media vez basta.

RUMBONA.

Y aunque sea curiosidad;
¿ sabe usted si será larga
la vesita?

SANTURRIA.

¿ Y semos solas
nosotras las convidadas?

D. IGNACIO.

Allá lo verán ustedes.
Yo, Señora no sé nada:
vamos, Caballeros, á
citar los pocos que faltan.

ALGUACILES.

A Dios, Señores.

TODOS.

Agur.

OLAYA.

Señores, se me olvidaba,
si ustedes gustasen de
tomar algo, lo hay en casa.

D. IGNACIO.

No sé si los Compañeros
querrán; yo no tengo gana.

ALGUACILES.

Es aun temprano, se estima.

DIONISIO.

Pues cuenta, que no es jactancia
pero se puede beber
sin escrupulo. Ea, nuestra ama,
vaya usted, saque un puñado
de almendras ú de castañas
pilongas, y un vaso limpio.

OLAYA.

Voy.

D. IGNACIO.

Señora, usted se cansa,
que nosotros no tomamos
en ninguna parte nada
de interés; pero se aprecia
como si se disfrutára. *vanse.*

DIONISIO.

Eso tiene aquesta gente,
que es muy desinteresada.

SANTURRIA.

Si hemos de ir, ¿qué se ha de hacer?

BDAS.

De suerte que allí no tragan
á nadie, dice uno aquello
que le preguntan, y á casa.

OLAYA.

Tan fijo es que ha dado quexa,

como dijo la taymada
de la vecina de arriba;
pero puede que le salga
capon el gallo; que si ella
ha ido á decir que se bayla
abajo, yo diré al Juez
que andan arriba otras danzas.

RUMBONA.

¿Y hemos de ir todos?

BLAS.

¿Por que
no habia de ir toda la jarcia?

DIONISIO.

¿Pues no podemos ir todos
con las caras destapadas
de cabo á cabo del mundo.

RUMBONA.

Dice bien: danos, muchacha,
la mantilla; y entre tanto
llevemos adelantada
otra seguidilla mas,
por si alli se nos estraga
el buen humor.

BLAS.

Dice bien;
repitan las algazaras.

El oro de las Indias, &c.

vanse.

Múdase el teatro en otra sala con mesas, sillas, y escribanía. Salen el Alcalde en bata y gorro, sério, Don Pancracio de militar, como Escribano, con unos papeles, y Doña Blasa de Petimetra de mantilla, y Don Gerónimo de peluquin, &c. y uno de Ministro ó Portero.

D.ª BLASA.

Como digo, Señor Juez,
son unas desvergonzadas,
insolentes; y no es facil
que baste la tolerancia.
Hubo pendencia, hubo gritos,
y decian unas cosazas....
como que estaban borrachos:
vea usted si vengo con causa
á quexarme: es menester
ponerles una mordaza
á todos; enviar á ellos
á un presidio, y encerrarlas
á ellas en una galera:

sepan las Señoras Majas
como deben tratar una
muger de mis circunstancias.

ALCALDE.

De todo estoy informado;
pero vos venis, madama,
muy criminal.

D. GERÓNIMO.

¿Criminal?
Si supierais las infamias,
las cosas.... es mucho, es mucho,
se averguenza uno al mentarlas.

ALCALDE.

A bien que ahora las sabremos,
que ya las tengo citadas
á todas, y á los vecinos
de las casas inmediatas,
porque sirvan de testigos;
y las cuentas ajustadas,
el que debiera que pague.

D.ª BLASA.

Por no ponerme á demandas
y respuestas con tal gente,
dexaré como se estaban
las cosas.

Sale el Portero.

PORTERO.

Señor, haf fuera
estan las partes contrarias,
y los testigos.

ALCALDE.

Que aguarden
estos; aquellos que vayan
entrando.

PORTERO.

Que entren ustedes.

Sale tropa de Majos y Majas con mucha órden.

DIONISIO.

Dios sea en aquesta casa.

BLAS.

A la obediencia de ustedes.

ALCALDE.

Dios guarde la gente honrada.

RUMBONA.

Y á usted le libre de chismes
y qüestiones escusadas.

ALCALDE.

¿Juran decir la verdad
en lo que sean preguntadas?

RUMBONA.

No Señor; porque nosotras
somos tan libres y claras,
que no daremos lugar
á que nos pregunten nada.

DIONISIO.

Y la verdad por delante.

ALCALDE.

Despacio. ¿Quién es Olaya
la Tendera, en cuyo quarto
hubo el bayle?

OLAYA.

Una criada
de usted.

ALCALDE.

¿Y con qué motivo
fue el bayle?

OLAYA.

Porque es usanza
todas las noches de fiesta
haber bayles en mi casa.

ALCALDE.

¿Y hubo otro alguno?

SANTURRIA.

Señor,
no mas que uno en cada casa:
yo no soy nayde: y estube
á nueve ó diez convidada.

ALCALDE.

Pero no en todos habria
borracheras y algazaras
como en el vuestro.

MANOLO.

Ya sé
que no ha faltado una mala
lengua: mas tasadamente
es lo propio que una espada
la mia.

RUMBONA.

Todos hablaremos,
supuesto que á hablar nos llaman.

ALCALDE.

¿Pero es cierto hubo pendencia?

DIONISIO.

Si Señor; fue quasi nada:
con la sangre que hubo, no
se pudo regar la sala.

D. PANCRACIO.

¿Sangre hubo?

DIONISIO.

Dos amigos,
que alli hicieron la mostaza
á otros dos amigos.

ALCALDE.

¿Quién
fue de la pendencia causa?

DIONISIO.

La pendencia sobre-vino,
Señor, de una patarata.

ALCALDE.

Esa quiero saber yo.

DIONISIO.

Pues bien facil es contarla.

ALCALDE.

¿Estabas tú allí?

DIONISIO.

¿Pues hay
otro que se atreva á armarlas
como yo? ¡qué poco sabe
el Señor Juez con quien trata!

D.ª BLASA.

Si todos ellos ::-

ALCALDE.

Señora,
usted será preguntada

á su tiempo.

RUMBONA.

¡Qué hambre tiene
mi vecina de patadas! *ap. á Olaya.*

ALCALDE.

Con que hijo, vamos á nuestro
asunto: ¿cómo te llamas?

DIONISIO.

¿Quién? ¿yo?

ALCALDE.

¿Pues hablo con otro?

DIONISIO.

Yo soy Lonisio el de Arganda,
pa servir á Dios y usted.

ALCALDE.

Con que el caso fue..... despacha

DIONISIO.

De suerte es y de manera....
¿conoció usted á la Juliana
de Fuencarral?

ALCALDE.

No por cierto.

DIONISIO.

¡Si usted viera qué muchacha!
tiene unos ojazos como
asina.... fresca ella, alta

dispuesta.

ALCALDE.

¿ A qué viene ahora
do eso?

DIONISIO.

Es que la causa
ıe que ésta vino alli anoche
ɔn la Curra, la Salada,
boca de puches y otras;
el que las acompañaba,
ue era Gorito el Cantero,
un poco de mi alma;
ɔmo fueron algo tarde,
estaba toda la sala
ena de gente, de modo,
ɔ habia donde acomodarlas:
uiso hacer de presonita,
que otras se levantáran,
ue eran tan buenas como ellas;
ıtotras tambien estaban
li con sus gentes propias;
ɔn que sacaron la cara,
ɔmo hubiera hecho usted, yo,
otro en tales circunstancias,
empezaron á picarse:
ıtisvóme la Juliana,

que aunque estamos regañados,
fuimos conocidos marras,
y vino y dixo: Lonisio,
esto, si tú no lo ganas,
se pierde. Yo dixe entonces:
no sé como tienes cara
para ponerte delantre;
si fuera yo otro :- mas anda
con Dios; que por fin y postre
eres muger, y esto basta.
Juime entonces á la bulla,
y dixe; ola, Camaradas,
delantre de mi nenguno
es nayde: quiso echar plantas
el Seor Gorito el Cantero;
y yo que no sufro achanzas,
le dí (salva sea la parte)
tal puntapie en la culata,
que estubo una hora baylando
de coronilla en la sala.
Luego metieron la mano
alli quatro buenas almas,
hubo paz, y prosiguió
el sarao sin desgracia.

D. GERÓNIMO.

¡Vea usted con tal gentuza,

que tal sería la zambra.

DIONISIO.

Oye usted, ¿me hará usted gusto
de decirme esa palabra,
qué quiere decir gentuza
esta noche en la calle ancha
del Lavapies?

D. PANCRACIO.

¿Quánto vino
cayó?

BLAS.

Es cierto que se gasta,
pero con mucha módida;
yo casi casi jurára
que no lo probé.

DIONISIO.

No mientas:
la berdá, y caiga el que caiga;
por señas de que brindaste
allí á que Dios nos librára
de qualquier testigo falso,
y del poder de la vara
de Justicia; y dempues yo
brindé con la misma taza,
á la salud del que quiere
y no puede.

ALCALDE.

Vaya, vaya,
que ya veo que sería
un escándalo la casa.

D.ª BLASA.

Yo jamás me quexo en valde;
vea usted si escrupulizára
qualquiera en tolerar esto.

ALCALDE.

Vuestra quexa es muy fundada:
pero yo pondré remedio.

RUMBONA.

Pues ya que en eso se cansa,
remedielo todo á un tiempo,
que tambien esa madama
necesita entrar en cura.

D.ª BLASA.

¿Yo!

ALCALDE.

¿Cómo?

SANTURRIA.

Escandalizada
tiene todita la calle.

D.ª BLASA.

¿Pues dirá alguien que en mi casa
hubo jamás alborotos?

SANTURRIA.

Dice bien, esa es la gracia,
que si es malo quanto dicen
de esta, es peor lo que se calla
de ustedes.

OLAYA.

Es que en mi quarto
todas las cosas se tratan
á puerta abierta, y arriba
todo es á puerta cerrada.

D.ª BLASA.

¡Jesus, y qué testimonio!

D. GERÓNIMO.

Yo os aseguro, canalla,
que á no estar aqui ::-

BLAS.

Pues digo,
¿sería usted fuera el que hablára?

RUMBONA.

Y de no estar de por medio
el respeto de estas barbas,
¿no se hubiera ya ganado
este pleyto á bofetadas?

ALCALDE.

¡Buena gente! ¿ola, quién son
los primeros que ahí se hallan

como testigos de vista?

Salen Don Ignacio y Ciegos.

D. IGNACIO.

Los dos Ciegos que tocaban
en el dicho bayle, que
viven en la misma casa.

CIEGO 1.º

Alabado sea Jesus.

ALCALDE.

¿Te han dicho que aqui te llaman
á declarar?

CIEGO 1.º

Si Señor:
y aunque yo no veo palabra,
por el tacto y el oido,
sé toditó quanto pasa.

ALCALDE.

Mas tú conocer no puedes
á la gente por la facha.

CIEGO 1.º

¿A qué digo quien es toda,
si usted me dexa tentarla?

D. GERÓNIMO.

Señor Juez, este es un loco.

CIEGO 1.°

Oye usted, este que habla
es el Usia que ahora
corteja á la Doña Blasa
de mi quarto principal:
y si quereis que de quantas
mozas viven en el barrio
os diga las circunstancias,
mandadlas cantar á todas,
supuesto que todas cantan,
y diré de todas vidas,
milagros, estado y patria.

CIEGO 2.°

Señor Juez, yo me remito
en todo á mi camarada.

ALCALDE.

Sí, pues cantad qualquier cosa
ligera, á ver si se engaña.

RUMBONA.

Para cantar estoy yo: *mirando á la Usia.*
de lo que yo tengo ganas
es de solfear á una cierta
conocida.

SANTURRIA.

Pues yo pajas.

OLAYA.

¿ No basta que el Señor Juez
lo mande ? Yo haré la salva :
que para oir la voz, con sola
una seguidilla, basta. *canta.*

„Qualquiera que el tejado
„tiene de vidrio,
„no debe tirar piedras
„á el del vecino.
„Arrieros semos,
„puede que en el camino
„nos encontremos.“

D. PANCRACIO.

¿ Quién es está ?

CIEGO 1.º

La Tendera :
una viuda muy honrada,
y muy amiga de hacer
un gusto, hija de la Mancha,
y á quien por su genio todos
en el barrio la idolatran.

ALCALDE.

Canta tú.

SANTURRIA.

Voy ; que no tengo
razon de esconder la cara.

Hay muchos que se meten
en las quimeras,
y salen con las manos
en la cabeza.
Bien empleado,
¿ quién los mete en la renta
del escusado ?

CIEGO 1.°

A Dios, Señora Santurria :
me alegraré que usted haya
descansado dende anoche.

ALCALDE.

¿ Conoces á esta muchacha ?

CIEGO 1.°

Si Señor ; vive la puerta
mas abajo ; y es casada
con un peon de albañil :
dicen que tiene la falta
de ser sardesca ; pero esa
tambien la tiene mi gata.

D. RANCRACIO.

Vaya otra.

RUMBONA.

Si ha de ser, yo
echaré mi quarto á espadas.

Vale mas un cachete
de qualquier maja,
que todos los abbagos
de las madamas.
Porque se arguye
que todo esto es cariño,
y el otro embuste.

CIEGO 1.°

¿Qué está la Rumbona? Está
habia de estar engarzada
en rubíes, amatistas,
coral, y piedras de Francia.

ALCALDE.

¿Quién es esta?

CIEGO 1.°

Usted perdone,
que soy parte apasionada;
porque tiene unos ojillos
tan baylarines ::-

ALCALDE.

Aguarda,
¿qué la ves?

CIEGO 1.°

No Señor; pero
se le conoce en el habla:
ademas, que cierto dia

que la cogí descuidada,
llegué quedito, la puse
los dedos en las pestañas,
y al punto adiviné el ayre
con que las niñas baylaban.
¡Pues para mentir! hay pocas
que tengan tan linda gracia:
mas de mil chascos me tiene
dados, y tanto me arrastra ::-
En fin, yo no puedo verla,
y me muero por hablarla.

D.ª BLASA.

¿No os dixe que no podriais
sacar cosa de substancia
de este ciego?

CIEGO 1.º

¡Oh, que está aqui
mi Señora Doña Blasa!
Tambien á usted la conozco:
Señor Juez, valiente maula.

ALCALDE.

¿Pues quién es esta?

CIEGO 1.º

Esta es
la que tiene alborotada

toda la vecindad.

ALCALDE.

¿Cómo?

CIEGO I.º

Porque á todas tiene mala
voluntad, y tiene tirria
contra todas lás muchachas
de la calle, porque dice
que les tiran de las capas
á sus cortejos, y anoche
porque entrar no la dexaban
al bayle, en toda la noche
pudo sosegar de rabia:
y yo oí desde mi quarto,
que le dixo á la criada
que hoy habia de tomar
de todas ellas venganza.
La verdad, yo no veo mucho,
pero el oido es alhaja.

D.ª BLASA:

Que relate la pendencia,
puesto que tanto relata.

CIEGO I.º

La pendencia, ciertamente

que fue cosa de substancia.

D. PANCRACIO.

¿Hubo heridos?

CIEGO I.º

Si Señor.

D. PANCRACIO.

¿Y muertes?

CIEGO I.º

Si Señor.

D.ª BLASA.

Vaya,
que ello se irá averiguando.

D. GERÓNIMO.

Todo saldrá á la colada.

CIEGO I.º

Y hubo entierro.

ALCALDE.

¿Hombre, qué dices?

DIONISIO.

Dice bien; que quatro pabas,
un cochinillo de leche,
y un pellejo que llevaba
sus quatro arrobas, murieron,
y en nuestros vientres descansan.

ALCALDE.

¿ Hay mas testigos ?

D. IGNACIO.

Señor,
aqui esperando se halla
esta chica.

ALCALDE.

¿ Usted quién es ?

Sale la vecina Gazmoña.

VECINA.

Yo, Señor, una cuitada
huerfana de padre y madre,
que vivo de mis puntadas.

CIEGO I.

La vecinita del quarto
segundo: otra que bien bayla.

ALCALDE.

¿ Con que usted es costurera ?

VECINA.

Si Señór, de ropa blanca.

RUMBONA.

De toda costura sabe:
Señor Juez, exâminadla.

VECINA.

Todo eso es ponderacion,
y visitas que me achaca
su malicia, de las muchas
que ven que suben y baxan
la escalera :- pero todas
se quedan en la posada
del quarto principal, que
arriba no sube un alma.
Yo sola con mis ahujas
paso mi vida atareada:
siempre sola, y no de Dios.

D.ª BLASA.

No nos haga la beata
ni la gazmoña, que toda
la calle vive enterada
de que tiene sus devotos.

VECINA.

De modo que á nadie falta
la providencia, y quizá....
pero no quiero sacarla
los colores.

D.ª BLASA.

Ella es;

y mire bien como habla,
la que me quita el pellejo
con toda aquesta morralla
de la vecindad.

OLAYA.

¡Ola, ola!
sea usia mejor hablada:
y ya que es tan gran Señora,
desempeñe la cuchara
que tiene en mi tienda en prendas
de una libra de castañas
y tres panillas de aceite.

ALCALDE.

Yo creo, que si esto pasa
adelante, ha de ser fuerza
tomar una muy sonada
providencia. Yo discurro,
Señoras, que todas hablan,
y todas tienen porque
callar: vayanse á sus casas
ahora; pero apercibidas
ellas de que no armen zambras,

ni juntas escandalosas,
y ustedes de ver cómo andan;
porque ya estoy sobre aviso,
y á la menor cosa que haya,
las podré donde no vean
el sol en muchas semanas.

D.ª BLASA.

Don Gerónimo, buscadme
donde mudarme mañana.

DIONISIO.

Mejor fuera que esta noche
se quedase ya mudada.

RUMBONA.

Señor Juez, y ya que usted
prohibe lo que se bayla,
¿permite las tonadillas:

ALCALDE.

Como sean moderadas
pueden cantarlas.

DIONISIO.

Pues bien;

vamos al punto á cantarlas.

D. IGNACIO.

No crei yo que esta gente saliese tan bien librada.

LAS
DAMAS APURADAS.

SAYNETE.

Tener funcion : aguardar
coche prestado : no haberlo ,
y oir llover sin recurso
en una noche de invierno :
¡ qué apuro para las damas !
¡ para los hombres qué empeño !

PERSONAS.

D.ª JOAQUINA, *Señora de la casa.*
D.ª ROSA.
D.ª BELTRANA.
D.ª NARCISA. } *sus Amigas.*
D. VENANCIO.
D. ZACARIAS. } *Caballeros sirvientes*
D. ANTOLIN, *Amigo de todas.*
EL DOCTOR.
JORGITO, *Page.*
DOMINGO, *Mozo de compra.*

La Escena es en Madrid.

LAS DAMAS APURADAS.

Salon con asientos.

Sale el Page poniendose el espadin y sombrero de mala gana.

JORGITO.

El diantre de la Señora
no tiene otros pensamientos
que divertirse, y mas que
un hombre se cayga muerto.
Si son las cinco, y al coche
que viniera le dixeron
á las seis, ¿ qué prisa corre ?

Sale Doña Joaquina.

D.ª JOAQUINA.

¡Jorgito, qué pronto has vuelto!
Vaya, ¿qué dice el Marqués?
¿que vendrá el coche al momento?

JORGITO.

Señora, si acaba usted
de darme el recado, ¿puedo
estar ya de vuelta?

D.ª JOAQUINA.

Bruto,
tres minutos há lo menos
ya que te mandé que fueses:
Mira si has tenido tiempo
para ir desde San Anton
á la puerta de Toledo,
y volver con el recado.
No le he tenido mas lerdo
que tú.

JORGITO.

Ni yo tuve Ama
tampoco de tan mal genio.

D.ª JOAQUINA.

¿Qué gruñes?

JORGITO.

Nada ; que voy
al punto.

D.ª JOAQUINA.

Calla , que siento ::-

JORGITO.

¿ El ruido ?

D.ª JOAQUINA.

Ya está ahí el coche.
Muchacha , dame corriendo
el cabriolé, los frasquitos,
el abanico, el pañuelo
blanco, las cajas ::-

JORGITO.

Doncella ,
no lo traygas, porque creo
que el coche pasó de largo.

D.ª JOAQUINA.

No tal, que ha parado.

JORGITO.

¡ Bueno!
¿ No le oye usted como suena
correr cada vez mas lexos ?

D.ª JOAQUINA.

Por vida de los demontres.
¡Qué á mí me suceda esto!

Mira si vas al instante
y me traes coche, advirtiendo
que si no le traes, te dés
por despedido al momento.

JORGITO.

Bien está. Asi como asi
la conveniencia que pierdo
no es de las mejores. *vase.*

D.ª JOAQUINA.

¿Dónde
podré apelar mas? Gallego,
Gallego, animal, Domingo.

Sale Domingo.

DOMINGO.

Dumingu, si.

D.ª JOAQUINA.

¿Estas oyendo
que te llamo, y no respondes?

DOMINGO.

Bien cerca estaba pur ciertu,
y al primer Dumingu vine;
llu demás you non lu entiendu;
que Gallegus é animales
somus muchos, é non quieru,

si no me llaman á mí,
cansarme en venir curriendu.

D.ª JOAQUINA.

Oyes.

DOMINGO.

Oyir, si bien oigu,
Siñora.

D.ª JOAQUINA.

¿Tendrás talento
para dar bien un recado?

DOMINGO.

Pongamelu en un lletreru
su merced de lletras gordas,
que you tal qual deletreu,
y en quatro dias ú cinco,
sino es muy llargu, pudréilo
deprender.

D.ª JOAQUINA.

¿De qué te sirve
la memoria, majadero?

DOMINGO.

Mimoria, llu que es mimoria,
tengu poca, entendimientu
esu si, gracias á Dios,
que ningun ha sido llerdu
de mi casta, y todus son

asi pocu mas ú menus.

D.ª JOAQUINA.

¿Sabes la calle de Atocha?

DOMINGO.

¿No es aquella que está yendu
á llus Mustenses, y tira
derecha á llus Reculetos?

D.ª JOAQUINA.

No, bruto. ¿Sabes la plaza?

DOMINGO.

Lla praza si; llo primeru
que me enseñarun mis primus;
comu que alli está el cumercio.

D.ª JOAQUINA.

¿Y no hay una calle larga,
que baja todo derecho
al Prado?

DOMINGO.

¿Es una que empieza
adonde meten los presos,
y acaba en el Espital,
donde curan llos enfermos?

D.ª JOAQUINA.

Si.

DOMINGO.

Pues ya sey; allá voy.

D.ª JOAQUINA.

¿Y á qué vas, borrico?

DOMINGO.

A esu:
diré á la calle de Atocha
el recadu, y prontu vuelvu.

D.ª JOAQUINA.

Dexalo, maldito seas.
Aplica el oido.
Pero el coche. ¡De qué fiero
susto salí! Dí que arrime,
que voy á bajar. Y creo
que llaman. Mira quien es.

DOMINGO.

Será el coche. ¡Qué jumentus
cargados de prata y seda
tener pur amus solemos! *vase.*

D.ª JOAQUINA.

Ya disculpo á las muchachas,
que admiten los novios viejos
por el coche, pues sin coche
se malogran mil proyectos.

Salen de Petimetres Don Antolin y Don Venancio.

LOS DOS.

Señora, á los pies de usted.

D. VENANCIO.

No dirá usted, ó á lo menos
no lo dirá con razon,
que no somos los primeros
criados que se presentan
para irla despues sirviendo
á la visita.

D. ANTOLIN.

No mientas.
Ya conoce usted mi genio
nada adulador: la causa
de venir aqui Tadeo
y yo, es diversa.

D.ª JOAQUINA.

No estoy
con gana de escuchar pleytos:
Sea con el fin que fuese,
yo la venida agradezco,
porque es tarde, y de dos coches
de dos amigos que espero,

ninguno ha venido; vamos
en el de ustedes, que luego
para la vuelta quizá
por docenas los tendremos.

D. VENANCIO.

¿Nuestro coche? de limosna
y de compasion, por vernos
metidos en un portal
tan guapos, y el aguacero
que cae, no sin repugnancia,
nos vació aquí Don Fulgencio
al paso.

D. ANTOLIN.

Y para llegar
á la funcion con aseo
de pies y cabeza, como
previene la ley del duelo,
venimos, y porque usted
nos lleve: vèd el obsequio
que ha ponderado el amigo.

D.ª JOAQUINA.

El que mienta importa un bledo,
lo que importa son las culpas
que hago de consentimiento.

Sale Jorgito.

JORGITO.

Señora, gracias á Dios.

D.ª JOAQUINA.

¿ Está ahí el coche?

JORGITO.

No es eso,
sino que encontré al Lacayo
del Marqués, y ya no tengo
que ir allá.

D.ª JOAQUINA.

¿ Pues qué te ha dicho?

JORGITO.

Que prestó para un batéo
el coche su Señoría
esta tarde; que tuvieron
que ir á llevar la madrina
á Getafe, y que no ha vuelto.

D. VENANCIO.

Tambien es casualidad
particular.

D.ª JOAQUINA.

Lo que es bueno
es hallarme yo en un lance

tan ridículo, teniendo
á mi disposicion todos
los trenes que hay en el pueblo.

JORGITO.

Ya tomára usté un simon
en la hora presente.

D. ANTOLIN.

Ofrezco *ap.*
á las Animas tres misas,
como me dén el consuelo
de dexarla á pie.

D.ª JOAQUINA.

Muchacho,
vé á casa del Consejero
de enfrete, y dile me preste
su coche por un momento.
Ya no me acordaba.

JORGITO.

Voy. *vase.*

D.ª JOAQUINA.

Aun otro recurso tengo.
Domingo. Juntaré aqui
quarenta coches, si empiezo
á recetar.

D. ANTOLIN.

Venga uno.

que ya nos contentaremos.

Sale Domingo.

DOMINGO.

¿Voy á la calle de Atocha,
ú non voy?

D.ª JOAQUINA.

No, que está lexos.
Vés al Medico de casa,
y dile que venga luego
su berlina: aunque es pequeña
bien nos acomodarémos.

DOMINGO.

?Al Dutor?

D.ª JOAQUINA.

Si.

DOMINGO.

Voy allá. *vase y vuelve.*
¿Y hay que traer algun remedio
de lla Butica tambien?

D.ª JOAQUINA.

¿Quánto va que te encasqueto
una silla en la cabeza?

DOMINGO.

En todu casu you quieru

mas errar, que preguntar,
que es lla leccion del discretu. *vase.*

D. ANTOLIN.

Señora Doña Joaquina,
¿ no sabe usted aquel cuento
tan famoso de la novia
de Tarancon?

D.ª JOAQUINA.

¿ Apostemos
á que le abro á usted un palmo
de cabeza, ó le despeino?

D. ANTOLIN.

Si no hay coche, lo segundo;
pero si le hay, lo primero.

D.ª JOAQUINA.

Coche suena.

Dentro voces.

Pára, pára.

D. VENANCIO.

Vamos; cobre usted aliento,
que ya salimos del susto.

D.ª JOAQUINA.

Alcanceme usté el espejo,
á ver si voy bien.

D. VENANCIO.

Perfecta.

D.ª JOAQUINA.

He tenido tan inquieto
el rato, que ha sido mucho
el no haberme descompuesto.
Supongo que es todo un hombre
Jacinto mi Peluquero.

Salen Doña Rosa, Doña Narcisa y Doña Beltrana, con Don Zacarias despeinado, con botines y cabriolé.

D.ª ROSA.

Hija mia, porque poco
vamos despues del refresco,
ó no vamos, por el coche.

D.ª NARCISA.

Si tarda un poco, protesto
que ya me iba á desnudar.

D. ANTOLIN.

No han sido por acá menos
los trabajos.

D.ª BELTRANA.

Aun no es tarde,
para que nos apuremos,
que son las seis.

D.ª NARCISA.

Es que yo
gusto de tomar asiento
á un rincon, y desde allí,
como no tengo cortejo
que me divierta, observar
todo lo malo y lo bueno
que pasa.

D.ª JOAQUINA.

¡Qué boberia!

D.ª ROSA.

Pues yo, amigas mias, llevo
gran máquina en la cabeza
esta noche, y el proyecto
de hacer rabiar á Tomasa.

D. VENANCIO.

Dificil será, teniendo
seis que la cortejen.

D.ª ROSA.

Doce,
á qual mas pícaros, tengo
yo alquilados para traer
esta noche al retortero,
y que rabie: tres Abates,
tres Indianos de hilo negro,
tres Mayorazgos, y tres

Cadetes de caramelo:
esta noche me vereis
mandar exercicio nuevo.

D.ª BELTRANA.

¡Quánto va que se va el coche!

LAS QUATRO.

Fuera buen chasco por cierto.

D. ANTOLIN.

Ojala.

D. ZACARIAS.

Le mataria:
¡pues tengo yo lindo genio!

D.ª JOAQUINA.

¿Dónde va? venga usté aqui,
no nos enfade al cochero.

D. ANTOLIN.

¿De quién es?

D.ª ROSA.

Uno que trajo
Don Zacarias corriendo
de la Comedia, y porque
no formases quexa luego
de ir sin ti, como quedamos
anoche::-

D. ANTOLIN.

Pues tomó viento.

oigan ustedes el ruido.

Sale Don Zacarias sofocado, con el cutó desnudo.

D. ZACARIAS.

Señoras, y Caballeros,
tenganme ustedes, porque
si vuelvo á bajar, me pierdo
con ese pícaro.

TODOS.

¿Cómo?

D. ZACARIAS.

Como no ha habido remedio
de detenerse, aunque mas
he porfiado, diciendo
que su amo sale al saynete.

LAS QUATRO.

Y diga usted: ¿no le ha abierto
la cabeza?

D. VENANCIO.

¿No le has dado
cien palos?

D. ZACARIAS.

Aun mas he hecho.

TODOS.

¿Qué?

D. ZACARIAS.

No le he dado la maula,
y ya le tenia envueltos
en este papel::-

D. ANTOLIN.

¿Quánto hay?

D. ZACARIAS.

Dos reales en quartos nuevos.

D. VENANCIO.

Están ustedes lucidas.

D.ª ROSA.

¿Y qué hombres están viendo
quatro Damas *apuradas*,
que aunque se desgaje el cielo
á llover, y aunque los charcos
les lleguen hasta el pescuezo,
no van á buscar un coche?

D. JOAQUINA.

Y quando no haya otro, el mesmo
carro del Sol.

D. VENANCIO.

Dicen bien:
Amigo, éste ya es empeño:

dividamos á Madrid
en dos partes por enmedio,
tome usted la del Oriente,
y yo correré ligero
la del Ocaso; y á fuer
de Andantes Aventureros,
juremos á estas Señoras
ó volver en coche ó muertos.

D. ZACARIAS.

Enhorabuena.

LOS DOS.

Pues vamos. *vanse.*

D. ANTOLIN.

Agur: que yo aquí me quedo
á consolarlas.

D.ª BELTRANA.

Antolin,
¡qué sea usted tan grosero!

D. ANTOLIN.

Estoy muy cansado. *sientase.*

D.ª NARCISA.

¿A quién
no le aníma aquel exemplo?

D. ANTOLIN.

Al que vive escarmentado.
Toda la vida me han hecho

ustedes rabiar ; y ahora
es quando yo me divierto
de verlas rabiar á ustedes.

LAS QUATRO.

¿Rabiar nosotras por eso?

D. ANTOLIN.

No es nada.

D.ª JOAQUINA.

Estoy por ponerme
á cantar ; tan poco siento
el chasco.

D.ª BELTRANA.

Canta , Joaquina.

Aparte entre ellas.

D.ª ROSA.

Siquiera porque este perro
bufon se deslumbre , canta.

D.ª JOAQUINA.

Si estoy rabiando.

D. ANTOLIN.

¿Hay consejo
reservado?

LAS QUATRO.

No os importa.

D. ANTOLIN.

Si acaso el Ayuntamiento

necesita de Asesor,
mi dictamen les ofrezco.

D.ª JOAQUINA.

Sobre lo que he de cantar
es la duda.

D. ANTOLIN.

¿Y se ha resuelto?

D.ª JOAQUINA.

Mucho: un juguete Italiano:
perdonad, si no me acuerdo
bien; pero allá va.

D. ANTOLIN.

Usted cante,
y diviertanos.

LAS QUATRO.

Silencio.

Canta Doña Joaquina lo que guste.

D. ANTOLIN.

Viva, y que siga la rueda.

Sale Jorgito.

JORGITO.

Señora.

D.ª JOAQUINA.

¿Pues, qué tenemos?

JORGITO.

Que apenas oyó el recado
el vecino, mandó atento
poner el coche.

LAS QUATRO.

Que viva
el vecino.

JORGITO.

Pero el cuento
es, que ni muertos ni vivos
no parecen los Cocheros.

D. ANTOLIN.

Que viva el vecino. *burlando.*

D.ª BELTRANA.

¿Vaya,
que si nos enfurecemos,
nos vengamos en usted?

D. ANTOLIN.

No importa, que ya estoy hecho
á esos golpes de fortuna.

D.ª NARCISA.

Hijas mias, yo recelo
que no está de Dios que vamos
á la funcion: ¿qué sabemos
si nos esperaba alguna
desgracia?

D.ª JOAQUINA.

¡Qué pensamiento!
Las desgracias de los bayles
suelen ser para los buelos
y abanicos.

D. ANTOLIN.

¿Y no mas?

D.ª ROSA.

Vaya usted á los infiernos.

Salen Don Venancio y Don Zacarias.

LOS DOS.

¡Jesus, y qué noche!

D.ª BELTRANA.

Albricias,
que por fin coche tenemos.

D. VENANCIO.

A la puerta no hay ninguno.

D.ª JOAQUINA.

¿Pues ustedes qué ofrecieron?

D. VENANCIO.

O volver muertos ó airosos:
y por fin venimos muertos
de rubor.

D.ª JOAQUINA.

Mira quien llama.

JORGITO.

Sin duda será el Gallego. *vase.*

D. VENANCIO.

En teniendo coche, el diablo
me lleve, si se le presto
ni á mi Padre.

D. ZACARIAS.

Mas quisiera
morirme, que verme en esto.

D.ª NARCISA.

¿ No os dan compasion?

D.ª ROSA.

¿ A mí?
¿ te parece que los creo?

LOS DOS.

Paciencia.

Sale Jorgito.

JORGITO.

Haí está un criado
de Doña ::-

D.ª JOAQUINA.

¿ Quién, majadero?

JORGITO.

De la dueña de la casa
de la funcion ; que echan menos
á ustedes ; y que ya es hora
de que se saque el refresco ;
que si han de esperar á ustedes
ó no.

D.ª JOAQUINA.

¿Qué responderémos ?

D.ª ROSA.

Clarito : que envien un coche ,
y que aguarden un momento.

D.ª NARCISA.

Poquito á poco , queridas ;
porque eso correrá luego
de boca en boca en la sala ,
y será desaire nuestro.

D.ª JOAQUINA.

Dice bien ésta : ¡ qué burla
harian todas de vernos
en este estado !

D.ª ROSA.

Pues hijas ,
aqui no hay otro remedio :
dile que diga á su ama ,
que ya ibamos ahora mesmo

á avisarla de que estando
vestidas, y el coche puesto
á la puerta, dió á Joaquina
un histérico tan recio,
que se ha llamado al Doctor;
y que las tres no tenemos
corazon para dexarla.

D. ANTOLIN.

Y que á los doce cortejos
de la Señora, les diga
que por hoy, están absueltos.

Sale Domingo.

DOMINGO.

Aqui está el Dutor, Señora.

D.ª ROSA.

Ha venido á muy buen tiempo,
con eso le verá el Page.

D.ª JOAQUINA.

Chico, aguardate, veremos
si hay arbitrio.

Sale el Doctor con capa, bata y gorro, &c.

DOCTOR.

¿Qué hora es esta
de llamar á uno, lloviendo,
sin enviar coche? ¿Quién
está malo? Despachemos.

D.ª JOAQUINA.

¿Qué viene usté á pie?

DOCTOR.

Y rabiando.

JORGITO.

Yo discurro, que ya puedo
despachar al otro.

D. ANTOLIN.

Si.

D.ª JOAQUINA.

¿Y a qué viene usté aqui?

DOCTOR.

¡Bueno!
¿No me envia usté á llamar
á toda prisa?

D.ª JOAQUINA.

¿Yo? vuestro

coche era lo que queria;
y ahora os le pido de nuevo,
si me haceis favor.

DOCTOR.

Señora,
los Médicos no podemos
prestar los coches á nadie,
por voto; y además de esto,
tengo una mula sin manta,
y ya veis como está el tiempo:
con que no usandole yo,
por obviar que le dé un muermo
al animalito, ved
si es posible complaceros.

LAS QUATRO.

¿Pues á qué ha venido usted?

D. ANTOLIN.

No ha venido en valde: hablemos
clarito: Yo estimo á ustedes,
Señoras, y considero
que es necesario sangrarlas,
porque el susto ha sido fiero,
y temo un sofoco.

D.ª JOAQUINA.

Bruto,
¿qué te dixe?

DOMINGO.

Que currieudu
fuese y tragese al Dutor,
y non tragese el remediu
de lla Butica: y por pocu
tuve acuestas que traellu,
purque pur la noche son
remulones todus ellus.

D. ANTOLIN.

Vamos, Señor Don Damian,
es fuerza hacer un exceso
con estas damas.

DOCTOR.

Haré
quarenta, como no hablemos
del coche: habrá quince dias
que me costaron trescientos
reales el par de muletas,
la una de ellas está en cueros,
como dixe, y no es razon
tampoco dar mal exemplo.

D.ª JOAQUINA.

Pues vayase usté á pasear.

D.ª NARCISA.

¿Muger, y en qué pasaremos
la noche?

D.ª JOAQUINA.

En bailar, cantar
quanto se pueda: y en siendo
hora, las aves y dulces
que para el Médico tengo
de regalo prevenido
por Pasquas, nos cenaremos:
porque tampoco para ir
á llevarle mi Gallego
tiene cabriolé, y ya ven
ustedes como está el tiempo.

DOCTOR.

¿Conmigo? Pues bien está;
á bien que en mi mano tengo
la venganza: ni una misa,
ni un ayuno la dispenso
á usté, aunque esté agonizando:
y esta quaresma protesto
que aunque rebiente de flatos
he de hartarla de abedejo. *vase.*

D.ª JOAQUINA.

En haciendole yo un mimo ::-

D. VENANCIO.

Vaya, Señores, dexemos
disputas, y á divertirse.

D.ª ROSA.

Pues hay á mano instrumentos,
y quien toque, vaya una
contradanza lo primero.

D.ª JOAQUINA.

Disponganla ustedes, mientras
yo me visto y me prevengo
á otro bayle.

TODAS.

Si haces falta.

D.ª JOAQUINA.

Ya habrá quien supla mi puesto:
y en baylando yo, prosigan
ustedes, mientras enredo
yo allá cierta pastorela,
que concluya el intermedio. *vase.*

D. ANTOLIN.

Pues vaya usté á prevenirse:
y nosotros empecemos
á baylar, por ver si acaso
con música, bayle y versos,

aunque malos,

TODOS.

conseguimos
ver al Concurso contento.

LA AMISTAD
Ó EL BUEN AMIGO,

COMEDIA

SACADA DE UNA DE LAS NOVELAS MORALES
DE *M.r DE MARMONTEL.*

Debe enseñar mi aventura
al hombre, que ha de ser franco,
y ha de confiarlo todo
de su amigo; esceptuando
su Querida ó su Muger,
por ser género arriesgado.
Blandfort. Acto II. al fin.

PERSONAS.

NELSON.
LADY JULIA, *su hermana.*
BLANDFORT, *Capitan de Navio.*
CORALI, *Joven India.*
HUBERT, *Criada.*
MAESTRO DE CANTAR.
UN NOTARIO.
CRIADOS.

La Escena es en casa de Nelson, Ministro del Parlamento de Londres.

LA AMISTAD
Ó EL BUEN AMIGO.

ACTO I.

Gavinete ricamente mueblado á la Inglesa: á un lado una papelera de las que abiertas hacen mesa para escribir; junto á ella dos sillas; y otras repartidas en sus lugares; al lado opuesto de la papelera, estará Nelson abandonado en una silla, pensativo, y despues de alguna pausa, dice.

NELSON.

Mi inquietud y mi opresion
llegan al mayor extremo;
y á pesar mio parece
que brilla la luz del Cielo.

¿Mas cómo? ¿Seré capaz
yo de temer á mí mesmo?
¿He olvidado ya las leyes
del honor? No, no lo creo.
Coralí.... Quizá yo la amo:
¿quién lo duda, pues la veo?
¿Este depósito hermoso
que me confió, partiendo
para la India Blandfort,
en mi poder tendrá riesgo?
¿Esta clara prueba, este
testimonio verdadero
de que él es mi amigo, basta
para que dexe de serlo
yo suyo? ¡Oh respetable
dulce amistad! yo te ofrezco
conservarte sin mancilla
en el mas oculto seno
de mi corazon. Aun
no están en él tus reflexos
extinguidos; y si acaso
por el detestable fuego
de amor me miras rendido
y abrasado; si me atrevo
á profanar de tus aras
los inviolables respetos,

me sonrojaré de haber
vivido. Mas consultemos
con el juicio de mi hermana
la agitacion que padezco.
Julieta. *tira de una campanilla.*

Sale Hubert.

HUBERT.

Señor, ya sale. *vase.*

NELSON.

Solo de mirarla tiemblo.

Sale Julieta.

JULIETA.

Coralí pretende hablarte,
hermano mio.

NELSON.

¿Qué es esto?
Coralí....

JULIETA.

Si; ¿qué te pesa
de que venga?

NELSON.

No por cierto;

¿Pesarme á mí? Pero tú
sabrás sin duda el intento
que la obliga á verme.

JULIETA.

¿Yo?
Hasta ahora no me ha hecho
la honra de confiarme
alguno de sus secretos.

NELSON.

Parece que anda estos dias
distraida; y yo la observo
diferente de sí propia.
¿La tratas tú con despego?

JULIETA.

Me haces una grande injuria.

NELSON.

No es comun aquel silencio,
y aquel amor al retiro
en sus años: Yo recelo,
y tú verás que es Blandfort
el motivo.

JULIETA.

Y debe serlo.
Bien sabes los beneficios
que le debe, y lo que ha hecho
por esta joven Indiana,

huerfana desde sus tiernos
años; y que su buen padre
quando rindió á los funestos
trances de guerra la vida,
se la confió sabiendo
el honor de este Oficial,
su bondad y su talento.
Y á fe que desempeñó
Blandfort con tino y esmero
la obligacion que tomó
á su cargo: por los medios
de la razon y el alhago
él supo abreviar el tiempo
de su infancia: La inocencia
y la verdad que en su pecho
y labios brillan, son obras
de su prudente maestro,
que hablandola al corazon
ilustró su entendimiento.

NELSON.

Ella piensa mas allá
de su edad y de su sexô:
sus ojos pintan su alma,
y el candor se hospeda en ellos.

JULIETA.

Tú la amas, hermano.

NELSON.

¡Yo!

JULIETA.

Sí; ¿de qué sirven misterios,
si mucho mas que tu callas,
me dicen tus sentimientos
y tu inquietud? En vano es
disimular lo que veo.

NELSON.

¿Pues qué ves?

JULIETA.

Quando esta niña
con aquel ayre modesto
que tiene, llega á tu vista,
baxa los ojos al suelo
y tiembla; tú te sonrojas;
ella teme al verte sério;
y tú temes ofenderla.
¿Pues digo, hermano, qué es esto?
No me ocultes tus pasiones;
sé conmigo mas sincéro.
Coralí te quiere; tú
por ella te estás muriendo;
y uno á otro os estais dando
recíprocos sentimientos.

NELSON.

¿ Y una simple congetura
basta para hacer concepto
tan impropio contra mí
como discurrir que ofendo
á la mas pura amistad ?

JULIETA.

La amistad pura es el velo
que toma el amor.

NELSON.

Hermana....

JULIETA.

Nelson mio, yo te quiero
mucho para excusar que
con sinceridad hablemos:
Tú, defensor de las leyes
de los Paysanos ; tú, miembro
de la inflexible justicia,
Ministro de un Parlamento
que respeta la Nacion ;
¿ tú que has de dar el exemplo
de virtud, (¡ qué ceguedad !)
vas á deslucir tan sério
y noble caracter ? Si ;
tú vas á ser sin remedio
amigo falso, perjuro,

escandaloso, maestro
de la flaqueza, y en fin
depositario perverso.
¿Qué me miras? No lo dudes.

NELSON.

¿Qué es lo que dices? ¿Qué has hecho,
Julia mia?

JULIETA.

Tu retrato.

NELSON.

¡Qué fatal es y qué feo!
¿Y tú te atreves, hermana,
á introducir en mi pecho
la imagen del deshonor?

JULIETA.

La obligacion es primero
que tu gusto y tu reposo:
Blandfort debe ser el dueño
de Coralí; pues no ignoras
que han de desposarse luego
que vuelva de Indias; él hizo
confianza de este bello
amado tesoro en tí,
y se le robas. Yo leo
los corazones, hermano;
y el tuyo está tan abierto,

que con menos perspicacia
bastaba para leerlo.

NELSON.

¡Ay de mí! ¿Qué es lo que quieres
predecirme?

JULIETA.

Solo aquello
que debes evitar.

NELSON.

Si,
yo en tus ideas convengo.

JULIETA.

Ten siempre delante de ella
un ayre mas grave y sério;
huye su conversacion.

NELSON.

Entonces nos exponemos
á que crea que la tratan
como esclava.

JULIETA.

Lo que es cierto
es que tu quieres mejor
serlo suyo.

NELSON.

Te prometo
contenerme yo á mí propio.

JULIETA.

Y yo para que al extremo
que vaticino no llegue
tu pasion, tambien te ofrezco
venir á cortar quanto antes
la conversacion.

NELSON.

En eso
me darás un gran placer.

JULIETA.

Nelson mio, no te creo. *Vase.*

NELSON.

No, no: jamás el amor
podrá turbar el sosiego
que hasta aqui reynó en mi alma,
Yo triunfaré de su incendio.
La fiereza de un Inglés
no es conforme á los afectos
de la ternura: ¿tendria
lugar en mi pensamiento
una debilidad? Nunca.
Mas yo juzgo de mi pecho
con demasiado rigor.
¡Cómo yo impedirle puedo
que se rinda á tantas gracias!
Del dulce amor al imperio,

ú al hechizo de su alhago,
no ceden, no están sujetos
los mas fuertes corazones?
Es verdad: no hay duda; pero
no se sujetará el mio
jamás, no.... ¿Pero qué veo?
Sale Coralí.
Amable Coralí, Julia
mi hermana (¡yó me estremezco!)
de decirme acaba que
deseabas hablarme.

CORALI.

Es cierto:
siempre se me ofrece algo
que deciros en secreto.

NELSON.

¿A mí?

CORALI.

Si: ¿por qué os turbuis?

NELSON.

¿Yo turbarme?

CORALI.

Y con extremo
tal, que al mirar vuestro rostro,
toda me confundo y tiemblo.

NELSON.

Será aprension tuya. Dí
qué mandas.

CORALI.

Yo no lo puedo
explicar, y sí sentirlo,
sin saber que es lo que siento.
Fruto es de vuestro trabajo,
Nelson mio, quanto siento:
vos me enseñais el idioma,
y las verdades que aprendo
y exercito con placer.
Estos tímidos afectos,
esta sensibilidad
agradable, ¿será obsequio
que debe mi corazon
inocente á su maestro?
¿Serán afectos acaso
de mi reconocimiento?
Descifradme la verdad,
enseñadme el verdadero
nombre de estas inquietudes
nuevas que ignoro y padezco.

NELSON.

¡Ay, yo no sé donde estoy,
y mi corazon inquieto ::- !

¡Qué bien me dixo mi hermana!

CORALI.

Este impaciente silencio
puede ser un mal presagio
para mí. Nelson, ¿qué es esto?
¿Os habré yo disgustado?

NELSON.

¡Disgustarme tú!

CORALI.

¿Qué denso
vapor altera la paz
que en vuestro rostro sereno
siempre ha brillado? Señor,
vos callais por un exceso
de bondad, y estais conmigo
irritado.

NELSON.

Te protesto
que no.

CORALI.

Pues á mí me aflige
a idea de que os molesto.
Siempre son los desgraciados
ímidos; y yo recelo
ue todas vuestras finezas
o han tenido mas objeto

que la amistad de Blandfort.

NELSON.

Hasta aqui solo habia hecho
el oficio de un amigo;
pero discurro que pierdo
todo el mérito despues
que conocí tus talentos
y adorables prendas, pues
que quanto mas te contemplo,
mas te felicito: y ahora,
si la verdad te confieso,
y algo hago por tí, no lo hago
por él, sino por mí mesmo.

CORALI.

Y asi debe ser, porque
yo os amo con un extremo,
y con un placer ::-

NELSON *agitado.*

¿Qué dices?
¿tú me amas?

CORALI.

Si, Nelson.

NELSON.

Cielos.
Coralí, Coralí, como ::-

CORALI.

¡Qué asombro es ese! ¡qué ceño!
¿os enfada mi amistad?

NELSON.

No, no: ¿ni por qué? Yo tengo
mañana en el Tribunal
una causa grave, y debo
emplear lo mas del dia
en repasar los procesos.

CORALI.

¿Y es negocio de importancia?

NELSON.

Mucho: permite que el tiempo
no desperdicie, y que estudie
en mi mesa con sosiego.

CORALI.

Bien: y yo estaré sentada
al otro lado leyendo:
yo no os puedo embarazar;
además de que prometo
no decir palabra.

NELSON.

No
me interrumpas á lo menos.

CORALI.

No lo temais: trabajad;

y venga algun libro bueno.

Nelson abre su papelera, y como algunas cosas le embarazan sacar de un cajon varios papeles (que luego reconoce con cuidado) las pone sobre el plano cortado del buró ú papelera: y estas cosas serán un mazo de plumas, una caja de oro, un estuche, y un par de pistolas: sientase, y empieza á ojear sus papeles; y Coralí al lado opuesto se sienta igualmente, habiendo tomado un libro de varios que habrá colocados en los nichos de la papelera.

NELSON.

Vamos á ver si me ofrecen
arbitrio estos documentos
para librar la inocencia
oprimida entre los yerros.

CORALI.

Es preciso libertarla.

NELSON.

¿Por qué no lees?

CORALI.

Ya leo;

pero tambien os escucho.

NELSON.

Pues calla; que un solo acento,
sola una voz tuya basta
á distraerme del hecho.

CORALI.

Quando vos hablais me dá
curiosidad.

NELSON.

Pues callemos.

CORALI.

Mejor será. No me es facil *ap.*
sujetar el pensamiento.

NELSON.

Los dichos de los testigos
con cuidado exâminemos.

Hacese una gran pausa, durante la qual se miran los dos de quando en quando sin poder atender á su leccion uno ni otro, por mas que lo procuran.

NELSON.

Yo no puedo trabajar.

CORALI.

¡Qué fastidioso, qué seco
estilo!

NELSON.

Coralí, ¿ves
en qué empleamos el tiempo
los dos?

CORALI.

Sí: vos me mirais,
y yo os miro: tambien creo
que hariamos mucho mejor
en hablarnos.

NELSON.

Ya te entiendo.
A tí te gusta el hablar
mas que el leer.

CORALI.

No lo niego;
porque nada instruye tanto
como hablar con los maestros.

NELSON.

Pero ::-

Sale Hubert.

HUBERT.

El maestro de clave,

Señorita, está allá dentro.

NELSON.

Vino á muy buena ocasion.

CORALI.

Respondele que voy luego.

vase Hubert.

Sale Julieta.

JULIETA.

A dar leccion, Coralí,
y aprovechar el talento
que Dios te dió para todo:
y mas quando los esmeros
de Blandfort para este fin
te facilitan los medios;
y debes con tu obediencia
y amistad corresponderlos.

CORALI.

Todo lo que hace por mí
me empeña á estimarle; pero
me aflige mucho y me humilla
qualquiera socorro ageno.
Yo tengo la ambicion noble,
yo he formado ya el proyecto
de ser desde hoy superior

á mis destinos adversos,
y á quantas necesidades
tenga en esta vida, excepto
solamente la de amaros.

JULIETA.

Pero estudia con todo eso,
y cultiva con cuidado
los agradables talentos;
que á veces una muger
les suele deber á ellos
toda la felicidad
de su estado y su sosiego.
Las habilidades son
casi siempre unos secretos
fixos para seducir
al marido mas severo,
y atraer su corazon:
dominado y satisfecho
de las gracias de su esposa,
la ama con mas extremo,
ama su casa y sus hijos;
y en fin, el amable genio,
la modestia, habilidades
útiles y entendimiento,
son las armas que el amor
inventó sagaz y diestro

para sugetar el juicio
y la razon á su imperio.

CORALI.

Muy bien. Vos solo sereis *ap. á Nels.*
de mi leccion el objeto.

NELSON.

¡Ay Julia, quan digno soy
de compasion!

JULIETA.

Yo lo creo.
Tú quieres, y eres querido:
mira si para temerlo
tenia yo harta razon.

NELSON.

Ella propia sin misterio
aqui me lo ha confirmado:
su alma, de fingimientos
incapaz, para decirlo
no ha buscado algun rodéo:
su natural candor piensa
que es decente, que no hay riesgo
en exponer sin reserva
estos dulces sentimientos,
este delirio de amor,
que nos manda que ocultemos
la educacion, y descubren

los ojos y los afectos.

JULIETA.

Te dixe, y repito que
perdió la amistad el pleito.

NELSON.

No creas que yo me exponga
á un arrepentimiento
tan vergonzoso; no, Julia:
y para poder yo mesmo
responder por mí mañana,
esta tarde estoy resuelto
á salir de Londres.

JULIETA.

¡Cómo!
¿salir?

NELSON.

Sí: yo me destierro
voluntario, porque sé
lo que á mi amigo le debo,
y sé no puedo fiar
de mí sino estando lexos.
¿Pues cómo es facil que yo
continuamente esté viendo
á mi lado una hermosura
sensible, con tan perfectos
atractivos, sin dexarme

dominar de alguno de ellos?
Las circunstancias son todas
peligrosas: yo las veo:
y para la exâctitud
de la buena fe que anelo,
¿qué hombre es capaz de hacer
el desventurado esfuerzo
de responder de sí mismo,
sin ausentarse ó muriendo?

Salen Coralí, y el Maestro de cantar, Petimetre.

CORALI.

Lady, con vuestro permiso
hago entrar á mi maestro.

JULIETA.

¿Has dado ya leccion?

CORALI.

No:
es tal la impresion que ha hecho
en mi alma la inquietud
de Nelson, que apenas puedo
respirar, y las mas simples
modulaciones no acierto:
y como sé lo que gusta

de la música, pretendo
divertirle con que oiga
una ária que ha compuesto
nueva para sí.

JULIETA.

¿Y el clave
tambien nos sacan? *le sacan dos criados.*

CORALI.

Yo creo
que todo lo aprobareis,
y tomareis á mi ruego
el cargo de acompañarle.
Sostenidos sus acentos
de vuestro arte, harán el rato
mas tranquilo y lisongero
á Nelson; y si adulado
su corazon del concierto
de la música descansa,
el mio tendrá el sosiego
que necesita igualmente.

NELSON.

Dala este gusto.

JULIETA.

No quiero
replicar, aunque tu daño
va cada instante en aumento.

NELSON.

¿Qué música es en el dia
la mejor, Señor maestro?
¿La Italiana, la Alemana
o la Francesa?

MAESTRO.

Sobre eso
hallo qualquiera disputa
inutil, y solo tengo
para juzgar una regla
fixa.

NELSON.

¿Quál?

MAESTRO.

En mi concepto,
si toda música debe
excitar el movimiento
de las pasiones, aquella
que exprime con mas acierto
la Naturaleza, es
la que á las demás prefiero,
y será mejor en todas
las Naciones y los Reynos.

JULIETA.

El maestro dice muy bien,
y es lo mismo que yo pienso

de la música.

CORALI.

Cantad.

NELSON.

¿No te sientas?

CORALI.

Ya me siento
junto á vos.

NELSON.

Para acabarme *ap.*
de perder faltaba esto.

Canta el Maestro alguna Aria.

CORALI.

No puede darse en el mundo
encanto mas alagüeño
que la música.

NELSON.

Mas nobles,
mas dulces y mas perfectos
los conozco. ¡Ah, Coralí!
¡qué hechizos ú qué embelesos,
qué excelencias hay, que en tí
no se hallen con exceso!
Para embriagar los sentidos,

para seducir los tiernos
corazones, ¿no bastaban
su cara y airoso cuerpo,
sin añadir pruebas de
sus prodigiosos talentos?
Viste, Julia, jamás dar
á la música tan nuevos
realces, como le daban
sus ojos á cada acento
que el maestro formaba?

CORALI.

Vos
estais, Nelson, descontento.

NELSON.

No amiga.

CORALI.

¿Cómo quereis
negarme lo que estoy viendo?

NELSON.

No lo creas, Coralí;
cree que yo soy sincéro.
Descontento estoy, mas solo
lo estoy de mí propio.

MAESTRO.

Siento
que mi música no haya

sido del agrado vuestro.

NELSON.

Lo es mucho, y lo acreditaron
mi atencion y mi silencio;
mas basta por hoy: mañana
os lo acreditará el premio.

MAESTRO.

Al juicioso Profesor
ninguno da mas aliento,
que la aprobacion del sabio,
y la crítica del necio.

Cortesia y vase.

CORALI.

¿Sentís que no haya cantado?

NELSON.

Si la verdad te confieso;
si; porque á mi gusto lo haces
mucho mejor que el maestro.

CORALI.

Recelo que me adulais.

JULIETA.

No: yo tambien te protesto
que le excedes en el gusto
y la voz. Verás que buenos
ratos nos damos, y cómo
las dos nos divertiremos

en el tiempo que esté ausente
mi hermano.

CORALI *sobresaltada.*

¿Pues cómo es esto?

NELSON.

Si, me es preciso unos dias
ir de aqui bastante lexos.

CORALI.

¿Y qué importa? Julia y yo
donde vais os seguiremos.

NELSON.

No, te quedarás con ella.

CORALI.

¿Y asi podreis resolveros
á dexar á vuestra hermana?
¿tan duro teneis el pecho,
que la fraternal ternura
no se estremece en sus senos?

JULIETA.

Yo tengo que hacer en Londres
ahora. Voy allá dentro
á dar las disposiciones
mas necesarias, supuesto
ser fuerza que marches hoy. *vase.*

CORALI.

Quedese Julia, si en ello

tiene gusto ú precision;
pero los dos marcharemos
juntos, Nelson.

NELSON.

¿Y sería
decente?

CORALI.

¡Cómo recelo
que me aborreceis!

NELSON.

Te engañas,
Coralí, no te aborrezco.

CORALI.

Pues en ese caso os debe
parecer bien mi proyecto:
si marchais, marcho con vos;
si os quedais, con vos me quedo.

NELSON.

Esto que iba á decir es *dudoso*.
terrible... no; yo no puedo.

CORALI.

Hablad, ¿en qué os detenéis,
Nelson?

NELSON.

No, yo no me atrevo.

CORALI

¿Tan infeliz soy, que alguna
confianza no os merezco?

NELSON.

Que tú sola eres la causa
de mi viage.

CORALI.

¡Qué oigo, Cielos!
¿Es delito á vuestros ojos
la fineza con que os quiero?

NELSON.

Tu felicidad ha sido
mi único estudio algun tiempo;
y sería ingratitud
si á Nelson amases menos.

CORALI.

Eso está bien dicho, y es
pensar como yo deseo.

NELSON.

Pero este juicio tan dulce
l parecer, y tan tierno,
os pudiera preparar
n grave arrepentimiento,
ue no debo consentir
uando otro tiene derecho
pretender....

CORALI.

¡Ay de mí!
¿Qué decís, que no os entiendo?

NELSON.

Aquel respetable amigo
tan virtuoso y tan bueno,
y á quien tú debes amar
tanto como yo venero,
¿no ha de contar mas conmigo?
Quando Blandfort (bien me acuerdo)
te confió de mi fe,
era de tí con extremo
querido.

CORALI.

Y lo es todavia.

NELSON.

Blandfort, de tus años bellos
depositario dichoso,
y redemptor de tus yerros,
de tí debe ser amado.

CORALI.

Yo le estimo y le respeto
como á mi segundo padre,
y en mi corazon mantengo
grabados sus beneficios.

NELSON.

Pero á su vuelta sabemos
que pretende en recompensa
mas dulces, mas lisongeros
sentimientos tuyos, que
ese reconocimiento,
y una simple amistad: él
aspira al feliz momento
de verse tu esposo.

CORALI.

Nunca,
jamás Corali á ese exceso
de cariño llegará
con Blandfort.

NELSON.

Pues no hay remedio:
es preciso que así sea.

CORALI.

No será posible; él mesmo
aprobará mi opinion,
apoyada en los proyectos
que me dió, y en mi memoria
permanecen bien impresos.
Una doncella (decia)
que tiene el justo deseo
de vivir con buena fama,

se ha de casar con acuerdo
del juicio, y á su eleccion.
Quando se hace un casamiento
sin amor, no se conoce
la desgracia; pero luego
que descubre el corazon
aquél agradable objeto
que le haria venturoso,
entonces son los tormentos
inútiles, y las penas
sin alivio ni consuelo;
se quiere huir, y se huye
en vano; que el pensamiento
por donde quiera que va,
le va al corazon diciendo....
Mira, aquel es, aquel es
quien debia ser tu dueño,
y en cuyos brazos debias
vivir dulcemente preso.
El corazon virtuoso
procura con todo esfuerzo
defenderse, pero quando
le están siempre combatiendo
su memoria, su infelice
razon y el remordimiento
del bien que tarde conoce,

y el mal que llora perpetuo,
¡á qué peligros, á qué
deshonra no estará expuesto!
Asi mas de quatro veces
me dixo Blándfort; y debo
en quanto esté de mi parte
no desairar sus consejos.

NELSON.

¿Quisieras tú que yo hiciese
traycion á mi verdadero
amigo, que descuidado
duerme, en fe de que yo velo
por su mayor interés?
Sería destruir el templo
del honor: la sociedad,
y el buen órden del derecho
comun se trastornarian:
tendria horror de mi aspecto
yo mismo, y me despreciára:
sin saber adonde, huyendo
de mí, contra mí yo mismo
iría en mi seguimiento;
me ahogara el ayre; sería
obscuro para mí el Cielo;
y quando mis pesadumbres
quisieran rendirme al sueño,

quando la naturaleza
entera reposa enmedio
de las sombras de la noche,
solo yo estuviera inquieto
diciendoles á mis ojos....
Infelices, yo os despierto;
velad, y ved al amigo
á quien traycion habeis hecho:
velad; que no es justo duerman
los traydores con sosiego.

CORALI.

Bien facil es evitar
todos los remordimientos
y escrúpulos que os inquietan,
y que me pintais tan feos,
casandonos con permiso
de Blandfort: hoy es correo:
voy á escribirle una carta
bien eficaz.

NELSON.

Yo te ruego
que no, pues en ese caso
yo soy quien debe primero
hacerle capaz de todo.

CORALI.

Entrambos le escribiremos.

Sale Julieta.

JULIETA.

Hermano, toma esta carta,
en que juzgo que tendremos
noticias de Blandfort.

CORALI.

¡Ay!
veamos si vendrá presto,
ó si por ventura está
puesto ya en camino.

JULIETA.

Bueno:
esa impaciencia me gusta,
y es como en tí la deseo.

NELSON.

Ahora te amo mucho mas.

CORALI.

Este ha sido un movimiento
natural: Blandfort es justo,
es bienhechor, es discreto,
es piadoso, por fin es
á quien todo se lo debo;
y si le llegára á ver
malaventurado ú muerto,

fuera capaz de quitarme
la vida mi sentimiento.

NELSON.

Ya viene. *ha leido.*

CORALI.

¡Ya viene! *sorprendida.*

NELSON.

Si:
ya le tienes en el Puerto.

JULIETA.

Yo me alegro mucho.

NELSON.

Y yo
mas que todos lo celebro.

Lee. *Querido amigo: yo llegaré quizá antes que esta carta, para tener mas breve el gusto de ver la cosa que mas quiero, y recibir de tus manos la hermosa Coralí; ese depósito, ese raro tesoro, que solo de tu fidelidad huviera confiado mi amor. ¡Con qué placer veo el dia preparado á nuestras felicidades! Yo espero que tu hermana, como igualmente tan buena amiga mia, no habrá desperdiciado instante en la mejor educacion y buenas inclinaciones de mi*

inocente ahijada, y que habrá enriquecido su espíritu con los estudios mas útiles y proporcionados á su educacion, sexô y circunstancias, para que hallando yo en ella un talento igual á su belleza y gracias, sean con su posesion completas mis venturas y eterna mi gratitud á vuestros beneficios.

Representa.

Blandfort viene reclamando
justamente los derechos
que tiene en tí.

JULIETA.

Y es preciso
sin mas dudas ni argumentos
aceptarle por esposo.

CORALI.

Pues yo sin duda resuelvo
declararle francamente
que ser su esposa no puedo.

JULIETA.

¿Cómo?

CORALI.

Como la verdad
sola debe dar aliento
á los labios, y éste es

de todos vuestros consejos
el unico que en el dia
merece todo mi aprecio.

NELSON.

Hermana, á Dios, que yo marcho
al instante. Ola, Roberto.

Sale Criado 1.°

CRIADO 1.°

Ya para vuestra partida
todo está, Señor, dispuesto. *vase.*

NELSON.

Pues al punto voy.

JULIETA.

Aguarda,
y considera primero
si en la hora que Blandfort
llega á tu casa, es bien hecho
ausentarse de ella.

NELSON.

Julia,
mas arriesgado contemplo
el ponerme en su presencia,
Callale lo que padezco,
callale la causa, y usa

de todo tu entendimiento
para disculpar mi ausencia.
Tú guarda el mayor silencio
hasta mi vuelta; por que...
pendiente en tu mano dexo
mi vida ú mi muerte. A Dios,
A tu prudencia me entrego
para todo, hermana mia.

JULIETA.

Vete en paz, que yo te ofrezco
mirar por ella y por tí.

NELSON.

Que no me sigas te ruego,
Coralí.

CORALI.

No os habeis de ir,
ú me habeis de llevar.

NELSON.

Eso
no es decente.

CORALI.

¿Y es decente
dexar en el mayor riesgo
á la que á voces confiesa
que por ti se está muriendo?

JULIETA.

Vete, hermano, no te obliguen
á ceder sus sentimientos.

NELSON.

Yo no la puedo dexar.

CORALI.

Nelson mio.

JULIETA.

Vete presto,
no la escuches, oye solo
la voz con que reprendiendo
tu debilidad está
tu propio honor allá dentro.

NELSON.

Ya voy.

NELSON Y CORALI.

¡Ah, cruel hermana!

CORALI.

¿Qué haré para detenerlo?
Tú me aborreces, Nelson.

NELSON.

Coralí, no te aborrezco,
antes ::-

JULIETA.

¿Esta es tu amistad?

CORALI.

Si te vas, me desespero.

NELSON.

No, no me sigas; detenla,
pues me adviertes quanto arriesgo
en quedarme.

JULIETA.

Coralí.

CORALI.

Dexadme.

JULIETA.

Vamos.

Vase Nelson.

CORALI.

¡Ay Cielos!
que le arrancan de mis brazos,
que se ausenta en menosprecio
de mi pasion.

JULIETA.

Vamos, hija.

CORALI.

¡Ah barbaros Europeos!
Si el oprimir los mas puros
y sencillos sentimientos
de Naturaleza, si
burlar el mas vivo afecto,

y desmentir las pasiones
por los humanos respetos
son vuestras costumbres, á ellas
y á vosotros os detesto.

LA AMISTAD

Ó EL BUEN AMIGO.

ACTO II.

Sale Coralí vestida de camino, con pendientes de diamantes, y una cinta negra al cuello, de que pende un pequeño corazon de cristal; saca un lio mal formado de ropa blanca, y vestida de India.

CORALI.

Nelson en fin ha partido,
Nelson en fin me ha dexado.

Yo tambien quiero marcharme;
pues donde con rigor tanto
sin cesar me contradicen,
¿de qué sirvo, ni que hago?
El se va porque me quiere,
segun dice; y no es extraño,
queriendole yo tambien,
ya que no siga sus pasos,
siga sus resoluciones.
Julia intentará estorvarlo;
mas yo sabré responderla....
Si se marchó vuestro hermano,
tambien yo quiero marcharme
huyendo vuestro mal trato.

Sale Hubert.

Hubert, venid, ayudadme
á liar en este paño
este vestido y camisas.
¿En qué pensais? Despachaos.

HUBERT.

¿Qué despecho es este?

CORALI.

Nada.

HUBERT.

¿Señorita, desde quando
acá colérica? Como

es la primer vez, me espanto.

CORALI.

Si estimas á Coralí,
no la repliques, y hazlo:
toma estas quantas monedas.

HUBERT.

No me atrevo á replicaros.

CORALI.

Quitemos estos adornos
tan superfluos como vanos
y extrangeros para mí,
de que hago tan poco caso.

HUBERT.

Explicadme este misterio.

CORALI.

Despues que se fue tu amo,
he sabido que un navio,
que estaba en el puerto, Indiano,
se hace á la vela esta tarde
para Madrás. Da un abrazo
á esta triste amiga tuya,
y las dos nos despidamos
para siempre.

HUBERT.

¿Y dónde vais?
¿Qué pretendeis sin amparo?

CORALI.

Alexarme para siempre
de estos climas inhumanos,
adonde no se permite
amar, adonde es esclavo
el alvedrio, y adonde
no hay verdad. Lo que te encargo
es que me guardes secreto,
y me dexes sola un rato.
A Dios.

HUBERT.

¡La pobre muchacha!
Voy á dar parte volando
á mi ama, pues quizá
se arriesga mucho en callarlo. *vase.*

CORALI.

De quantas ricas alhajas
los corazones bizarros
de Blandfort y Lady Julia,
me dieron para mi ornato,
no llevo conmigo mas
que este corazon amado
de cristal, porque Nelson
me le dió. Fatal regalo
para mí, yo te prefiero
á quantos bienes, y quantos

tesoros sacó la Europa
de los senos Mexicanos.
Fuerza es salir de esta casa, *se sienta.*
Coralí. ¿ Y á donde vamos ?
A conocer los peligros,
la miseria, los trabajos...
Pero no importa: á lo menos *se levanta.*
volveré á gozar del pátrio
suelo, y del ayre inocente
que mis padres respiraron:
y olvidaré ::- ¿Podrá nunca
olvidar quien ama tanto
como yo ? ¡ oh, á qué de males
me dexas expuesta, ingrato!
Nelson, Nelson, mis ansias *despues de*
siguiendo irán tus pasos, *alguna pausa.*
porque el alma me vuelvas
que me usurpas, tirano.
Sin tí, que eres mi vida,
solo la muerte aguardo.
¡Quando premiar debieras
la fe con que te amo,
mis males eternizas!
¡ Mas quien sabe si quando
por tí mis tristes ojos
en lagrimas deshago,

tú ya de mí te acuerdas;
ú cómo no me ves, me has olvidado?
A mis adustos bosques,
á mis floridos prados,
iré á llevar mis penas,
y á suspirar en vano.
De la una á la otra aurora
con mi perpetuo llanto
nutriré mis tormentos.
¿Mas quién sabe si quando
yo mas amante lloro,
mas firme te idolatro,
tú ya de mí te acuerdas,
ú asi me olvidas ¿cómo me has dexado?
¿Quién podrá consolarme,
perdido aquel encanto
con que tu voz oía
pendiente de tus labios?
Si es mi corazon tierno,
tú se lo has enseñado;
y en fé de agradecido,
conserva tu retrato
para memoria eterna.
¿Mas quién sabe si quando
yo en todas mis congojas
de tu imagen me valgo,

tú ya de mí te acuerdas,
ú hasta de tu memoria me has borrado?
Aqui estaba contenta,
y aunque con sobresalto,
por la voz de los ojos
mútua fe nos juramos.
Mi juventud estuvo
de tu bondad á cargo;
no me olvidaré nunca.
¿Mas qué importa acordarlo?
¿El que asi me abandona,
piensa en mí por acaso?
¿Puede de mí acordarse?
No, pues me quiere ver en otros brazos.
Amor, Nelson, te llama;
vuelve, vuelve al reclamo
de este corazon dócil
que impio has desdeñado,
porque al tuyo me vuelvas,
y en él halle el descanso...
¡Mas qué digo, insensata!
¿A un amante inhumano
inutilmente imploro?
¿De esta suerte me abato?
Arrojame del pecho,
ya que me has arrojado

Nelson de la memoria;
vuelveme á ver, tirano,
solo para afligirme;
y por fin, consumando
el cruel sacrificio,
quien muere á tu desden,
muera á tus manos.

Al irse, sale Julia.

JULIETA.

¿Dónde vas en este trage
tan de prisa?

CORALI.

Yo me marcho.

JULIETA.

¿Cómo?

CORALI.

Sí; me voy al punto.

JULIETA.

¿Por qué? que yo no lo alcanzo.

CORALI.

¿Podreis sobre mi conducta
poner el menor reparo?
Si el viage de Nelson
os pareció necesario,

¿ por qué os oponeis al mio ?
¿ Amais mas que á vuestro hermano
á la que nada os importa ?

JULIETA.

Nelson no ignora en qué grado
de mi estimacion le tengo.

CORALI.

¿ Y por qué le habeis instado
á marchar, si le estimais ?
Y mas á vista de tantos
extremos como hice yo
por detenerle. ¿ No es caso
vergonzoso para vos,
que se diga que le amo
mas que su hermana ?

JULIETA.

Yo hice
lo que debí.

CORALI.

¡ Qué malvado
País ! Perversas costumbres,
en que vive suspirando
la Naturaleza como
extrangera.

JULIETA.

Todo quanto

le insté á que marchase fue
solo por servir á entrambos.

CORALI.

¿Por servirnos? Por vendernos.
Y os aborreciera, quando
yo pudiera aborrecer... *tierna.*

JULIETA.

¿Y por qué es todo el enfado?
Cogele la mano con expresion.
¿Pudieras tú aborrecerme?

CORALI.

Yo no sé lo que me hablo:
Se arroja en sus brazos.
Perdonadme: no: jamás.
El dolor me ha extraviado
de los caminos del juicio:
pero con todo os declaro
que me quiero separar *sobre sí.*
de estos paises villanos,
donde el amar es delito;
y os advierto que me embarco
esta misma tarde.

JULIETA.

Escucha.

CORALI.

Nada escucho, ni me aguardo.

JULIETA.

Vete, pues, que es un designio
muy prudente y acertado.
Mas Nelson vuelve.

CORALI.

¿Nelson? *gozosa.*

JULIETA.

Aqui le estoy esperando,
y á decirtelo venia.

CORALI.

¿El viene? Ya no me marcho.
¡Oh instante el mas venturoso!

JULIETA.

Yo temo que puede acaso
sernos funesto.

CORALI.

¿Y por qué?
Vos me estais desconsolando
terriblemente. Ese rostro,
quando vuelve vuestro hermano,
tan macilento, me asusta.
Ved el mio ya trocado
en regocijos: No hay modo
Con displicencia.
de entenderos ni trataros.

JULIETA.

Modera qualquiera extremo

de gozo, considerando
que Nelson vendrá ahora mismo
con Blandfort, que ya ha llegado.

CORALI.

Jamás supe disfrazar
en el semblante, ni el labio,
los sentimientos del alma.

JULIETA.

Siquiera por Nelson hazlo
esta vez: reprime al menos
las llamas que está brotando
tu corazon por los ojos:
mira al suyo penetrado
de tristeza, y consumidos
de dolor sus verdes años.
Tiembla por su vida, como
yo tiemblo al mirar su estado:
y por ella, en fin, suspende
tus extremos al mirarlo.

Sale Nelson con bosat, sombrero, &c. y Blandfort, Capitan de Navio Inglés, y se llega con la mayor expresion á Coralí, luego á Julia.

CORALI.

¡Ya le veo! ¡Qué ventura!

BLANDFORT.

¡Coralí mia!

CORALI.

Mi amado

Protector.

LOS DOS.

Ahora tendrán

fin todos mis sobresaltos.

BLANDFORT.

Lady Julia.

JULIETA.

Seais tan bien

venido como esperado.

BLANDFORT.

Ya no hay cosa que me falte,
pues vuelvo á ver lo que amo.
¿Cómo te ha ido en mi ausencia? *á Cor.*

CORALI.

¡Quánto en ella he suspirado!
Pero desde ahora confio
que ha de tener fin mi llanto.

JULIETA.

Con vuestra venida todos
nuestros pesares cálmaron.

BLANDFORT.

Yo no hallo expresion que baste
á ponderar lo obligado
que mi corazon se siente;
y asi mejor es dexarlo.
Yo encontré á mi fiel amigo,
que iba á su casa de campo
á toda prisa; y apenas
me vió dexó abandonados
sus negocios y placeres,
por venirme acompañando.

NELSON.

Para mí el mas importante
era darte mil abrazos
y verte.

BLANDFORT.

Pues vuelve á ellos,
y en este instante volvamos
á reunir de nuestra antigua

amistad los firmes lazos.

JULIETA.

Creed que á todos vuestro arribo
nos era bien necesario.

BLANDFORT.

Yo os doy mil gracias por eso
fiel anelo, contemplando
que sois en favorecerme
hermana de tal hermano.

CORALI.

Los tres igualmente os
queremos y deseamos.

BLANDFORT.

Coralí, ¿y qué trage es este?
¿Habian ustedes pensado
en salir á recibirme?
Yo te lo agradezco. Y vamos:
¿te ha sido grata mi vista?
¡Pobre criatura!

CORALI.

Y tanto
como si viera á mi padre.

BLANDFORT.

La muchacha es un encanto.
¿Pero qué es esto, Nelson?
Yo te encuentro muy trocado.

Tú disfrutabas la mas
perfecta salud: Acaso
aquel buen temperamento
en tí se ha desordenado?

NELSON.

Estoy inquieto....

CORALI.

Y yo mas....

BLANDFORT.

Me ha parecido que os hallo
diferentes que erais antes;
y ciertamente lo extraño.

NELSON.

¿A quién? ¿á nosotros?

BLANDFORT.

Si:
estais como embarazados
los tres de alguna aprehension.
Amigos, habladme claro:
¿teneis alguna secreta
causa?

JULIETA.

¿Qué puede faltarnos
con vuestra vista?

NELSON.

Ella basta

para mirar consumados
nuestros gustos y deseos.

BLANDFORT.

Aun no me satisfago.
Vosotros no sois felices,
segun están declarando
los semblantes; pero á bien
que con mi presencia os traygo
el placer; vereis que pronto
se reparte entre los quatro.
Abreme tu corazon
como buen amigo: vamos:
si alguna cosa os aflige,
nadie mas interesado,
mas fino, mas generoso
que Blandfort; decidle quanto
sentís, pues él os lo ruega.
¡Como veo en ese agrado,
bella Coralí, que estás
mis venturas deseando!

NELSON.

Quebrantada mi salud
con el peso del trabajo
de mi destino, á formar
el proyecto me ha obligado
de vivir para mí solo.

BLANDFORT.

¿Te han dado que sentir algo
por la parte de la Corte?
Mira que sé lo contrario,
y sé que te estima mucho
mas que á algunos confiados.
Yo te lo probaré, y
tú lo verás confirmado
algun dia.

NELSON.

No es capricho,
ni son desaires tan altos
los que ahora me estimulan
á querer dexar mi estado.
El ruido de la Ciudad,....
una especie de cansancio, ...
me enfada el mundo: se vive
mucho mas libre en el campo,
sin afanes peligrosos,
y sin explendores vanos.

CORALI.

Pues bien: ¿hay mas de que os vais,
y que los tres os sigamos?

BLANDFORT.

En qualquiera parte donde
estés tú contento y sano,

alli quiero yo vivir.

JULIETA.

Nuestro único cuidado
aquí es tu felicidad.

BLANDFORT.

Ya es de mas ese recato:
Nelson, tú eres todo mio,
y como tal te reclamo.
Desde hoy siempre has de vivir
en mi casa y á mi lado.
Coralí me amará siempre:
para mí será un encanto
su fé: y tú serás dichoso
con ver tan finos á entrambos,
reservandote el empleo
de su maestro y su ayo,
con igual franqueza que
lo eres antes de casarnos.

NELSON.

No, amigo; que desde hoy son
solos tuyos esos cargos.

BLANDFORT.

¡Qué dulce será la vida
de un hombre todo entregado
al amor y á la amistad,
que al universo olvidando,

logra la ventura de
ser de todos olvidado!
Muger hermosa, y amigo
constante, son dos bien raros
privilegios para mí
solamente reservados,
y solo mi corazon,
entre todos los humanos,
goza estos bienes, que nadie
consigue, y embidian tantos.

NELSON.

Esa es la felicidad:
y los corazones blandos
solo aspiran con efecto
á vivir como has pintado.

BLANDFORT.

Ya se ve: y tambien tú puedes
casarte.

NELSON.

Para pensarlo
necesito de algun tiempo,
y estar mas desocupado.

BLANDFORT.

Haces mál: mira, Nelson,
y escuchame lo que alcanzo
en punto del matrimonio.

Quando uno tiene un cuidado
que le aflige, una muger
linda, discreta y de garbo,
llega, y de una dulce ojeada
le dexa todo anegado
en gozo, y se va la murria
de allí con cinco mil diablos:
sus risas son un cordial
que curan al que está malo:
sus caricias un alivio
de los pesares: su alhago
el mejor atemperante
del humor atrabiliario:
sus gracias y sus consejos
á tiempo son un encanto
con que se pasan los dias
sin saber como pasaron:
y en fin, la buena muger
es para el hombre casado
compañera en los placeres,
y en las fatigas descanso.

JULIETA.

Yo que conozco á Nelson
bien, pudiera aseguraros
que él piensa del mismo modo.

NELSON.

Hermana....

BLANDFORT.

Vamos al caso.
¿ Le agrada alguna hermosura ?
Tú no puedes ignorarlo,
Coralí . dímelo.

CORALI.

No....

Dudosa y sobrecogida de una ojeada de Nelson.

yo debo callar y callo.

BLANDFORT.

Haces bien : sin discrecion
no hay sociedad ; y el arcano
que un amigo guarda de otro
debe ser muy respetado ;
y yo no tendré la necia
curiosidad de apurarlo :
mi primer ley es dexar
á mi amigo libre ; y quando
él me abra su corazon ,
aplaudirle ú consolarle.

NELSON.

Amigo mio.... *suspirando*

JULIETA.

Ya veis
que inquieto está, que turbado.

BLANDFORT.

Su secreto no me ofende,
aunque es verdad que le extraño.
Pero Coralí á lo menos
conmigo no tendrá tantos
misterios: Yo la conozco;
y estoy bien asegurado
de que para mí en su pecho
no habrá secreto ni engaño.

CORALI.

Yo estaria fatigada,
si pretendiera ocultarlo.

BLANDFORT.

Yo no dudo que estarás
pronta á recibir mi mano:
ya tengo escrito sobre esto
á mi Agente y mi Notario,
lo conveniente, y al punto
voy en persona á buscarlos.

JULIETA.

¿Para eso os quereis cansar?
¿Pues no puede ir un criado?

BLANDFORT.

Yo despacharé mas pronto:
además que en este paso
se trata de una ventura,
y es preciso acelerarlo.
Siempre he sido de mis pies
pródigo, porque me canso
mucho menos en andar,
que me fatigo esperando.

Va y se vuelve.

Vuelvo; que se me olvidaba,
Coralí, el mas necesario
articulo: que es decirte
con estilo breve y claro
mi verdadero caracter.
Sí, como nunca he dudado,
eres virtuosa y casta,
dócil y amable en el trato;
si en nuestra union hallas todos
los gustos que has figurado
allá en tu imaginacion;
seguirá el placer tus pasos,
y á mí me será preciosa
tu felicidad. Volvamos
la medalla: si apeteces
los brillantes aparatos

del mundo, sus falsas pompas,
y sus estrépitos vanos,
por eso no reñiremos,
é igualmente te declaro
que serás perfectamente
venturosa, en todo quanto
dependa de mi caudal
y arbitrio. Mete la mano
en tu corazon, consulta
con él y tu genio el caso:
y á la vuelta me dirás
lo que hayas determinado. *vase.*

NELSON.

El engañar á este hombre
sería el hecho mas baxo,
y mas criminal del mundo.

JULIETA.

Por lo comun ese daño
sucede á los que como él
son mas útiles y honrados.

CORALI.

Pues á lo que yo imagino,
vosotros no estais pensando
en otra cosa.

NELSON.

¿Quién? ¿yo?

¿Me crees de tan inhumano
proyecto capaz á mi?

CORALI.

¡Ay, Nelson! Exáminaos
bien, como yo me exámino:
conocereis el engaño
que hacer quereis á Blandfort,
entregandole mi mano.

NELSON.

Esta es una obligacion.

CORALI.

Es el hecho mas villano:
y madama por su parte
pone para autorizarlo
sus mayores diligencias.

JULIETA.

¿Pues puedes en algun caso
serle tú infiel á Blandfort?

CORALI.

Jamás pensé en engañarlo,
ni le engañaré en mi vida.

JULIETA.

No es facil que te entendamos.

CORALI.

Decid: ¿No me harán jurar
al tiempo de desposarnos,

¿qué es con mi voluntad?

JULIETA.

Si.

CORALI.

Haria un juramento falso.

JULIETA.

Mas la política....

CORALI.

Bien:
¡idea digna de aplauso,
y política muy bella!
Atropellar los sagrados
respetos de la verdad,
y burlar al que llamamos
nuestro esposo y nuestro amigo.
Cada dia me afianzo
mas en que somos mejores
los Indios, sino tan sabios.

NELSON.

¿Y el ser desagradecida
es virtud? ¿No está en su mano
el disponer de tu suerte?

JULIETA.

Tu padre en el trance amargo
de la muerte ¿no le hizo
á Blandfort depositario

de todas sus facultades?
¿No le has experimentado
segundo padre?

CORALI.

Por eso
propio me veo en el caso
de no poder ser su esposa;
y en ese argumento hallo
mi opinion mas confirmada.

JULIETA.

¿De que modo?

CORALI.

Vedlo claro.
¿Ha habido algun padre que
con su hija se haya casado?
El mio, como buen padre
de familia, en igual caso,
en vez de imponer tan dura
ley, hubiera consultado
á mi corazon primero,
por no exponerse á un engaño,
y exponerme á una desgracia:
examinaria cauto
si mi eleccion era buena;
y una vez asegurado,
hubiera dicho á mi amante...

Yo sé que estás suspirando
por mi hija, y que tambien
ella te quiere: casaos,
y seamos los tres felices.
Esto es, á lo que yo alcanzo,
lo que debe hacer Blandfort.

JULIETA.

¿Pero tú le amas?

CORALI.

Si: le amo,
conforme se ama á un buen padre.
¿No amabais al vuestro?

JULIETA.

Y tanto
como á la luz de mis ojos.

CORALI.

Y decid: ¿no habeis amado
á vuestro difunto esposo?

JULIETA.

Y mas que á mí: su retrato
aun la muerte no ha podido
de mi memoria borrarlo.

CORALI.

¿Y era en vuestro corazon
igual el amor á entrambos?

JULIETA.

No, que eran muy diferentes,
si con franqueza te hablo.

CORALI.

Pues bien: juzgad por los vuestros
mis sentimientos; y al cabo
concluireis de buena fe,
Madama, que aquella mano
oculta, que aquel instinto
natural que en estos actos
nos conduce el alma, no
nos hace sentir en vano,
y á un tiempo, estos dos afectos
tan íntimos y tan varios.

NELSON.

Aun pudiera haber escusa,
si yo fuese un hombre extraño
para Blandfort, y contigo
aun pudiera en este caso
enlazarme, sin que el mundo
tuviese que murmurarlo;
¡pero mi amigo! ¡y amigo
mas íntimo! ¡Cielo santo!
¡Yo me estremazco! ¡La fe
de un depósito! El sagrado
respeto de la amistad,

)or mis pasiones violados!
Qué imagen tan horrorosa!
Qué despreciable atentado!
Si le hubiera cometido,
i pensara consumarlo,
me quitaria la vida.
Contra mí armára mi brazo
yo propio. Sí, Coralí;
Coralí, tiembla el estado
en que me vés.

JULIETA.

¡Ay de mí!
Mira el abismo de daños,
y la desesperacion
en que pones á mi hermano.

CORALI.

¿Pues acaso es culpa mia
que Nelson tenga tan altos
méritos, y que yo de ellos
y de él me haya enamorado?

NELSON.

No, que es mia, y yo soy quien *ap.*
en mí debo castigarlos.
El mal es grave, y en tiempo
es menester evitarlo.
Yo quisiera descansar. *blando.*

y quedarme solo un rato.

CORALI.

Esa templanza, Nelson,
produce un mortal desmayo
en mi pecho.

NELSON.

Por merced
os lo pido: retiraos.

Se tira en una silla.

JULIETA.

Hermano...

NELSON.

Y tú tambien, Julia;
lleva á Coralí á tu quarto,
y ten cuidado con ella.

JULIETA.

Sígueme querida: vamos,
no irrites mas su dolor;
dexa que halle algun descanso
su espíritu. Mas con todo
de vista no lo perdamos.

Se quedan al bastidor.

Dexa caer Nelson la cabeza sobre las manos, hace una pausa, y luego vuelve sobre sí.

NELSON.

El dolor todas las partes
de mi alma va ocupando,
y tomando la tintura
mis sentidos agitados
del horror que me estremece,
me parece negro quanto
ven mis tristes ojos: Ya
desfallezco: ya me abraso:
todo soy contradiciones,
y todo afectos contrarios:
Terminemos de una vez
el furor con que batallo.

Llega al bufé y toma una pistola.

CORALI.

¡Ay Nelson! ¿qué vas á hacer?

JULIETA.

¡Qué es lo que intentas hermano!

NELSON.

Mostrarte tu obligacion, *á Cor.*
la mia desempeñando.

CORALI.

Mi valor igualará
al tuyo : se mas humano
Toma la otra pistola.
contigo ; ú desesperada
á tu muerte me adelanto.

JULIETA.

Mira tu hermana á tus pies.

CORALI.

Mira tu víctima ingrato.

NELSON.

La vida y la estimacion,
en un corazon honrado,
deben de vivir unidas
siempre con un mismo lazo ;
y en quien está falta, aquella
debe aborrecerse.

JULIETA.

Harto,
Coralí, te dice en esto.

NELSON.

El honor ha pronunciado
este decreto, y es fuerza,
Coralí, que le sigamos.

Coralí dexa caer la pistola, hace un esfuerzo, se levanta, y dice mal animada.

CORALI.

Vive, y vive satisfecho.
A Blandfort daré la mano
luego que venga.

Julia le quita la pistola á Nel.

NELSON.

¿ Lo juras ?

CORALI.

Yo desde luego me aparto
de tí, y renuncio el derecho
que en tí me habia fundado
yo propia.

NELSON.

Me das la vida
con eso. ¡Oh soberano
imperio de la virtud!
Mis ojos antes turbados
con el furor, de una nueva
hermosura, que no basto
á definir, socorridos,
ven el mundo sin empacho

ni rubor; y tambien siento
en mi pecho sosegado
la prueba mas evidente,
el testimonio mas claro
de que en las luces del sol
son mas hermosos los rayos,
mas dulces las influencias,
los ardores mas templados
para el hombre virtuoso,
que para el hombre malvado.

JULIETA.

Serás buen amigo al fin.
Es el modo que seamos
venturosos, tú y Blandfort,
Nelson y yo: entre los quatro
habrá una voluntad sola;
vivir unidos y amados
siempre será nuestra ley;
y no serán los trabajos
ni las mayores venturas
capaces de separarnos.

NELSON.

Desciende, dulce amistad,
y posee los espacios
de nuestro corazon: tú
nos templas en el verano

y el invierno de la edad :
tú haces mas nobles los actos
de la piedad : tú socorres
los alientos desmayados :
solo tus ojos alivian
los dolores mas amargos ;
y son los gustos partidos
con el amigo, mas gratos...
La muerte es menos adusta,
menos sensible en tus brazos;
y huyen la necesidad
y el vicio de tu bizarro
generoso corazon,
y de tus consejos sanos.
¡ Oh dulce amistad ! recibe
nuestro amor en holocausto,
como Protectora, y como
autora de este milagro,
que establece la paz en
dos pechos enamorados.

Salen Blandfort y el Notario.

BLANDFORT.

¿ Has resuelto ya ?

NELSON.

Ser tuya
es lo que ha determinado.

BLANDFORT.

¿Será mi ventura cierta?

JULIETA.

Ahora acaba de jurarlo.

BLANDFORT.

Yo te lo agradezco: y ya
está dispuesto el contrato
en ventaja tuya: goza
de mis bienes á tu agrado,
y con plena libertad:
pues con todo no te pago
mi mayor felicidad,
que aseguras con tu mano.

CORALI.

Vuestras ideas ofenden
la integridad: hacos cargo
del mejor derecho que
alegan para heredaros
vuestros parientes.

BLANDFOTT.

Si á mí
nada me hubieran costado
las riquezas que poseo,

si fueran de mayorazgo,
cometiera una injusticia
yo, sería un atentado
cruel querer trastornar
el órden hereditario;
pero mi fortuna es
el fruto de veinte años
de peligros de la vida,
y de continuos trabajos;
he ganado con honor
todo aquello que he ganado;
y mi economía ha sido
para el obsequio y regalo
de mis amigos: ¿y á quien
pudiera mejor dexarlo?
¿A aquellos coraterales,
que su ociosidad fundaron
en esta esperanza? ¿Qué
solo viven desvelados
para espiar bien la hora
en que de este mundo parto?
Vamos, amigo, leed *al Not.*
las cláusulas de este acto,
en que voy la mejor prueba
de mi caracter á daros.

CORALI.

Nelson, este es el instante *ap. los 2*
que nos pierde.

NELSON.

Sin embargo
la virtud de la amistad
nos sostendrá en este caso.

BLANDFORT.

Podeis pasar la cabeza
y calidades en blanco:
esos gerulones tan
superfluos como cansados.

NOTARIO.

Ra rara ra ra. Esto es
lo mas digno de reparo.
Lee.
„ Y el dicho Blandfort confiesa
recibir en dote quatro
casas cerca de Dublin,
con sus términos, valuados
en mil libras osterlinas. "

CORALI.

Yo diré, Señor Notario,
si me llaman por testigo,
como ese artículo es falso.

NOTARIO.

Esta es una falsedad
de uso.

Lee.

„ Y si el mencionado
Blandfort fallece sin hijos,
la mitad de todo quanto
dexe, la manda á la viuda;
y la otra mitad, guardando
justicia en la particion,
al hombre feliz y honrado
que la consuele y la saque
de tan funesto trabajo. “

JULIETA.

No teneis humor zeloso.

BLANDFORT.

Esto es no ser mentecato,
y ser justo. ¿De qué sirve
aquel odioso, aquel vano
orgullo de pretender
que ande mi viuda espantando
con el luto y la tristeza
á todo el género humano?
¿y que por ser fiel á un muerto,
en lo mejor de sus años
se obscurezca, y mas si es linda?

Nelson, tú la has educado,
y conoces sus virtudes
y sus gracias. En cerrando
yo el ojo, reemplazame,
que á tí te dexo el encargo.

NELSON.

¿ Pudiera sobrevivirte
yo ? ¿ Qué, tan poco te amo ?

BLANDFORT.

Mi muerte sin duda creo
te dexára lastimado;
pero en esta profesion,
Nelson mio, vamos claros,
raros son los que envejecen;
porque hay fatigas, naufragios,
hay hambres, combates y otros
inumerables contrarios:
y en qualquiera de estos golpes
yo moriré consolado,
sabiendo que Coralí,
el dia que yo la falto
no dexa de ser dichosa
con la posesion y amparo
del mejor amigo mio.

CORALI.

¿Qué plácer habeis hallado

en verme llorar? *con amargura.*

BLANDFORT.

Muy grande,
quando me prueba ese llanto
tu amor.

CORALI.

Bien le mereceis.

BLANDFORT.

Nuevos placeres me añado
á cada vez que te escucho.
¿Quién jamás ha disfrutado
un dia mas venturoso?
Firma, mi bien, el contrato
para hacerle irrevocable,
segun el juicio ordinario.

CORALI.

Dadme la pluma, Nelson,
mirad como os satisfago.

JULIETA.

Ella se turba.

NELSON.

Yo tiemblo.

CORALI.

Yo fallezco.

Cae en la silla.

BLANDFORT.

¡Qué desmayo
es este! ¡En qué ocasion! ¡Cielos!
¡Pero Julieta llorando!
¡Nelson inmovil! ¡Dios mio!
¡Qué iba yo á hacer! ¡Desdichado!

JULIETA.

Llegó el mal que yo temia.

BLANDFORT.

Nelson, yo veo el retrato
de la desesperacion
que está en tus ojos pintado.
Háblame. ¿No me respondes?
Pero no importa, que harto
me dice la turbacion
que ha entorpecido tus labios,
y el fatal velo que eclipsa
tu vista. ¿Ignoras que te amo?
¿No eres la mejor mitad
mia? Ven, pues, á mis brazos,
que ellos y mi corazon
con mas ternura te abro
que jamás.

NELSON.

Esa fineza
de nuevo está penetrando

mi pecho. Yo te he perdido.

BLANDFORT.

No tal: te has equivocado:
mi amistad tu mal conoce,
y quiere curarle: vamos.
Yo leo tu pensamiento,
y sé lo que está pasando
en él. Esta criatura
no pudo estar á tu lado
y en tu casa sin amarte:
aumentó su amor el trato,
y la resistencia: tú
á callar la has condenado,
y de un atroz sacrificio
la impusiste el inhumano
decreto; pero por fin
la Naturaleza ha hablado;
y á pesar de tu violencia,
ante mí está reclamando
sus derechos.

NELSON.

Yo confieso
en lágrimas anegado
mi delito, á quien no sirve
de escusa lo involuntario.
Yo te confieso igualmente

que tu desgracia he causado,
y la de esta hermosa India:
mas confieso, protestando
mi fé, mi amistad, mi honor::-

BLANDFORT.

Dexa todos esos vanos
juramentos, Nelson mio,
que nos están ultrajando.
El juramento solo es
asilo de los ingratos,
no de dos amigos fieles
que reparten entre ambos
los gustos y los pesares:
te estrechára entre mis brazos
yo, si acaso te creyera
capaz de haber aprobado
tu inclinacion y la suya?
Coralí, vuelvan los astros
de tus ojos á brillar:
abrelos sin sobresalto
ni rubor; que yo no quiero
perseguir como tiráno *vuelve Cor.*
tus dias, sino que sean
mas venturosos y largos.

CORALI.

Blandfort, Blándfort, bien podeis,

in parecer demasiado
evéro, reprender con
os mas terribles, mas ágrios
esentimientos mi culpa.

BLANDFORT.

Yo sería mas culpado
y digno de reprensiones,
si pensára en separaros
á los dos. No quiero amigos
que me maldigan, quando hallo
causa porque me estén siempre
bendiciendo y alabando.

CORALI.

¿Y qué esperanza tendremos
de que podais perdonarnos?

BLANDFORT.

Esas capitulaciones
ya dispuestas, en borrando
mi nombre, y en escribiendo
que es Nelson el desposado,
pues los artículos quedan
como están. Voy á firmarlos.

NELSON.

Preciso es que nos confunda
el rubor de los agravios
con que te ofendimos.

BLANDFORT.

¿Quáles?
que á mí ya se me olvidaron.
Mis procederes lo afirman:
no me humilleis repugnando
mis obsequios. Coralí,
dale á mi amigo la mano.

JULIETA.

Generoso amigo, en vuestras
acciones está brillando
la grandeza de vuestra alma;
y será siempre citado,
mas que seguido, el exemplo
de dos amigos tan raros.

BLANDFORT.

Desde hoy una familia
solamente compongamos.
Los dos se desposarán
mañana, y yo me adelanto
en adoptar por mi hija
á Coralí, pues la caso
á su placer: yo la doto,
y desde ahora la declaro
mi única heredera.

JULIETA.

Eso

es ser del todo bizarro.

BLANDFORT.

Y el dia que á la amistad
yo mis pasiones consagro,
„debe enseñar mi aventura
„al hombre, que ha de ser franco
„y ha de confiarlo todo
„de su amigo, exceptuando
„su Querida ó su Muger,
„porque es género arriesgado."

JULIETA.

Sea para bien: sed dichosos,
y proseguid en amaros
siempre.

CORALI.

Con vuestros auxilios
preciso es que lo seamos.

BLANDFORT.

Basta ya. Seguidme todos.
Yo tenia preparado
un festin para el Amor,
y ahora quiero dedicarlo
á la Amistad, cuyo triunfo
por no comun admiramos.

FIN.

NOTA.

La antecedente Comedia, que se dispuso para determinadas Personas particulares, hizo maravilloso efecto despues, representada por los Cómicos de Madrid en uno de sus Coliséos.

ZARA,

TRAGEDIA NUEVA

EN MENOS DE UN ACTO.

Pero
¡si á quantos buscan sin inteligencia
de sus obligaciones los empleos,
los matáran: que pocos, que distintos
fueran los pretendientes para ellos:
y con qué humanidad y qué pureza
se aplicarian á su desempeño!

PERSONAS

EL SULTAN.
ZARA, *Princesa Griega.*
ORCANOR, *General Turco.*
ELMIRA, *Confidenta de Zara.*
HASSAN, *Confidente del Sultan.*
OSMIN, *de Orcanor.*
UN APUNTADOR.
COMPARSA *de Turcos y Esclavos Moros.*
GUARDIAS DEL SULTAN.

La Escena es en un salon del gran Palacio.

ZARA,

TRAGEDIA NUEVA

EN MENOS DE UN ACTO.

ESCENA I.

Luego que se alza la cortina, parece el Sultan conduciendo misterioso por la mano á Hassan.

SULTAN.

Oyeme atento, Hassan; y por tu boca jamás dexes salir este secreto.

HASSAN.

Yo soy la mapa de los confidentes:
no receles, Señor, y ve diciendo.

SULTAN.

Tú no ignoras, amigo los martirios
que mal puedo explicar y que padezco.
Zara, la ingrata Zara, los produce,
prefiriendo á Orcanor en mi desprecio.
El llega vencedor; y ella agitada
entre las esperanzas y el contento,
impaciente le espera, con desayre
notorio de mi amor y del Imperio.

HASSAN.

¿Es posible, Señor?

SULTAN.

Es evidente.
No dudo que Orcanor vendrá soberbio
de sus glorias; y por asegurarme,
á recivirle adelantarme quiero
en este sitio.

HASSAN.

¿Aquí? ¿publicamente?
¿Quál puede ser, Señor, vuestro proyecto?
Al volver de laureles coronado,
quando de Fez, de Tunez y Marruecos,
con fama eterna su valor invicto

añade á vuestra mano los tres cetros;
le quereis sorprender....

SULTAN.

Eres muy tonto.
A mí me toca hablar: á ti el silencio
para escuchar; midiendo la distancia
que va de un confidente á un Consejero.
Orgullo general de los vasallos
penetrar los designios de su dueño,
y no temblar quando el suplicio avisa
que se prepara el vengador acero.

HASSAN.

Yo Señor....

SULTAN.

Oye, calla.... Mas el ruido
del alborozo natural del Pueblo
que percibo, me anuncia que ha llegado,
haciendo obstentacion de sus trofeos,
Orcanor. Tú verás como prefiere
su criminal amor á mis obsequios:
y á dedicar á Zara en este sitio
viene su triunfo y su constante fuego.
Pero, si, ven, ingrato, ven infame,
que en vez de su semblante lisongero
verás el feroz mio: y traspasado
tu odioso corazon....

Sale Apuntador.

APUNTADOR.

Señor, no es tiempo
de matar á ninguno todavia.

SULTAN.

Ya lo sé. No me seas bachillero:
cuida de apúntar bien; que cada uno
sabe lo que ha de hacer.

APUNTADOR.

O no; veremos.

Se retira al bastidor.

HASSAN.

Pasos siento, Señor, si no me engaño.

SULTAN.

Tienes razon, y es Zara. ¡Zara, oh Cielos!
¡Quán adornada de sus gracias viene!

ESCENA II.

Zara, Elmira, y los dichos.

ZARA.

Vos habeis prevenido mis deseos,
Gran Señor, de besar vuestra Real mano,

manifestando quanto me intereso
en la gloria mayor de vuestras armas,
el explendor del trono y sus aumentos.

SULTAN.

Sólo ser pueden para mí apreciables
quando vuestros pies ajen los trofeos
del Marroquí, el de Fez y el Tunecino.
Entonces solo me serán de aprecio
las victorias; y mas feliz sería
si en lugar de venir de cumplimiento,
á besarme la mano, por cariño
enlazarais mis brazos, admitiendo
la mitad prometida de mi trono,
y autoridad de mi poder supremo.
Entonces vierais vuestro soberano,
mas que feliz esposo, esclavo atento
sacrificaros todos sus dominios
por la satisfaccion de complaceros,
y de hacer vuestros dias, bella Zara,
venturosos y largos, sino eternos.

ZARA.

¿Cómo? ¡Dioses! ¿Señor, yo esposa vuestra?
Ni es posible me atreva á pretenderlo,
ni lo debo admitir. Haced memoria ::-
ho ignorais, no, que del amor mas tierno
está mi corazon ya poseido.

No será facil extinguir un fuego,
que vuestra aprobacion ha alimentado,
y aun le dió fuerzas para ser incendio.

SULTAN.

¿No es el mio mas puro y mas activo?
¿Será capaz algun atrevimiento
mortal de resistirle ó disputarle?
¿y vos le despreciais...? Aun no lo creo.
Pensadlo bien: no quiero importunaros.
El feliz Orcanor, aquel soberbio
competidor audaz de mis venturas
viene aquí: recibidle con despegos,
ó con caricias; en inteligencia,
que va á ser sacrificio de mi acero,
ó ha de sacrificarme su esperanza.
Vamos. *á Hassan.*

HASSAN.

El Gran Señor está tremendo. *ap.*

ESCENA III.

Zara y Elmira.

ZARA.

¡En qué mísero estado, amor, me pones!
¿Qué escuché: ¿Dime, Elmira, ha sido sueño?

La vuelta de Orcanor era mi gozo,
y es ya su vuelta mi mayor tormento.
Tiemblo por él.. por mí.. por mi ternura.
¿Huiré de él..? ¿Será facil..? ¡Dulce dueño,
puede huir tu presencia aquella misma
que á coronarte convidó á Hymeneo,
y para unirse á tí previno ansiosa
la guirnalda y la tea? ¿Qué consejo
podré tomar..? ¿de quién..? Barbaro, impio,
tú eres mi mal, mi muerte, mi veneno.

ELMIRA.

Disimulad, Señora, y vuestros ojos
templen las iras del Sultan y zelos.
Una dulce mirada lisongea
al mas feroz amante, pues es medio
tal vez de conservar al que se quiere,
dar al que se desprecia algun consuelo.

ZARA.

Yo probaré; y tú verás que ignoro
el arte de fingir.

ELMIRA.

Sus documentos
son faciles, Señora: y poco estudio
nos basta para hacer grandes progresos.

ZARA.

Calla... ¿Quién llega, Elmira..? *asustada.*

ELMIRA.

Vuestro amante.

ESCENA IV.

Las dos. Orcanor, Ormin que trae algunas vanderas y séquito de esclavos Moros.

ZARA.

Orcanor, ¿eres tú?

ORCANOR.

Dulce embeleso,
yo soy á quien conduce la victoria
á los apetecidos dulces yerros
de amor. El fue el impulso de mi brazo.
El inspiró lo heroico á mis esfuerzos.
Suspirando por vos que gusto era
rebanar, brazos, piernas y pesquezos
con el alfange, sin dexar mas vidas
que las de estos esclavos que os presento,
y esos acuchillados tafetanes
que á tus pies, bella Zara... ¿mas qué es esto?
¿Qué me anuncian tus ojos? ¿Mi esperanza
me engañó?

ZARA.

¿Qué decís? ¡Airados Cielos!

ORCANOR.

¿Vos suspirais, y en perlas desleidas
tesoros derramais en ese lienzo?
Despenadme; decid si las producen
traicion oculta, ó declarado afecto.

ZARA.

¿Asi pensais de mí? Quién ha vencido
mi desden, que es lo mas, y del Imperio,
aunque es triunfo menor, tantos contrarios,
¿puede de otro algun hombre tener zelos?
¿Vos haceis tal injuria á mi constancia,
y á mi fiel corazon que solo es vuestro?

ORCANOR.

Pues si me amais, y sois correspondida,
¿qué puede contristaros? Ya en el templo
el Mufti prevenido nos aguarda;
y para nuestras bodas arde el fuego.
¿Qué dolor ocultais, Princesa mia?
desengañadme, hablad que no os entiendo.

ZARA.

Nuestra suerte...

ORCANOR.

Dí.

ZARA.

Quiere separarnos.
Mi corazon se parte, yo fallezco.
Se apoya en Elmira.

ORCANOR.

¿Qué es esto, Elmira?

ELMIRA.

Es una violencia.
Temed perder á Zara, ó vuestro riesgo
ya declarado.

ORCANOR.

¿Quién se nos opone?

ELMIRA.

El Sultan que en su mano pone el cetro,
y entre vuestra garganta y su cuchillo
no hay mas distancia que el consentimiento.

ZARA *turbada.*

Su amor fatal, injusto y poderoso
sacrifica á los dos á un mismo tiempo.

ORCANOR.

¿Y condescenderias?

ZARA.

Antes un rayo
me destruya, que dexe de quereros.

ORCANOR.

Pues huyamos. Armados diez baxeles

y prontos á mi órden en el puerto
están : todas las tropas me respetan :
venios, y la ocasion aprovechemos.
Vamos antes que puedan ver mis ojos
ese monstruo cruel que ya aborrezco.

ZARA.

Ya es tarde ; él viene, contened las furias
que rabiosas abriga vuestro pecho.
Yo soy vuestra : dexad á mi cuidado
el modo de templarle y no exponeros.

ESCENA V.

El Sultan, Hassan, Guardia de Turcos, y los Actores de la Escena antecedente.

SULTAN.

Quando yo prevenido con la pompa
ceremonial en mi palacio espero
vuestra entrada triunfante, con la idea
de igualar con los méritos el premio ;
me desairais, forzandome á que venga
donde estar no debeis, á sorprenderos?
Orcanor, ¿qué designio os anticipa
á preferir de Zara los obsequios ?

Yo lo quiero saber, decidlo pronto. *airado*

ZARA.

El creyó que viniendo aqui secreto
tendria la ventura de encontraros
antes, y de ofrecerse á los pies vuestros:
y ya os iba á buscar...

SULTAN.

No me procures
engañar, pues yo sé que lo primero
eres tú para él: y le disculpo,
que eres linda, y te amaba no *sabiendo*
mi pasion.

ZARA.

No me amaba: ha sido engaño
de su ingrata malicia: ha sido yerro
de mi credulidad; y quando fina
desatendia la corona y ruegos
yo de su Soberano por amarle,
del Príncipe vencido de Marruecos
la bella hermana fue la vencedora.
Perdonadme, Señor, si me enternezco,
que no lloro de amor, sino de ira:
y una ira mortal, con que prevengo
ya mi venganza: vos seréis testigo
de mi resolucion y sus efectos;

SULTAN.

¿Y esto será verdad? Orcanor, habla:
¿sabes que soy tu amigo y algo deudo?

ORCANOR.

Ni yo debo creer que sois mi amigo,
ni sé por donde venga el parentesco.
Si, como dama, puede conformarse
Zara, y prestarse al fin al fingimiento
tímida, yo jamás: que de la muerte
me alhaga y no me asusta el esqueleto.
Ansiosa por guardar de vos mi vida,
sus zelos finge por curar los vuestros;
y yo delante de ella os desengaño,
y os aseguro que el agudo acero
podrá herirnos, mas nunca amedrantarnos:
y nos podrá matar, mas no vencernos.

SULTAN *á Zara.*

¿Cómo tú aliento tienes de burlarme?

á Orcanor.

¿Tú tienes boca para hablar tan recio
en mi presencia? No penseis, ingratos,
en abusar ya mas de mi buen genio:
y del justo furor que me arrebata;
moriras al impulso...

á Orc.

Sale Apuntador.

APUNTADOR.

Que no es eso.

SULTAN.

Pues muera Zara.

APUNTADOR.

Ni tampoco esotro.

SULTAN.

Yo tengo de matar á uno lo menos, para calificar nuestra tragedia.

APUNTADOR.

Eso es al fin.

SULTAN.

¿Pues para que lo has puesto en este lance de tu pluma y mano.

APUNTADOR.

Porque me atreví á hacer lo que no entiendo.

SULTAN.

Mira el papel.

APUNTADOR.

Al fin es quando matas

SULTAN.

Pues te mataré á tí y acabaremos.

Le dá dos veces.

Toma, porque otra vez no solicites,

iendo aprendiz, hablar como maestro.

APUNTADOR.

Muerto soy.

ZARA.

No le des.

APUNTADOR.

A buena hora,
ya voy á espirar. Amigos... „Pero
„¡si á quantos buscan sin inteligencia
„de sus obligaciones los empleos,
„los matáran; qué pocos, qué distintos
„fueran los Pretendientes para ellos:
„y con qué humanidad y qué pureza
„se aplicarian á su desempeño!"

HASSAN.

Ya se murió. *cae.*

SULTAN.

No importa: dentro hay vino capaz de hacer resucitar un muerto.

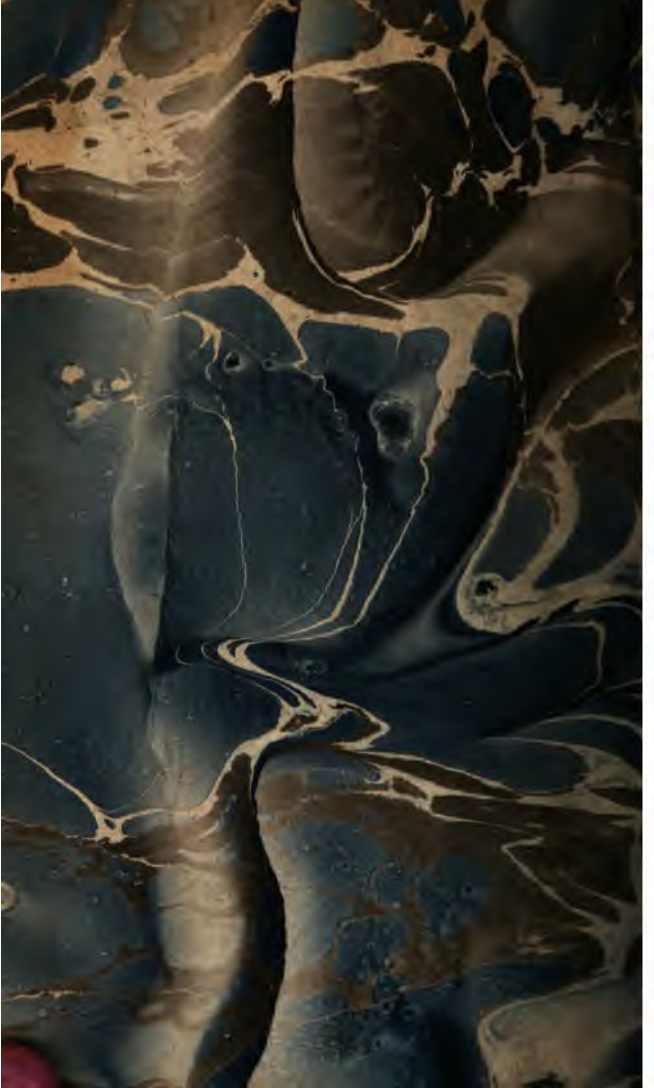
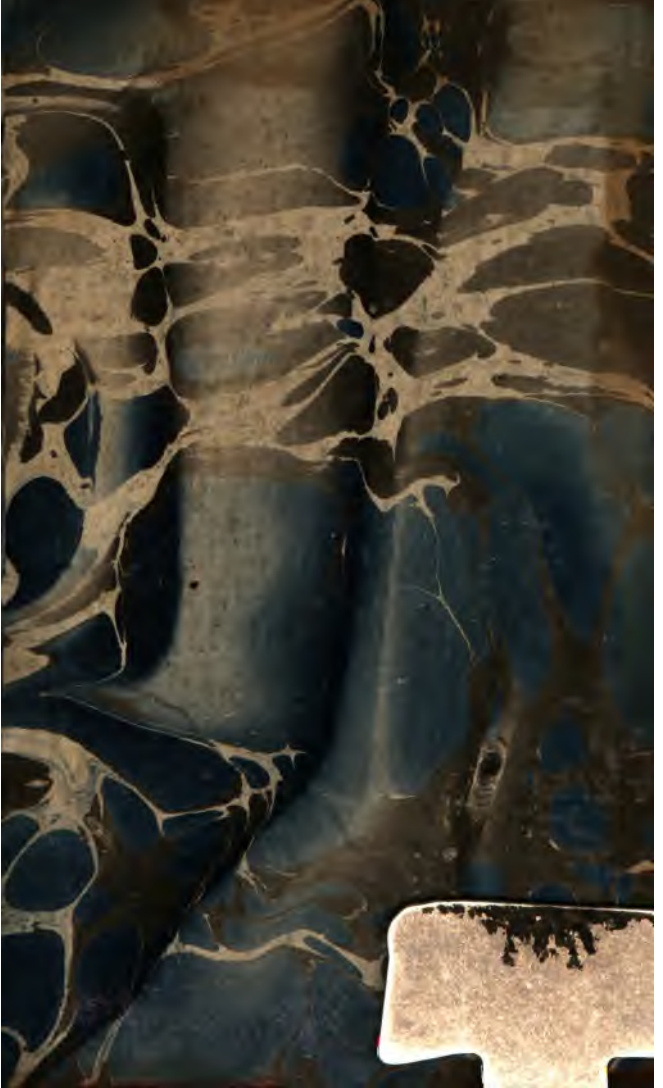
Cae el telon, y se dá fin.

INDICE

DE LAS PIEZAS CONTENIDAS en este Tomo VI.

El Licenciado Farfulla, Zarzuela burlesca, en un Acto..... Pag. 3
Los Zagales de Genil, Zarzuela Pastoral, en dos Actos..... 87
El Caréo de los Majos, Saynete... 183
Las Damas apuradas, Saynete..... 223
La Amistad, ó el buen Amigo, Comedia en dos Actos..... 257
Zara, Tragedia en menos de un Acto..... 353

ERRATAS.

Pag.	Lin.	Dice.	Débe decir.
82	3	aseigurarle.	asegurarle.
91	17	paligroso.	peligroso.
122	9	duplicdos.	duplicados.
129	19	cansas.	causas.
176	24	formas.	formar.
181	15	selamente.	solamente.
221	5	podré.	pondré.
254	26	abedejo.	abadejo.
304	14	huyeudo.	huyendo.
315	1	*bosat*	*botas.*
336	16	está.	ésta.
341	25	pruebe.	prueba.

5 780